PRESENTADO POR

MICHEL FOUCAULT

HERCULINE BARBIN LLAMADA ALEXINA B.

SELECCION DE

Antonio Serrano

tAlAsA
Ediciones, S. L.

Primera edición 1985.
Segunda edición 2007.

TALASA EDICIONES, S. L.
c/ San Felipe Neri, 4.
28013 MADRID
Telf.: 915 593 082.
Fax: 915 470 209.
Fax: 915 426 199.
talasa@talasaediciones.com
www.talasaediciones.com

ISBN: 978-84-96266-16-2
Depósito Legal: M-21129-2007
Impreso por: Efca, S.A.

Aproximaciones y lejanías con el pensamiento de Michel Foucault

Este librito contiene dos trabajos muy diferenciados. Por un lado, la historia de Herculine Barbin o "Alexina B."; la experiencia biográfica de un hermafrodita, contada por él mismo. Por otra parte, una reflexión general sobre el pensamiento de Michel Foucault, realizada por Antonio Serrano, quien ha traducido del francés, junto con Ana Canellas, el texto que os ofrecemos.

La historia de Alexina B. es un documento del pasado siglo rescatado del anonimato por Michel Foucault. Se trata de un documento excepcional por su sinceridad, sencillez y frescura, y por poner de relieve el drama personal y social de quien lo escribe: un hermafrodita que sufre en su cuerpo y mente todas las estrecheces y crueldades de una sociedad represiva, de una moral católica rígida, y de una pretendida "ciencia" desabrida que ignora las inquietudes simplemente humanas de las personas. A Alexina le impulsan al suicidio. Le suicidan. Su escrito es conmovedor. Su estilo, en el que se advierte el

trato de años y años con las monjas, puede parecer algo emperifollado y cursi, si se quiere. Pero es el estilo que Alexina domina y, por ello, nos resulta más cercana, más sincera, y su experiencia mucho más trágica. Es lo menos parecido a una protesta política o a un panfleto de agitación, pero, y quizá por ello, es un alegato contra la moral hipócrita y la instrumentalización del sexo por parte de esta sociedad y decimos **esta** *sociedad, porque, como tendréis ocasión de comprobar, no pocos fenómenos e instituciones permanecen casi idénticos.*

Fue un gran mérito del pensador francés Michel Foucault sacar a la luz este testimonio. Con ello quiso descorrer el velo del olvido que pesa siempre sobre los marginados. Primero publicó el caso de Pierre Rivière, el parricida de ojos rojizos, autor de un crimen espeluznante e increíble, cometido por un chico de pueblo, algo misógino y retraído, que se puso el traje de los domingos para empuñar el arma homicida. Rivière dejó su experiencia escrita. Experiencia y declaraciones que, en su día, desconcertaron a unos jueces y psiquiatras encastillados en sus dogmas habituales, que no acertaron a encajar en sus edificios mentales, en **su** *verdad, el caso que contemplaban; el de un muchacho introvertido, sencillo, inocente... y con problemas. Por esta razón, porque Pierre era un auténtico* **transgresor** *de las leyes y verdades de la sociedad burguesa, por poner patas arriba todas las normas y formas de los mecanismos habituales del poder, su original escrito fue dado a conocer por Foucault. En la vida real, Rivière se suicidó. Como la protagonista de la historia que hoy os presentamos, Herculine Barbin o Alexina B., que supo oponer, en sus recuerdos, su propia versión de los hechos, contraria a la que le atribuyeron unos médicos y unos curas que tenían que conjurar el peligro de una naturaleza "anormal" y el escándalo de unas relaciones homosexuales.*

Al margen de lo pomposo de su escrito, éste es, sobre todo, un patético ejemplo de cómo funciona uno de los dispositivos de poder más generalizados y propios de la moral judeo-cristiana: la confesión. En ese ejercicio terrible de la confidencia que Herculine realiza ante los curas, el obispo y el médico, en ese despojarse de sí misma y de sus deseos, de sus sueños, de sus miserias, para que otros, los ***otros****, le reconstruyan a su antojo, se aprecia, en toda su rotundidad, una técnica de coerción que Occidente ha desarrollado para sujetar a hombres y mujeres, mientras que quienes mandaban y mandan se dedican a la vieja tarea de la acumulación de capital. Desde la tortura, última y definitiva palabra en este tipo de coacciones, hasta las relaciones personales y familiares, "todos y cada uno —escribe Foucault— tienen que averiguar quiénes son, qué ocurre dentro de sí mismos, qué faltas pueden haber cometido, a qué tentaciones están expuestos. Y aún más, cada uno está obligado a contar estas cosas a los otros, y por ello a ser testigo contra sí mismo".*

Esta pequeña y gran historia de Herculine atestigua, como pocas veces, la monstruosidad de la confesión y su lugar capital en la moral judeo-cristiana.

A esta Editorial, y más teniendo en cuenta lo poco conocido entre el público de habla castellana, del relato que os ofrecemos, nos pareció de sumo interés su publicación.

El segundo trabajo que adjuntamos, ***Una historia política de la verdad****, de Antonio Serrano González, es una panorámica global del pensamiento de Michel Foucault, recientemente fallecido. No ocultamos su complejidad y el carácter un tanto especializado y casi para especialistas, de este escrito. Pero es una buena síntesis y de alto tono intelectual, realizada por un buen conocedor y trabajador de la obra del filósofo francés. Puede ser de*

suma utilidad para quienes quieran poseer una visión de conjunto de la producción foucaultiana, y para quienes sintonicen con esta línea intelectual para interpretar nuestro mundo.

El trabajo de Antonio Serrano está hecho desde la ***proximidad*** *al modo foucaultiano de analizar los fenómenos. Por eso queríamos dejar constancia de que ese punto de vista tiene perfecta cabida en esta Editorial, aunque no sea el único criterio ideológico o metodológico de nuestras publicaciones, cosa que es obvia, ni tampoco es, para nosotros, un criterio preferente. Por ello hemos hablado de "nuestras proximidades y lejanías" con Michel Foucault.*

Comencemos, brevemente, por ciertas lejanías. Pensamos que, entre otros defectos, y como señala –aunque no como defecto– el propio Antonio Serrano, sus análisis "le obligaron a proveerse de una cierta retórica". Creemos que, efectivamente, su lenguaje, su poesía lingüística , resulta en ocasiones excesiva y excesivamente intrincada. Y en francés es un mal menor, pero en castellano puede convertirse en algo inescrutable y poco ordenado. En "retórica", en el sentido común que se da a esta expresión...

Esa es una de nuestras, por supuesto discutible, opiniones.

Tampoco quisiéramos dejar en el tintero, sin que este sea un balance detallado del pensador francés, cosa que no pretendemos en absoluto, otro aspecto con el que discrepamos. Algo de método, que es la arbitrariedad que se trasluce en algunas de sus afirmaciones históricas. Una falta de rigor, claramente perceptible en algunos pasajes de sus obras. Y a veces la informalidad puede ser positiva, pero otras puede ser nefasta. Es más, algunos intelectuales –no hay más que mirar a nuestro derredor– se han quedado sólo con esa arbitrariedad y ese lenguaje,

asimilando todo ello, y a Foucault mismo, a toda esa discusión sobre la "postmodernidad", ideario que es a la historia actual del pensamiento lo que el bricolage como método de explicación de la crisis económica mundial.

No es el lugar, ciertamente, para polemizar, pero quien quiera conocer un contrapunto interesante al pensamiento de Foucault, puede leer la crítica de Pierre Vilar a aquél, en el artículo **En los orígenes del pensamiento económico: las palabras y las cosas.** *Parece más realista, más materialista en un sentido clásico, una línea de pensamiento que, como dice Vilar, "subordine las cosas a las palabras", que no la que procede a la inversa, como, en ocasiones, hace Foucault. Sólo que habría que añadir algo de tolerancia y flexibilidad a las afirmaciones de Vilar y reconocer que, por ejemplo, el libro foucaultiano* **Vigilar y castigar** *es un modelo de examen preciso de las cosas y sus fenómenos, en este caso las instituciones represivas y sus mecanismos, la cárcel y el castigo, y un diagnóstico preciso de esta sociedad a lo Kafka, como "un expediente siempre abierto", como una sociedad no sólo de castigo sino de vigilancia.*

Hasta aquí, algunas posibles "lejanías" con Michel Foucault. Hay más, pero no es lo importante. Porque lo que prima en nuestra actitud es la proximidad y, también, la simpatía. Proximidad por su gusto por su subversivo y heterodoxo, por su colocarse al lado del débil, por su enfrentamiento con el sistema establecido. Y simpatía por su compromiso práctico con los marginados, contra el fascismo y contra el estalinismo. Todo lo contrario a "nuestros" intelectuales oficiales, que parecen no saber comprometerse más que con el poder, Foucault potenció el G.I.P. (Grupo de Información de Prisiones), destapando la cámara de los horrores que son las cárceles francesas mediante testimonios y pruebas directas; supo empuñar —al lado de Sartre— un megáfono en una ma-

nifestación contra el racismo francés y por la muerte de un obrero argelino. Siendo ya un autor mundialmente conocido, tuvo que aguantar, debido a su actividad contra las cárceles, unas cuantas bofetadas en una comisaría francesa, y la reacción de aquel policía francés —al fin y al cabo policía— que le espetó su célebre insulto al filósofo: "maricón".

Ni que decir tiene que Foucault es también una de las personas que fue expulsada del Estado español por venir a protestar contra los fusilamientos ordenados por Franco en 1975.

Por eso, aunque se ha dicho hasta la saciedad que Foucault odiaba los homenajes, los balances serios y los aniversarios, permítasenos, sin embargo, dejarnos llevar por esa nuestra indicada manía de subordinar las cosas y los acontecimientos reales a las palabras, y, constatando el hecho de su cercana muerte, déjesenos presentar este pequeño libro como nuestra contribución al recordatorio de este inquieto pensador francés y, por si fuera poco, en el terreno que le era más caro: en el de la vida y muerte de los marginados.

José Ignacio Lacasta Zabalza

El sexo verdadero

Michel Foucault

¿Verdaderamente tenemos necesidad de un sexo *verdadero*? Con una constancia que roza la cabezonería, las sociedades del Occidente moderno han respondido afirmativamente. Han hecho jugar obstinadamente esta cuestión del "sexo verdadero" en un orden de cosas donde sólo cabe imaginar la realidad de los cuerpos y la intensidad de los placeres.

Durante mucho tiempo, sin embargo, no hubo tales exigencias. Lo prueba la historia del status que la medi-

---

(*). *Nota importante.*– Este texto de Foucault no aparece en la edición original del libro (Gallimard, 1978). Fue escrito especialmente para la edición norteamericana de los recuerdos de Herculine Barbin, y ahora el manuscrito original en francés ha sido cedido para esta versión en castellano. Nótese que aquella edición norteamericana recoge también la novela de O. Panizza, *Le scandale au convent*, y de ahí que Foucault comente ambos textos y se refiera a su publicación conjunta. Sin embargo, y por el interés que encierra, se ha considerado conveniente reproducir íntegramente el comentario.

cina y la justicia otorgaron a los hermafroditas. Se ha tardado mucho en postular que un hermafrodita debía tener un sexo, uno sólo, uno verdadero. Durante siglos, se ha admitido, sencillamente, que tenía dos. ¿Monstruosidad que suscitaba el espanto y exigía el suplicio? Las cosas, de hecho, han sido mucho más complicadas. Tenemos, es cierto, varios testimonios de condenas a muerte, tanto de la Antigüedad como de la Edad Media. Pero existe también una jurisprudencia abundante de un tipo completamente distinto. En la Edad Media, las reglas del derecho —canónico y civil— eran sumamente claras sobre este punto: eran llamados hermafroditas aquellos en quienes se yuxtaponían, según proporciones que podían ser variables, los dos sexos. En este caso, correspondía al padre o al padrino (es decir, a aquellos que "nombraban" al niño) determinar, en el momento del bautismo, el sexo que iba a mantenerse. Llegado el caso, se aconsejaba escoger el sexo que parecía predominante, aquel con *"le plus de viguear"* o *"le plus de chaleur"*. Pero más tarde, en el umbral de la edad adulta, cuando se aproximaba el momento de casarse, el hermafrodita era libre de decidir por sí mismo si quería continuar siendo del sexo que se le había atribuído o si prefería el otro. La única condición impuesta era la de no cambiar nunca más, y mantener hasta el fin de sus días lo que entonces había declarado, bajo pena de sodomía. Fueron estos cambios de postura y no la mezcla anatómica de los sexos los que acarrearon la mayoría de las condenas a hermafroditas que han dejado huella en Francia, durante la Edad Media y el Renacimiento.

Las teorías biológicas sobre la sexualidad, las concepciones jurídicas sobre el individuo, las formas de control administrativo en los Estados modernos han conducido paulatinamente a rechazar la idea de una mezcla de los dos sexos en un solo cuerpo y a restringir, en consecuen-

cia, la libre elección de los sujetos dudosos. En adelante, a cada uno un sexo y uno solo. A cada uno su identidad sexual primera, profunda, determinada y determinante; los elementos del otro sexo que puedan aparecer tienen que ser accidentales, superficiales o, incluso, simplemente ilusorios. Desde el punto de vista médico, esto significa que, ante un hermafrodita, no se tratará ya de reconocer la presencia de dos sexos yuxtapuestos o entremezclados, ni de saber cuál de los dos prevalece sobre el otro, sino de descifrar cuál es el sexo verdadero que se esconde bajo apariencias confusas. De alguna manera, el médico tendrá que desnudar las anatomías equívocas hasta encontrar, detrás de los órganos que pueden haber revestido las formas del sexo opuesto, el único sexo verdadero. Para quien sabe observar y examinar, las mezclas de sexo no son más que disfraces de la naturaleza; los hermafroditas son siempre "pseudo-hermafroditas". Tal es al menos la tesis que tuvo tendencia a imponerse en el siglo XVIII, a través de un cierto número de casos importantes y apasionadamente discutidos.

Desde el punto de vista del derecho, esto implica evidentemente la desaparición de la libre voluntad de elegir. Ya no corresponde al individuo decidir de qué sexo quiere ser, jurídica o socialmente; al contrario, es el experto quien determina el sexo que ha escogido la naturaleza, y al cual, por consiguiente, la sociedad debe exigirle que se atenga. La justicia –si es preciso acudir a ella (cuando, por ejemplo, se sospecha de alguien que no vive de acuerdo con su sexo verdadero y se ha casado fraudulentamente)– tendrá que establecer o restablecer la legitimidad de una naturaleza que no había sido reconocida de forma suficiente. Pero si la naturaleza, en virtud de sus fantasías o accidentes, es capaz de "equivocar" al observador, ocultando durante un tiempo el sexo verdadero, se puede también sospechar que los individuos di-

simulan la conciencia profunda de su sexo verdadero y aprovechan determinadas extravagancias anatómicas para servirse de su propio cuerpo como si fuera de otro sexo. En una palabra, las fantasmagorías de la naturaleza pueden promover los extravíos del libertinaje. De aquí el interés *moral* del diagnóstico *médico* del sexo verdadero.

Sé bien que la medicina de los siglos XIX y XX ha corregido muchos aspectos de este simplismo reductor. Nadie sostendría hoy que todos los hermafroditas son "pseudo", incluso si se restringe considerablemente un dominio en el cual se hacían incluir en otro tiempo, confusamente, numerosas anomalías anatómicas diferentes. Incluso se admite también, aunque sea con mayores dificultades, la posibilidad de que un individuo adopte un sexo que no es biológicamente el suyo.

Sin embargo, la idea de que, al fin y al cabo, se debe tener un sexo verdadero está lejos de haber desaparecido por completo. Sea cual sea la opinión de los biólogos sobre este punto, se mantiene, aunque sea difusamente, la creencia de que entre el sexo y la verdad existen relaciones complejas, oscuras y esenciales —no sólo en la psiquiatría, el psicoanálisis o la psicología, sino también entre la gente de la calle—. Se es, ciertamente, más tolerante con aquellas prácticas que transgreden las leyes. Pero se continúa pensando que algunas de ellas insultan a la "verdad": un hombre "pasivo", una mujer "viril", gente del mismo sexo que se ama entre sí... Puede que se esté dispuesto a admitir que todo esto no constituye un grave atentado contra el orden establecido, pero también se suele considerar con facilidad que existe en ellas algo así como un "error". Un "error" entendido en un sentido filosófico más tradicional: una manera de proceder inadecuada a la realidad; la irregularidad sexual pertenecería, más o menos, al mundo de las quimeras. Por esta ra-

zón, resulta fácil abandonar la idea de que tales conductas son criminales, pero no tanto la sospecha de que se trata de ficciones involuntarias o consentidas, pero en cualquier caso inútiles y que valdría la pena erradicar: ¡Despertad, jóvenes, de vuestros gozos ilusorios; despojaos de vuestros disfraces y recordad que no tenéis más que un sexo, uno verdadero!

Por otra parte, se admite también que es en el terreno del sexo donde hay que buscar las verdades más secretas y profundas del individuo; que es allí donde se descubre mejor lo que somos y lo que nos determina. Y si durante siglos se ha creído necesario ocultar las cosas del sexo porque resultaban vergonzantes, ahora se sabe que es precisamente en el sexo donde se ocultan las partes más secretas del individuo: la estructura de sus fantasmas, las raíces de su yo, las formas de su relación con lo real. En el fondo del sexo, la verdad.

En el lugar de cruce de estas dos ideas —no puede haber confusión en torno al sexo; nuestro sexo encierra lo que hay de más verdadero en nosotros mismos—, el psicoanálisis ha enraizado su vigor cultural. El nos promete, a la vez, nuestro sexo, el verdadero, y toda esta verdad sobre nosotros que palpita secretamente en él.

He aquí un documento extraído de esta extraña historia sobre el sexo verdadero. No es el único, pero resulta bastante excepcional. Se trata del diario o, más bien, de los recuerdos dejados por uno de estos individuos a los que la medicina y la justicia del XIX exigieron obstinadamente una identidad sexual legítima.

Educada como una muchacha pobre y meritoria en un medio casi exclusivamente femenino y muy religioso, Herculine Barbin, apodada en su entorno Alexina, había

sido reconocida finalmente como un "verdadero" muchacho; obligada a cambiar de sexo legal, después de un procedimiento judicial y una modificación de su estado civil, fue incapaz de adaptarse a su nueva identidad y acabó por suicidarse. Me atrevería a decir que la historia es banal, si no fuera por dos o tres aspectos que le otorgan una particular intensidad.

En primer lugar, la fecha. Los años 1860-1870 constituyen precisamente una de esas épocas en las que con mayor intensidad se practica la búsqueda de la identidad en el orden sexual: sexo verdadero de los hermafroditas, pero también identificación de las diferentes perversiones –su clasificación, caracterización, etc...– en una palabra, el problema del individuo y de la especie en el orden de las anomalías sexuales. Así se publica en 1860 con el título de *Question d'identïté* en una revista médica la primera observación sobre A.B.; y es en un libro sobre la *Question médico-légale de l'identité* donde Tardieu publica la única parte conocida de sus recuerdos. Herculine Adélaïde Barbin o también Alexina Barbin o incluso Abel Barbin, designado en su propio texto ya sea con el nombre de Alexina o de Camille, ha sido uno de los héroes desgraciados de esta "cacería" de la identidad.

Con ese estilo elegante, afectado, alusivo, un poco enfático y anticuado que constituía para los internados de entonces no sólo una manera de escribir sino un modo de vivir, el relato escapa a toda forma posible de identificación. Parece como si el duro juego de la verdad, que más tarde los médicos impusieron a la anatomía incierta de Alexina, no quisiera ser practicado en ese medio de mujeres hasta el momento del descubrimiento, aplazado por todas lo más posible y finalmente precipitado por dos hombres, un sacerdote y un médico. Como si ese cuerpo un poco desgarbado, nada gracioso, que crecía cada vez más aberrante entre tantas jóvenes, no fuera, al

contemplarlo, percibido por nadie; como si ejerciera sobre todos o, mejor, sobre todas, un cierto poder hechizante que nublara los ojos y detuviera en los labios toda pregunta. El calor que esta presencia extraña otorgaba a los contactos, a las caricias, a los besos que se repartían en los juegos de estas adolescentes, era acogido con tanta ternura como falta de curiosidad. Jóvenes muchachas falsamente ingenuas o ancianas institutrices que se creían sagaces, todas participaban de una ceguera digna de fábula griega, cuando veían sin ver a ese Aquiles diminuto escondido en el internado. Da la impresión –si se presta credibilidad al relato de Alexina– de que todo acontecía en un mundo de arrebatos, de tristezas, de placeres, de afectos tibios, de suavidades y amarguras, donde la identidad de los participantes y sobre todo del enigmático personaje alrededor del cual todo se urdía, no tuviera ninguna importancia. En un mundo donde flotaban, en el aire, sonrisas sin dueño.

Alexina escribió los recuerdos de esta vida una vez descubierta y establecida su nueva identidad. Su "verdadera" y "definitiva" identidad. Pero está claro que ella no habla desde el punto de vista de este sexo al fin encontrado o reencontrado. Quien habla, en definitiva, no es el hombre que intenta recordar la vida y las sensaciones de cuando no era todavía "él mismo". Cuando Alexina redacta sus memorias no se encuentra lejos del suicidio; ella sigue sintiéndose sin un sexo determinado, pero esta vez privada de las delicias que experimentaba al no tenerlo o, al menos, al no tener el mismo que aquéllas con las que vivía y a las que amaba y deseaba tanto. Lo que entonces evoca en su pasado son los limbos felices de una no identidad que, paradójicamente, se amparaba en la vida de estas sociedades cerradas, estrechas y cálidas que conocían la extraña felicidad, a la vez obligatoria y prohibida, de no conocer más que un solo sexo.

En la mayoría de las ocasiones, los que relatan su cambio de sexo pertenecen a un mundo profundamente bisexual, y el trastorno de su identidad se traduce en el deseo de pasar al otro lado –del lado del sexo que deseaba haber tenido y al cual les gustaría pertenecer–. En nuestro caso, la intensa monosexualidad de la vida religiosa y escolar sirve para revelar los tiernos placeres que descubre y provoca la no identidad sexual cuando se extravía en medio de todos esos cuerpos semejantes.

El *affaire* de Alexina y sus recuerdos parece que no despertaron mucho interés en su época. En su inmensa recopilación de casos de hermafroditismo, Neugebauer hizo solamente un resumen y una cita bastante larga del caso (1). A. Dubarry, un autor polígrafo de relatos de aventuras y de novelas médico-pornográficas, tan al gusto de la época (2), se sirvió clarísimamente de varios elementos de la historia de Herculine Barbin para su *Hermaphrodite*. Pero fue en Alemania donde la vida de Alexina encontró mayor eco, en razón de una novela corta de Panizza titulada *Un scandale au convent*. Que Panizza conociera el texto de Alexina por la obra de Tardieu no tiene nada de extraordinario: fue psiquíatra y estuvo en Francia durante 1881. Le interesaba más la literatura que la medicina, pero el libro sobre la *Question médico-légale de l'identité* debió pasar por sus manos, a menos que lo encontrara en alguna biblioteca alemana a

(1). F.L. von Neugebauer, *Hermaphroditismus beim Menschen* (Leipzig, 1908, 748 p.). Nótese un error que ha hecho poner al impresor el nombre de Alexina B. debajo de un retrato que manifiestamente no es el suyo.

(2). Así, A. Dubarry escribió una larga serie de relatos bajo el título de *Les déséquilibrés de l'amour;* También, *Le coupeur de pattes*, *Les femmes eunuques*, *Les Invertis (vice allemand)*, *Le plaisir sanglant*, *L'Hermaphrodite*.

su regreso en 1882 para ejercer por algún tiempo su profesión de psiquiatra. El encuentro imaginario entre la pequeña provinciana francesa de sexo indeterminado y el psiquiatra frenético que iría a morir en el manicomio de Bayreuth tiene algo de sorprendente. Por un lado, los placeres furtivos y sin nombre que crecen en el mundo tibio de las instituciones católicas y los internados femeninos; por otro, la rabia anticlerical de un hombre en quien se aunaba, curiosamente, un positivismo agresivo junto con un delirio de persecución que tenía como centro principal a Guillermo II. De una parte, los amores secretos y extraños que una decisión médica y judicial convertiría en imposibles; de otra, un médico que fue condenado a un año de cárcel por haber escrito *Le Concile d'Amour*, uno de los textos más "escandalosamente" antirreligiosos de una época en la que no escaseaban, después además de haber sido expulsado de Suiza, donde había buscado refugio por haber "atentado" contra una menor.

El resultado es bastante notable. Panizza conservó algunos datos importantes del *affaire*: el mismo nombre de Alexina B., la escena del exámen médico. Por una razón que se me escapa, modificó los informes médicos (quizás porque, al servirse de sus propios recuerdos de lectura sin tener el libro de Tardieu delante, echó mano de algún otro informe disponible sobre un caso similar). Pero, por encima de todo, hizo bascular todo el relato: lo trasladó en el tiempo; modificó sensiblemente sus elementos materiales y su atmósfera; y, en especial, lo hizo pasar del modo subjetivo a la narración objetiva. Dio entonces al conjunto un cierto aire dieciochesco: Diderot y *La Religieuse* no parecen estar lejos. Un rico convento para jóvenes aristócratas; una superiora sensual que muestra hacia su sobrina un afecto equívoco; intrigas y rivalidades entre religiosas; un abad erudito y escéptico;

un crédulo cura rural y los campesinos que toman las horcas para prender al diablo. Hay allí un libertinaje a flor de piel y todo un juego sólo en parte ingenuo, de creencias no del todo inocentes, tan alejado de la gravedad provinciana de Alexina como de la violencia barroca del *Concile d'Amour*.

Pero al inventar todo este paisaje de galantería perversa, Panizza deja voluntariamente en el centro de su relato una amplia zona de sombra: allí donde precisamente se encuentra Alexina. Hermana, maestra, colegial inquietante, querubín extraviado, amada, amante, fauno errante por el bosque, íncubo que se desliza en los dormitorios tibios, sátiro de piernas peludas, demonio que se exorciza: Panizza sólo presenta los perfiles fugitivos bajo los cuales aparece ante los otros. Ella no es nada más, ella, el hombre-mujer, el masculino-femenino de eternidad imposible, aquello que discurre, por la noche, en los sueños, los deseos y los temores de cada uno. Panizza sólo ha querido hacer de ella una sombra, sin identidad y sin nombre, que se desvanece al final del relato sin dejar rastro. No ha querido ni fijarla a través de un suicidio, que le permitiera llegar a ser, como Abel Barbin, un cadáver al que médicos curiosos acabaron por atribuir la realidad de un sexo mezquino.

Si he acercado estos dos textos ha sido, en primer lugar, porque los dos pertenecen a este final del siglo XIX que tan obsesionado ha estado con el tema del hermafrodita, un poco como el XVIII lo estuvo con el travesti. Pero también porque ambos permiten ver la estela que ha podido dejar esta pequeña crónica provinciana, apenas escandalosa, en la memoria desgraciada de quien fue su personaje principal, en el saber de los médicos que intervinieron y en la imaginación de un psiquiatra que, a su manera, caminaba hacia su propia locura.

Mis recuerdos

Tengo veinticinto años y, aunque todavía joven, me aproximo, sin dudarlo, al término fatal de mi existencia.

He sufrido mucho, y ¡he sufrido solo, solo, abandonado por todos! Mi lugar no estaba marcado en este mundo que me rehuía, que me había maldecido. Ningún ser viviente tuvo que acompañar el inmenso dolor que se adueñó de mí al salir de la infancia, a esa edad donde todo es hermoso, porque todo es joven y con un porvenir brillante.

(*). Las palabras que aparecen en cursiva a lo largo del texto han sido subrayadas por Michel Foucault, para poner de manifiesto, en su opinión, "el juego de epítetos masculinos y femeninos que Alexina se aplica a ella misma. Femeninos antes de haber poseído a Sara, masculinos después. Sin embargo, esta sistematización, señalada por el uso de letra cursiva, no parece que quiera describir una conciencia de ser mujer que se va transformando en conciencia de ser hombre, sino más bien el recuerdo irónico de categorías gramaticales, médicas y jurídicas que el lenguaje debe utilizar pero que el contenido del relato desmiente".

Esa edad no ha existido para mí. Desde ella yo me alejaba instintivamente del mundo, como si ya hubiera comprendido que debía vivir ajeno a él.

Inquieto y soñador, mi frente parecía hundirse por el peso de oscuras melancolías. Yo era *fría* (*), tímida y, de alguna manera, insensible a todas esas alegrías bulliciosas e ingenuas que vuelven risueño el rostro de un niño.

Amaba la soledad, esa compañera de la desdicha, y cuando una sonrisa benévola se dirigía hacia mí, me sentía *dichosa*, como ante un favor inesperado.

Como en mi infancia, gran parte de mi juventud discurrió en la calma deliciosa de las casas religiosas.

Casas verdaderamente piadosas y corazones rectos y puros presidieron mi educación. He visto de cerca estos santuarios benditos donde transcurren tantas vidas que, en el mundo, hubieran sido brillantes y envidiadas.

Las modestas virtudes que he visto brillar han contribuido no poco a hacerme comprender y amar la religión verdadera, la del sacrificio y la abnegación.

Más tarde, en medio de las tormentas y faltas de mi vida, estos recuerdos aparecían como visiones celestes, y su presencia fue para mí como un bálsamo reparador.

Mis únicas distracciones, en aquella época, las proporcionaban los escasos días que iba a pasar cada año junto a una noble familia, donde mi madre era considerada como amiga y gobernanta. El cabeza de esta familia era uno de esos hombres curtidos por las desgracias de una época siniestra y desastrosa.

La pequeña ciudad de L..., donde nací, poseía y posee todavía un hospicio civil y militar. Una parte de este vasto establecimiento estaba especialmente destinada al cuidado de enfermos de ambos sexos, en número siempre considerable, y al que se venía a añadir el no menos despreciable que procedía de la guarnición de la ciudad.

La otra parte de la casa se dedicaba por entero a la ju-

ventud huérfana y abandonada, a la que un nacimiento, fruto casi siempre del crimen o de la desgracia, había dejado sin sustento en este mundo. ¡Pobres seres, privados desde la cuna de las caricias de una madre!

Fue en este asilo del sufrimiento y la desgracia donde pasé algunos años de mi infancia.

Apenas conocí a mi desgraciado padre, a quien una muerte fulminante vino a privar demasiado pronto del dulce afecto de mi madre, cuyo espíritu valiente y animoso intentó luchar en vano contra los terribles embates de la pobreza que nos amenazaba.

Su situación despertó el interés de algunos nobles corazones; la compadecieron vivamente, y pronto recibió generosos ofrecimientos de la digna superiora de la casa de L...

Gracias a la influencia de uno de sus administradores, miembro distinguido de la audiencia de la ciudad, fui *admitida* en esa santa casa, donde fui objeto de los cuidados más especiales, aunque viviera entre los niños sin madre, educados en este asilo conmovedor.

Tenía entonces siete años, pero todavía tengo presente en el espíritu la escena desgarradora que precedió a mi entrada.

La mañana de aquel día ignoraba por completo lo que iba a suceder algunas horas después de levantarme; mi madre, haciéndome salir como si fuera a dar un paseo, me condujo en silencio a la casa de L..., donde me esperaba la reverenda superiora; ésta me prodigó las caricias más afectuosas, sin duda para ocultarme las lágrimas que derramaba en silencio mi pobre madre, quien, tras haberme abrazado largo rato, se alejó tristemente, sintiendo que su coraje se venía abajo.

Su marcha me encogió el corazón, haciéndome comprender que, en adelante, me iba a encontrar en manos extrañas.

Pero a esa edad las impresiones no duran mucho, y mi tristeza cedió ante las nuevas distracciones que con tal fin me fueron presentadas. Todo me sorprendía al principio; la visión de aquellos patios amplios, poblados de niños o de enfermos, el silencio religioso de los largos pasillos alterado tan solo por los gemidos del sufrimiento o el grito de alguna dolorosa agonía, todo conmovía mi corazón, pero sin llegar a asustarme.

¡Las madres que me rodeaban, al ofrecer ante mi mirada de niño la sonrisa de un ángel, parecían amarme tanto!

A su lado no tenía miedo, y ¡me sentía tan feliz cuando alguna de ellas, tomándome sobre sus rodillas, me ofrecía su dulce rostro para besarlo!

Pronto conocí a mis jóvenes compañeras, a quienes quise de inmediato. También me sentía objeto, por su parte, de una predilección casi respetuosa, dado que los pobres niños comprendían perfectamente cuánto difería su suerte de la mía. Yo tenía una familia, una madre, lo que de vez en cuando excitaba su envidia. Lo comprendí mejor más tarde. Una pelea infantil se produjo entre nosotros, y, ya no me acuerdo por qué, uno de los niños que yo más quería, me reprochó amargamente el haber participado en el reparto de un pan que no estaba destinado para mí. Paso rápidamente estos primeros tiempos de mi vida, que no fueron entristecidos por ningún incidente serio.

Un día en el que, según mi costumbre, había visitado a algunos enfermos indigentes de la ciudad, la buena hermana M..., a la que acompañaba en la visita a estas pobres moradas, y de la cual, debo decirlo, era la niña mimada, me avisó de que iba a ser confiada en lo sucesivo a otros cuidados. Ella había logrado, en virtud de su influencia reconocida por todos, que yo fuera admitida en el convento de las Ursulinas para hacer allí mi primera comu-

nión y recibir la educación más esmerada. Mi primera reacción, lo confieso, fue de gran alegría. Así lo vio la buena religiosa, pues su noble fisonomía expresó una especie de tristeza celosa que atribuí, no sin razón, a la vivacidad de su cariño hacia mí.

"Allí, me dijo la excelente mujer, usted compartirá la existencia con jóvenes muchachas, ricas y nobles en su mayoría. Sus compañeras de estudios y juegos ya no serán los niños sin nombre con los que ha vivido hasta ahora, y sin duda olvidará a aquéllas que han reemplazado a su madre ausente". Ya he dicho, creo, que quería especialmente a la bondadosa hermana M..., y no pude escucharla acusándome de esta forma sin sentirme profundamente herida.

Había tomado una de sus manos que apretaba contra la mía, y sin poder hacerme entender de otro modo, pues estaba violentamente conmovida, la llevé hasta mis labios.

Esta muda protesta le afirmó sobre mis sentimientos, sin hacerle olvidar, no obstante, que otras personas iban a tener derecho a mi cariño y a mi respeto.

Algunos días más tarde, hacía mi entrada en el convento de S..., en calidad de interna. La buena madre M... había querido acompañarme y dejarme ella misma en manos de la superiora de esta casa.

Jamás olvidaré la impresión que sentí ante la presencia de esta mujer. Nunca había visto grandeza tan majestuosa, ni una belleza tan expresiva bajo el hábito religioso. La madre Eléonore, como así la llamaban, pertenecía, según supe más tarde, a la alta nobleza de Escocia.

Su porte era altivo e inspiraba respeto. Sin embargo, no podía encontrarse fisonomía más simpática, más atrayente. Verla, era amarla. Unía a una extensa cultura una singular capacidad, de la que había dado prueba en la dirección de los asuntos de la casa. La consideración

sin límites de la que gozaba en la alta sociedad había hecho de ella toda una autoridad en la ciudad.

Como otros podrán afirmarlo, tal consideración era merecida desde todos los ángulos. Cuando escribo estas líneas ella ya ha dejado de existir, y siento que siempre la echaré en falta. Su recuerdo es todavía uno de los más dulces que me quedan. En medio de las increíbles agitaciones de mi vida, me ha gustado recordar la suavidad de su sonrisa de ángel, y me he sentido más dichosa.

Enseguida me sentí a gusto en aquella santa casa, bajo la égida de un afecto del cual, instintivamente, me sentía tan orgullosa como contenta.

El internado era numeroso y, como ya he dicho, se componía particularmente de jóvenes muchachas llamadas a ocupar en el futuro una cierta posición en la sociedad, bien por su nacimiento, bien por su fortuna.

Existía, por tanto, entre ellas y yo una línea natural de demarcación que solamente el futuro podía quebrar.

Sin embargo, no sufrí por culpa de esta diferencia, la cual es percibida por la juventud demasiado pronto algunas veces, abusando de ella cruelmente, al contar con el ejemplo de los niños más grandes.

Todas me quisieron, pero, debo decirlo, no me sentía orgullosa por ello al creer, desde entonces, que mi cariño no tenía ningún valor ante sus ojos.

Los estudios se impartían seriamente, estando confiados a personas realmente inteligentes.

Dotada como estaba para el estudio, obtenía fruto de él rápidamente.

Mis progresos fueron veloces y provocaron más de una vez el asombro de mis excelentes profesoras.

No ocurría lo mismo con los trabajos manuales, hacia los que mostraba la más profunda aversión y la incapacidad más total.

El tiempo empleado por mis jóvenes compañeras en la confección de esas pequeñas obras maestras que sirven para adornar un salón o para engalanar al hermanito pequeño, lo ocupaba en la lectura. La historia, antigua o moderna, constituía mi pasión favorita.

Allí saciaba ese deseo de aprender que se apoderaba de todas mis facultades. Esta ocupación tan querida lograba además distraerme de las indefinibles tristezas que por aquel entonces se adueñaban por completo de mí.

¡Cuántas veces me privaba del paseo para poder vagar *sola*, con el libro en la mano, por las magníficas avenidas de nuestro hermoso jardín, en cuyo extremo se encontraba un pequeño bosque repleto de castaños sombríos y frondosos!

El panorama era extenso, grandioso, y se alegraba con la vegetación lujuriosa de los países meridionales.

¡Cuántas veces me sorprendió la señorita Eléonore en mitad de estas ensoñaciones inexplicables, y cómo era capaz su mirada de hacerlas desvanecer! Acudía entonces radiante a su encuentro y raramente no obtenía un beso que yo devolvía con un abrazo dotado de un encanto que no se puede comparar con nada.

Sentía entonces una necesidad inmensa de cariño vivo y sincero que, cosa curiosa, no me atrevía apenas a manifestar.

Entre mis brillantes compañeras me hice amiga de la hija de un consejero de la Corte real de...

Le amé a primera vista y, aunque su físico no ofreciera nada deslumbrante, me atrajo irresistiblemente por la gracia discreta que emanaba de toda su persona; sin ser hermosa, sus rasgos guardaban una proporcionalidad encantadora, e incorporaban los dolorosos estigmas de un mal que parece sobre todo buscar sus víctimas entre las más jóvenes y las más felizmente dotadas. La pobre Léa era una de ellas. Contando apenas con diecisiete años,

inclinaba ya hacia adelante una frente en la que eran legibles sordos sufrimientos, que no tardarían en multiplicarse espantosamente.

Había adivinado que se trataba de un ser doliente, condenado a una muerte prematura.

Su estado físico había propiciado entre nosotras una intimidad que la diferencia de edad hubiera debido impedir, pues yo no tenía más que doce años, y que me sentía incapaz de explicar. Algunas simpatías no tienen explicación. Nacen sin ser provocadas.

En esa misma época yo también me encontraba débil y con una salud delicada.

Mi estado no dejaba de inspirar serias inquietudes, lo que explica determinadas miradas de las buenas religiosas que me rodeaban. Era, como Léa, objeto de constantes cuidados, y la enfermería nos reunió más de una vez.

Le rodeaba de un culto ideal y apasionado a la vez.

Era su esclava, su perro fiel y agradecido. Le amaba con el ardor que sabía poner en todas las cosas.

Lloraba casi de alegría cuando le veía dirigir hacia mí esas largas pestañas de dibujo perfecto, cuya expresión era dulce como una caricia.

¡Qué *orgullosa* me sentía cuando se quería apoyar sobre mí en el jardín!

Entrelazados los brazos, recorríamos las largas avenidas bordeadas de rosales.

Ella hablaba con el espíritu elevado e incisivo que le caracterizaba.

Su hermosa cabeza rubia se inclinaba hacia mí, y yo lo agradecía con un beso cálido.

"Léa, le decía yo entonces, Léa. te quiero!" La campana del estudio venía pronto a separarnos, pues la señorita de R... se sentaba en los bancos de la primera clase. Alumna aplicada, su prolongada estancia en el convento

se debía únicamente al estudio de la urbanidad, en el que sobresalía hasta hacer las delicias de sus maestras.

Al llegar la tarde, nos separábamos hasta el día siguiente a la hora de la misa. Pasábamos la noche en dormitorios diferentes. El que ella ocupaba comunicaba con el único dormitorio del internado. Tenía, por tanto, a veces un pretexto para volver a verla antes de dormirme. En muchas ocasiones la Señorita Marie de Gonzague me reprochó mis olvidos diarios, amenazándome con no tolerar más mis ausencias del dormitorio.

Una noche del mes de mayo, recuerdo, había logrado burlar su vigilancia. Habíamos hecho ya la última oración y acababa de bajar para reunirse con la madre Eléonore.

No oyéndola ya en la escalera, atravieso con sigilo el dormitorio y una gran sala que utilizaban las alumnas de música. Llego al vestuario, me hago con el primer objeto que encuentro al azar y desde allí alcanzo sin ruido la celda que sabía era la de Léa. Me incliné sin ruido sobre su cama y, besándola repetidas veces, le pasé alrededor del cuello un pequeño cristo de marfil, de preciosa talla, que me parecía que ella envidiaba. "Ten, amiga mía, le dije, acepta esto y llévalo por mí".

Apenas había acabado y ya me disponía a regresar por donde había venido. Pero no había hecho ni la mitad del camino cuando unos pasos bien conocidos me hicieron estremecer. Mi maestra estaba detrás de mí y me había visto.

Me paré *sobrecogida*, intentando en vano contener la tormenta. No teniendo siquiera este recurso, la esperé valientemente.

"*Señorita*, me dijo secamente la buena religiosa, yo no voy a castigaros; la madre Eléonore se encargará mañana".

Esta amenaza conllevaba para mí la pena más terrible.

Lo que yo sentía por nuestra madre era más que temor una especie de adoración afectuosa y sumisa. Pensar en exponerme a su enojo me resultaba insoportable.

Dormí mal esa noche y mi despertar fue lamentable. Durante la misa no osaba volver la cabeza por miedo a encontrar su mirada.

Durante el recreo que sigue al almuerzo, una hermana lega vino a decirme que acudiera al despacho de la superiora. Entré en él temblando, como el reo delante de su juez.

Creo ver aún su fisonomía serena a imponente. La noble mujer estaba sentada en un modesto sillón, mientras sus pies reposaban sobre un reclinatorio apoyado en la pared y rematado por una gran cruz de ébano.

"Hija mía, dijo tristemente, he sabido de vuestra infracción al reglamento y si no fuera por consideración a la buena superiora que os ha confiado a mis cuidados no dudaría en excluiros este año de la primera comunión. Conozco el afecto que ella os ha profesado y que yo, bajo toda circunstancia, he intentado reemplazar".

Después, cambiando de tono y haciéndome una señal que comprendí, me senté a sus pies en un pequeño taburete. Lloré silenciosamente, con la cabeza apoyada en uno de sus brazos, que no retiró.

Entonces, inició una de esas piadosas exhortaciones que revelaban toda la grandeza de su alma verdaderamente pura y generosa. Tal vez no comprendí toda esta nobleza pero, hoy, que puedo juzgar a los hombres y a las cosas, el tono de esa voz amada resuena deliciosamente en mi oído, haciendo latir mi corazón. Me recuerda aquellos tiempos felices de mi vida, en los que no sospechaba ni la injusticia ni la bajeza de este mundo que iba a conocer bajo todas sus caras.

Abandoné a la madre Eléonore con el corazón henchido de la más dulce alegría y la más sincera gratitud.

Se acercaba la primera comunión y con ella el momento de decir adiós a las castas emociones de mi adolescencia, pues debía abandonar la comunidad para dirigirme a Saintes, con mi madre.

Tal día estaba fijado para el 16 de julio. Amaneció radiante, y la naturaleza parecía asociarse alegremente a esta fiesta de la inocencia y del candor.

Veintidós jóvenes iban a acercarse *conmigo* al altar augusto.

Este acto solemne, creo poder decir que lo realicé con la mejor disposición.

Después del santo sacrificio, que fue celebrado con toda la pompa que se sabe desplegar en las casas religiosas, el locutorio dio paso a la impaciencia de todas las madres que venían a estrechar entre sus brazos a las jóvenes heroínas de la fiesta.

La mía me estaba esperando y no pudo verme sin derramar esas dulces lágrimas que son la manifestación más elocuente del amor materno.

Nestra entrevista fue demasiado corta. Las puertas se cerraron pronto ante ella. Ninguna niña debía salir ese día del recinto sagrado.

Las distracciones del mundo no podían turbar la serenidad de estas almas jóvenes nuevamente santificadas.

Nunca he olvidado el molesto incidente que vino a concluir ese día.

La conmovedora ceremonia de la tarde fue seguida de una procesión por el jardín.

El lugar estaba escogido admirablemente. No sabría imaginar algo más imponente que aquella larga fila de niñas vestidas de blanco atravesando las magníficas avenidas de ese modesto Edén.

Los cánticos religiosos, repetidos por voces frescas y puras, tenían algo verdaderamente poético que acongojaba.

La temperatura, hasta entonces tibia y perfumada, se transformó de repente en agobiante. Negros nubarrones recorrieron el horizonte, haciendo presagiar una de esas tormentas ardientes tan comunes en aquel clima cálido. Gruesas gotas de lluvia vinieron pronto a confirmarlo y, cuando el cortejo regresó a la capilla, siniestros relámpagos surcaban ya el horizonte.

Muy a mi pesar, mi corazón se encogió. ¿Era un presagio del porvenir sombrío y amenazador que me esperaba? ¿Debía verlo así, al embarcar en ese frágil esquife que se llama el mundo?

¡Ay! ¡La realidad me lo mostró demasiado pronto!... ¡Esta fogosa tormenta no era sino el preludio de las que se avecinaron después!

No pude comer por la noche. Un malestar extraño se había apoderado de mí. Antes de dormirme, había estrechado entre mis brazos a mi querida Léa, y el beso que le di fue triste como un último adiós.

A ella también iba a perderla, sin duda, para siempre; nuestros destinos no podían reunirnos.

Dos años después de mi marcha de L..., supe que mi pobre amiga había sucumbido a una tisis de las más típicas. Su muerte supuso un duelo espantoso para su noble familia, de la que era un auténtico ídolo. ¡Así se hizo añicos el primer afecto de mi vida!

Entro ahora en una fase de mi existencia que no tiene nada que ver con los días lentos y tranquilos pasados en aquella risueña morada.

Estaba en B... Mi madre vivía en esta ciudad desde hacía cinco años. Es una ciudad antigua, que escogió el gran rey para hacer de ella una importante plaza militar y su nombre se encuentra ligado a grandes acontecimientos políticos.

Tengo alguna duda en el momento de comenzar la parte más penosa de la tarea que me he impuesto.

Tengo que hablar de cosas que para muchos no serán más que absurdos increíbles; porque sobrepasan, en efecto, los límites de lo posible.

Resultará sin duda difícil hacerse una idea exacta de mis sensaciones, en medio de las extravagancias excepcionales de mi vida.

Sólo puedo pedirles una cosa: que estén, por encima de todo, convencidos de mi sinceridad.

Tenía quince años, y debe recordarse que, desde los siete, me encontraba absolutamente *separada* de mi madre.

No le veía más que de cuando en cuando. Mi llegada a B..., a la casa donde ella se encontraba, había sido festejada como si se hubiera tratado de la de un miembro de la familia. Esta vez volvía definitivamente. Cinco personas componían esta familia.

El jefe de ella, venerable anciano de cabello blanco, era la viva personificación del honor y la lealtad.

Cerca de él se encontraba su hija pequeña. Todos los instintos generosos de ese padre adorado se reproducían en este alma orgullosa que no había podido ser abatida por las punzantes tristezas de una unión desgraciada.

La señora de R..., tenía tres hijos sobre los que había volcado la inagotable ternura que contenía su corazón.

Ella había consagrado a mi madre uno de esos afectos profundos que no se detienen en las distancias sociales cuando saben ser comprendidos y apreciados. A pesar del rango subalterno que ocupaba, mi madre era a sus ojos una amiga, una confidente.

La señora de R... no tuvo pronto más que un deseo: mantenerme en la casa acompañando a su hija, que entonces tenía dieciocho años. Dado mi natural orgullo, hubiera rechazado sin duda una proposición semejante si hubiera venido de una desconocida.

En este caso, la situación era otra. Me encontraba cer-

ca de mi madre, en una familia que, poco a poco, me iba acostumbrando a considerar como la mía propia. Acepté; por tanto, con gran satisfacción por parte de todos.

La señorita Clotilde de R... unía a su gran belleza una cierta altivez que sólo abandonaba cuando estaba conmigo. En mí sólo veía a una *niña* a la que podía, sin comprometerse, tratar en un plano de igualdad.

Héme aquí como su *doncella*.

Aunque no reunía todas las condiciones para esta actividad, gozaba siempre de sus favores.

Mi dormitorio no estaba separado del suyo más que por una pequeña sala de estar.

Estaba presente cuando se levantaba por la mañana, siempre temprano, tanto en verano como en invierno. A continuación le vestía y durante esta operación charlábamos las dos sobre todos los temas posibles. Si se producía el silencio, me dedicaba a admirarla ingenuamente. La blancura de su piel no tenía igual. Resultaba imposible soñar con formas más graciosas sin quedar deslumbrado.

Esto es lo que me ocurría. A veces no podía evitar dirigirle un piropo que ella recibía con la mayor gracia del mundo, sin sorprenderse o ahuecarse.

Cambiando entonces de asunto, se informaba sobre mi salud, que apenas había mejorado a pesar de los cuidados que se prodigaban con abundancia. Sufría una indisposición y tenía que seguir tal o cual régimen. Los consejos, en este aspecto, resultaban órdenes que había que cumplir si no quería ser desobediente.

Incluso a menudo hizo falta, por una tontería, recurrir inmediatamente al médico.

Este venía frecuentemente al *hôtel*, dado el estado habitual de sufrimiento en que se encontraba mi noble benefactor, el señor de Saint-M... Agudos dolores le mantenían casi constantemente postrado en el lecho o en un

inmenso sillón. Sólo mi madre tenía el privilegio de calmarle, en medio de las atroces crisis que le sobrevenían.

Yo hacía mis grandes y pequeñas entradas en su habitación. Era su *lectora*, su *secretaria*. Cuando su salud lo permitía, resultaba para él una preciada distracción, haciéndome releer y confrontar minuciosamente enormes legajos familiares. "Ponte cerca de mí, Camille, me decía, y mira a ver si encuentras tal o cual carta, relativa al asunto que ya conoces". Yo leía lentamente, observándole de reojo para ver si le había satisfecho.

Acabada la lectura, aún buscaba y encontraba fragmentos de su correspondencia íntima. Eran, en su mayoría, cartas de una hermana o de su hermano mayor, bravo general del imperio, gloriosamente herido en nuestros campos de batalla. Me hacían feliz tales hallazgos, pues le daban pie para un montón de historias que yo escuchaba con avidez inigualable.

Aunque fuera tan joven, me otorgaba una confianza sin límites.

He dicho antes que había leído mucho. Mi juicio se había desarrollado tempranamente. A la edad en la que todavía se encuentra uno en la adolescencia, yo era *seria, reflexiva*, y ninguno de los principales hechos de nuestra historia, tan rica en acontecimientos, me resultaba desconocido.

A unas horas determinadas, mi joven dueña venía a sentarse junto a su abuelo, siendo como era su favorita; pero su presencia no interrumpía el trabajo ya comenzado.

Al llegar la noche, le leía el periódico.

Durante su lectura, llegaba siempre a cerrar los ojos, apoyando la cabeza sobre los cojines. Las primeras veces, al verle dormir, me detenía.

El se daba cuenta inmediatamente.

"Estás *cansada*", me decía, pero al responderle yo ne-

gativamente, me hacía continuar. Debía leerlo todo, excepto el folletín. Aunque esto no significaba que me lo perdiera. Simplemente, lo leía *sola*.

Devoraba también una numerosa colección de obras antiguas y modernas, apilada en los estantes de una biblioteca que llegaba hasta mi habitación.

Más de una vez esta lectura me ocupaba hasta altas horas de la noche. Era mi distracción, mi entretenimiento. Adquirí además, debo decirlo, unos conocimientos muy útiles.

Confieso que me sentí especialmente *trastornada* por la lectura de las metamorfosis de Ovidio. Los que las conocen pueden hacerse una idea. Este hallazgo guardaba una significación para mí que la continuación de mi historia probará claramente.

Pasaban los años. Cumplí los diecisiete. Mi estado, sin ser de inquietar, no era normal.

El médico consultado constataba cada día la ineficacia de los principales remedios. Acabó por no preocuparse más, confiando en el paso del tiempo. Yo, por mi parte, en modo alguno me sentía *asustada*.

La señorita Clotilde de R... tenía veinte años y su matrimonio estaba proyectado desde hacía tiempo con uno de sus primos, heredero, por parte de madre, de una brillante fortuna y portador de un apellido célebre para siempre entre los fastos de la marina francesa.

Su regreso, tan vivamente esperado por la hermosa novia que le estaba prometida, fue seguido inmediatamente de los preliminares propios de tal unión.

Sin ser un ejemplo de belleza, Raoul de K... era uno de esos hombres que gustan a primera vista.

Su abierta fisonomía, señal de un carácter distinguido por naturaleza, hacía de él un hombre seductor, si no un hermoso caballero. Toda mujer estaría orgullosa de pertenecerle.

Puedo afirmar que era amado tan ardientemente como lo permitía la naturaleza angelical de la pura muchacha que iba a convertirse en su mujer.

Grandes fiestas familiares aguardaban a los jóvenes esposos en el castillo de C..., residencia habitual de la señora de K...

Regresaron ocho días después de la celebración del matrimonio, a la que no pudo asistir el señor de Saint-M..., por condenarle su estado a una reclusión rigurosa.

Después de haber recibido la bendición de su venerado abuelo, esta mujer adorable me besó con ternura, haciéndome prometer que no la olvidaría nunca, bajo ninguna circunstancia de mi vida.

Ella ya se encontraba lejos de mí antes de que estuviera en condiciones de responderla.

Esta escena me había dejado *anonadada.*

No pude volver a ver sin llorar las coquetas estancias que había ocupado mi dueña. Una sensación indefinible me torturaba al pensar que no iba a estar más allí, por la mañana, para dedicarme su primera sonrisa, su última palabra antes de dormirse.

Un cambio se iba a producir en mi destino. Me hacía falta ahora una nueva ocupación.

El excelente cura de la parroquia, amigo de la casa y guía espiritual mío, me propuso la idea de dedicarme a la enseñanza. Contando con mi autorización, lo hizo saber a mi madre, así como a mi benefactor. Esta proposición les gustó a ambos, tal y como yo esperaba.

Sin embargo, a mí me disgustaba sobremanera. Sentía hacia esa profesión una antipatía no razonada, pero sí profunda.

La perspectiva de ser *obrera* no me halagaba tampoco. Creía merecer algo más.

Una tarde en la que ya había hecho al señor de Saint-M... su lectura cotidiana, y cuando mi madre, sentada a

mi lado, le preparaba su té, del cual siempre tomaba algo, les vi consultándose con la mirada, como preguntándose quien debía empezar.

Fue él. "*Camille*, me dijo, has recibido un buen principio de instrucción. Eres inteligente; sólo depende de tí el entrar pronto en la escuela normal de... Con tu capacidad, saldrás de aquí a dos años provista de un diploma de aptitud. Ninguna carrera puede convenir mejor a tus ideas y principios".

Sus palabras me habían afectado, y estaba además *impresionada* por la ponderación de su razonamiento, en el que yo depositaba una fe inquebrantable. Mi decisión fue tan rápida como mi respuesta. Le di las gracias efusivamente, prometiéndole que iba a ser merecedora de la buena opinión que tenía de mí.

Mi madre no estuvo menos contenta por mi respuesta; la esperaba con una impaciencia comprensible, teniendo en cuenta que este sueño satisfacía a la vez su orgullo y su maternal inquietud por mi futuro.

Estaba hecho. Mi suerte estaba echada. ¡Había decidido, esa tarde, por el resto de mi vida! Pero, Señor, ¡qué diferente fue a lo que me esperaba!

Me enfrentaba ahora sin temor a la nueva carrera que había elegido, pues no podía soñar con otra. Decir que estaba contenta, hubiera sido mentir. Sólo estaba indiferente.

Me puse, sin embargo, manos a la obra, *espoleada* por la ambición de triunfar. ¿Quién no ha experimentado este ardor febril la víspera del día en que va a comparecer ante un tribunal de examen?

La escuela normal de... recibía cada año a doce muchachas, por cuenta del departamento. Cada una de ellas, antes de entrar, se sometía a un examen preparatorio, generalmente ante el inspector de la academia. El padre

N... me había proporcionado todas las informaciones necesarias sobre este particular.

Mientras mi madre se ocupaba de mi ajuar, yo trabajaba activamente, y en unos meses ya me encontraba suficientemente *preparada* para afrontar esta primera batalla. El mes de agosto, época de los exámenes, se acercaba. Desde hacía tiempo había entregado en la inspección de la academia mi partida de nacimiento, así como un certificado de buena conducta, expedido por el ayuntamiento.

Era 18 de agosto. La escuela normal de... presentaba este año a una docena de aspirantes al diploma. Entre ellas se encontraba una hermana de mi madre, sólo algunos años mayor que yo, lo que me hacía mirarla como a una hermana.

Gracias a ella, yo era ya *conocida* por sus compañeras y la buena superiora que les acompañaba.

Esta última me veía ya como a una futura alumna, y me trataba con una bondad muy particular.

Se lo debía a la conmovedora predilección que sentía hacia mi tía, una de sus más queridas alumnas, y de la que no había querido separarse.

Decir que estaba *contenta* de la perspectiva que me ofrecía esta carrera hubiera resultado completamente falso. La abrazaba sin desgana, es verdad, pero también sin ilusión. No sospechaba, por entonces de las infinitas dificultades de uno de los estados más serviles de todos, el de institutriz.

Sin duda todo el mundo conoce hoy en día la vergonzosa dependencia, para nuestra época, en que se encuentran los maestros y maestras de internados. Siendo el blanco de la calumnia y la maledicencia de una población que tienen que regenerar, sufren, además, la influencia fatal y despótica de un cura celoso de su poder, el cual, si no puede convertirlos en sus esclavos, los aplastará bien pronto bajo el peso de los odios que habrá sabido

levantar tras de sí. Lo que yo he visto me permitiría citar más de un caso. El momento no ha llegado.

Se trata de un escollo inevitable que debo afrontar aquí. Puede que suscite contra mí la risa de la incredulidad. En cualquier caso, creo estar cumpliendo un deber, y afirmo que, salvo honorables excepciones, los funcionarios a los que aquí me atrevo a atacar son incluso más numerosos de los que oso hablar.

Después del cura de la comunidad, el enemigo más terrible de la institutriz es el inspector de enseñanza. Es su jefe inmediato, el hombre que tiene en sus manos todo su porvenir. Una palabra suya a la academia, un informe al prefecto pueden apartarla del cuerpo docente.

Suponed, como yo he visto, a un hombre que llega al cargo de inspector en virtud de maniobras más o menos jesuíticas. Que es incapaz de apreciar el talento o el mérito de una maestra de pensionado que, muy a menudo, podría rogarle que se sentara, no ya en el sillón de honor, sino más bien en el banco de sus alumnos más ignorantes; he aquí el hombre.

Se guardará muy mucho de abordar un tema serio: fracasaría. Se fijará en las nimiedades más ridículas, aterrorizando a los niños de tal manera que les priva de toda capacidad de respuesta, lo que sucede en efecto. A partir de ahí los reproches son para la institutriz, en un tono amenazador ante el que es preciso inclinarse para evitar ser aniquilada por la superioridad deslumbrante del Señor delegado de la Academia.

Suponed aún más, lo que sucede en algunos casos que la institutriz sea guapa, y que el señor inspector se haya sentido *touché*, pues estos señores pueden estar dotados de una cierta perspicacia. Se puede muy bien concedérsela. Bajo la impresión de esta "desgracia", la pobre muchacha, para no verse privada del trozo de pan que les permite vivir a ella y a su viejo padre, se hará más sensi-

ble, más pequeña, ante la arrogancia de su superior. Encantado por haber hecho temblar a una niña, éste se apacigua un poco y termina con un piropo que, en boca de otro, hubiera pasado por un insulto. Pero, ¿se puede responder descortésmente al señor inspector? No. Y él lo sabe. No se puede permanecer indiferente a las promesas de ascenso que buenamente quiere hacer.

Se ha alcanzado ya el saloncito. Este señor acepta de buen grado un aperitivo. Ahora, ya no es preciso hablar de enseñanza; charla familiarmente; el terreno le es más familiar. Sus dulzonas palabras se hacen cada vez más claras. Después de haber amenazado, promete, pero también pide, y entonces su lenguaje es ciertamente significativo.

¡Por miedo a desatar su ira, puede ocurrir perfectamente que ella se muestre generosa por su parte!

También puede ocurrir que le ruegue educadamente al señor inspector que atraviese la puerta lo más rápidamente posible, pidiéndole que no la vuelva a franquear.

Y en este caso, siempre ocurre que la institutriz está perdida. ¿Ir a luchar contra un hombre cuya elevada moralidad es proverbial? En principio, esto le repugna porque supondría comprometerse sin conseguir acabar con él: se calla pues. De ahí las vejaciones de todo tipo y los recados que se pasan a la prefectura, seguidos de aterradores sermones.

Si además el cura está en su contra, todo ha terminado para ella y debe ceder terreno. No pudiendo expulsarla, pondrá todos los medios para que las familias decidan enviar a sus hijos a las buenas hermanas que él se ha encargado de avisar.

He visto sucederse ante mis ojos escenas verdaderamente increíbles, de una vileza indigna, abusos de poder demasiado escandalosos para que pueda aquí contarlos.

Lejos de mí el ánimo de haber querido atentar contra

el honor de esta clase laboriosa y tan digna de atención, consagrada a la costosa tarea de la enseñanza entre nuestras poblaciones rurales.

Nadie como yo ha sabido apreciar su buena voluntad para hacer el bien, sus esfuerzos incesantes en todo lo que se refiere al aspecto moral de la civilización. Mi único objetivo ha sido el de plantear una cuestióm de moralidad pública.

Fui *admitida* en la escuela normal de... Apenas unas leguas me distanciaban de ella. El viaje suponía sin embargo todo un acontecimiento para mí. Había que atravesar el océano; iba pues a paladear los encantos de la novedad.

Una vez en D..., el capitán me hizo conducir al convento. Su aspecto era sencillo y modesto como la vida de quienes lo habitaban.

No sé qué malestar indefinible se apoderó de mí cuando franqueé el umbral de esta casa. Era dolor y vergüenza. Ninguna palabra humana podría expresar lo que sentía.

Esto parecerá sin duda increíble, porque yo ya no era *niña*, tenía diecisiete años, e iba a encontrarme con jóvenes, algunas de las cuales apenas llegaban a los dieciséis. La acogida tan afectuosa de la buena superiora me había dejado insensible y, cosa extraña, cuando llegué a la clase de las alumnas de magisterio, *conducida* por aquélla, la vista de todos esos rostros frescos y encantadores que ya me sonreían, me encogió el corazón.

¡En todas sus frentes se leía la alegría, la dicha, y yo estaba triste, *aterrada!* Algo instintivo se despertaba en mí, como prohibiéndome la entrada a ese santuario de virginidad. Un sentimiento que prevalecía en mí, el amor al estudio, vino a evaporar la extraña perplejidad que se había apoderado de todo mi ser.

El número de aspirantes al diploma era de veinte a

veinticinco. Sin embargo, además de nuestra clase, el mismo establecimiento reunía a un centenar al menos de chiquillas, tanto internas como externas, que formaban dos clases separadas. Un inmenso dormitorio, dotado de cincuenta camas más o menos, nos reunía a todas.

En los dos extremos de esta habitación se veía una cama guarnecida de cortinas blancas, ocupada cada una por una religiosa. *Habituada* desde hace tiempo a tener un dormitorio para mí sola, sufría enormemente ante esta especie de comunidad. La hora de levantarse resultaba especialmente un suplicio para mí, y hubiera querido ocultarme de la vista de mis amables compañeras, no porque intentase rehuírlas, pues las amaba demasiado para hacer esto, sino porque instintivamente sentía vergüenza de la enorme distancia que me separaba de ellas, físicamente hablando.

A esa edad en que se desarrollan todos los encantos de la mujer, yo no tenía ni el aire lleno de abandono ni la redondez en los miembros que revelan a la juventud en flor. Mi tez, de una palidez enfermiza, denotaba un estado de sufrimiento constante. Mis rasgos tenían una cierta dureza que era imposible ocultar. Un ligero vello que se acrecentaba todos los días cubría mi labio superior y una parte de mis mejillas. Se comprende que esta peculiaridad diera pie con frecuencia a bromas que yo quise evitar utilizando frecuentemente las tijeras a modo de cuchillas. Sólo conseguí, como era natural, espesarlo más y hacerlo más visible todavía.

Tenía también el cuerpo literalmente cubierto, y evitaba cuidadosamente desnudar mis brazos, incluso con los calores más fuertes, cuando así lo hacían mis compañeras. En cuanto a mi cintura, era de una estrechez verdaderamente ridícula. Todo esto saltaba a la vista y me daba cuenta todos los días. Debo decir, sin embargo, que era generalmente *querida* por mis maestras y com-

pañeras, y este afecto lo correspondía pero de una manera casi temerosa. Yo había nacido para amar. Todas las facultades de mi alma me impulsaban a ello; bajo una apariencia de frialdad y casi de indiferencia, tenía un corazón de fuego.

Esta desgraciada disposición no tardó en acarrearme reproches y en hacerme objeto de una vigilancia que yo desafiaba abiertamente.

Intimé rápidamente con una encantadora muchacha llamada Thécla, un año mayor que yo. Ciertamente, nuestro físico no podía ser más opuesto exteriormente. Mi amiga era todo lo fresca y graciosa que yo no era.

Se nos llamaba las inseparables y, en efecto, no nos perdíamos de vista ni un solo instante.

Durante el verano estudiábamos en el jardín, estando cerca una de otra, con las dos manos enlazadas mientras que las otras sostenían el libro. De vez en cuando, la mirada de nuestra maestra se posaba sobre mí en el momento en que me inclinaba hacia ella para besarla, ya fuera en la frente o *como estaría dispuesta a pensar de mí*, en la boca. Esta escena se repetía veinte veces en una hora. Entonces me condenaban a colocarme en un extremo del jardín, lo que no hacía siempre de buen grado. Durante el paseo se repetían las mismas escenas. Por una extraña fatalidad, yo estaba situada en el dormitorio 2 y ella en el 12. Pero esto no me molestaba apenas. Como no podía acostarme sin haberla besado, me las arreglaba para quedarme aún de pie cuando todo el mundo estaba en la cama. Caminando de puntillas, llegaba hasta ella. Terminada mi despedida, fui sorprendida algunas veces por mi maestra, de quien me separaba únicamente la cama número 1. Las excusas que daba a mis escapadas fueron aceptadas al principio, pero no podía ser así siempre. Yo sabía que la excelente mujer me quería realmente, y estas maneras de actuar le afligían y

le sorprendían al mismo tiempo. Por otro lado, como ya no éramos niñas, apelaba a nuestros sentimientos y no a los castigos.

Al día siguiente, ella encontraba el medio de llamarme *sola* al jardín, y allí, estrechando mis manos en las suyas, como hubiera hecho con una hermana, me hacía las exhortaciones más conmovedoras, para recordarme el sentido de la reserva que recomiendan la moral y el respeto debido a una casa religiosa. Yo no podía escucharla sin echarme a llorar, pues ella sabía inspirarse con esos acentos que son casi sobrehumanos.

He vivido lo suficiente como para poder afirmar que es imposible encontrar algo comparable a su naturaleza distinguida. Desafío al hombre más escéptico del mundo a que sea capaz de vivir junto a una criatura tan noble, tan pura, tan verdaderamente cristiana, sin sentirse impulsado a amar una religión que es capaz de engendrar un carácter semejante. Se me responderá que son infrecuentes; lo sé, desgraciadamente; pero por esto son aún más admirables, y si nadie alcanza su perfección, ¿quién puede atreverse a pedirles exigencias?

¡Santa y noble mujer! ¡Tu recuerdo me ha sostenido en las horas difíciles de mi vida! ¡Ha aparecido durante mis extravíos como una visión celestial, que me ha dado la fuerza y el consuelo!

Tan humilde y modesta como verdaderamente grande, la hermana Marie-des-Anges evitaba con cuidado toda conversación que pudiera confirmar lo que ya se sabía sobre su alta cuna. Hija de un general cuya carrera fue una de las más brillantes por el importante puesto que ocupó durante largo tiempo en la diplomacia, había renunciado tempranamente al futuro que le prometían su nombre y su fortuna para consagrarse únicamente al servicio de los pobres y los enfermos. Su vasta cultura, poco frecuente en una mujer, le había hecho ser designada

por sus superiores para dirigir la escuela normal de D... Decir que era querida por sus alumnas sería decir demasiado poco. Todas le adoraban. Raramente tenía ocasión de dirigirnos un reproche, por liviano que fuera; sus deseos eran para nosotras órdenes que ejecutábamos antes incluso de que fueran formulados.

Los inspectores le conocían mucho, por lo que sus visitas eran raras y generalmente cortas.

Los estudios de las alumnas aspirantes a maestras se disponían de la forma siguiente: por la mañana, tanto en verano como en invierno, el despertador sonaba a las cinco. A las seis era la misa, bien en la capilla o en la parroquia, que se encontraba a unos cinco minutos escasos de la comunidad. A las siete, el estudio, hasta las ocho, hora en la que llamaban al desayuno. A las nueve empezaba la clase. La mañana se consagraba a los ejercicios de francés, estilo, escritura y geografía.

A las once, la comida, seguida del recreo para las jóvenes pensionistas externas. El tiempo que duraba era apenas suficiente para terminar los deberes de la mañana. De una a cuatro y media nos ocupábamos de las matemáticas, la lectura y el francés. Ciertos días se dedicaban a la música vocal y al dibujo. A partir de las cinco quedábamos libres, aunque no sin deberes, pero debo decir que no suponían una carga para nosotras. No perdíamos un minuto. Si acontecía que llevábamos adelanto, aprovechábamos para realizar los trabajos de costura o para resolver alguna cuestión nueva y complicada. Esto explicaba nuestros rápidos progresos. Mi aversión por los trabajos manuales iba en aumento. Me preguntaba lo que ocurriría el día que tuviera que confesar mi profunda incapacidad ante mis alumnos. Mientras que mis compañeras progresaban en este tipo de ejercicio, yo me entregaba a mi ocupación favorita, la lectura.

En el verano, cuando el tiempo lo permitía, dábamos

después de la cena un paseo por la orilla del mar. Las religiosas nos acompañaban, pero sin mezclarse en absoluto con nosotras. Una playa inmensa, casi siempre desierta, se extendía a lo largo de los mismos muros de la comunidad, estando sólo separada de ésta por una muralla. La vista era deliciosa, sobre todo cuando la tempestad, frecuente en esta parte salvaje del litoral, venía a trastornar al terrible elemento que nos rodeaba. Las tormentas, sobre estas costas áridas, tenían un carácter verdaderamente aterrador, del que uno no puede hacerse idea.

Asistí una vez a una de esas cenas horribles, cuyo recuerdo ya no te abandona. Nunca he vuelto a ver algo semajante desde aquel día.

Era hacia la mitad del mes de julio.

El día había sido agobiante. Ni un soplo vino a refrescar un aire que era ardiente, incluso por la noche. Como de costumbre, después de cenar habíamos paseado durante una hora a lo largo de la muralla. En ese momento se produjo un cambio repentino en la atmósfera. Violentas ráfagas procedentes del mar se elevaron de improviso, al tiempo que sombríos nubarrones asomaron por el horizonte.

Era evidente que una borrasca iba a estallar.

Yo tenía prisa por volver, ya que desde mi llegada a D... las tormentas me causaban un espanto que no había experimentado hasta entonces. Thécla se apoyó en mi brazo, que temblaba ya pese a mis esfuerzos por disimularlo.

Nos disponíamos a entrar cuando un relámpago me paralizó. El cielo se había entreabierto, dejando caer un rayo que se abatió a algunos metros del lugar donde nos encontrábamos, pero sin dejar rastro.

Estaba *aterrorizada*. Y sin embargo, el huracán no había alcanzado todavía toda su fuerza.

Hacia medianoche redobló su intensidad. Los relámpagos se sucedieron con una rapidez siempre mayor, e inutilizaban completamente la lamparilla que ardía en el dormitorio.

Nadie dormía. Las dos religiosas habían abierto las cortinas y desgranaban en alta voz rezos que eran respondidos por algunas de mis compañeras.

Nada más triste que el sonido monótono de las voces mezclado con el creciente estallido de los truenos.

Con la cabeza enterrada debajo de las mantas, apenas respiraba. No pudiendo aguantar más, me destapé un poco para mirar a mi alrededor.

Menos asustada, la alumna situada a mi lado se había levantado y se acercaba a mi cama para calmarme. Había asido una de mis manos cuando un espantoso resplandor envolvió todo el apartamento.

El crujido que le siguió a continuación fue tal que nunca he vuelto a oir algo parecido.

Al mismo tiempo, la ventana, situada sobre mi cama, se abrió con estruendo. *Enajenada*, lancé un grito de angustia que, unido a los que le habían precedido, hizo pensar en una auténtica desgracia.

Antes de que se hubieran podido dar cuenta de lo sucedido, ya había franqueado, no sé cómo, la cama que me separaba de mi maestra.

Movida como por un resorte eléctrico, había caído *embobada* en los brazos de la hermana Marie-des-Anges, quien no pudo desprenderse de mi imprevisto abrazo.

Sus dos brazos asían mi cuello, mientras que mi cabeza se apoyaba con fuerza contra su pecho, estando únicamente cubierta por un camisón.

Transcurrido el primer momento de pavor, la hermana Marie-des-Anges me hizo notar dulcemente el estado de desnudez en que me encontraba. Sin duda alguna, no estaba pensando en ello, pero la comprendí sin oirla.

Una *sensación inaudita* me dominaba por completo y me abrumaba de vergüenza.

Mi situación no puede explicarse.

Algunas alumnas rodeaban la cama y observaban esta escena, no pudiendo atribuir más que a la sensación de miedo el temblor nervioso que me agitaba... No me atrevía a levantarme, ni a afrontar las miradas clavadas sobre mí. Mi rostro descompuesto estaba cubierto de una lívida palidez. Mis piernas cedían bajo mi peso.

Llena de piedad, mi excelente maestra me prodigaba las más tiernas caricias. Estaba *caída* sobre sus rodillas, con la cabeza apoyada en su cama. Mi maestra intentaba sostenerla con una mano, mientras que la otra se apoyaba en mi frente. Sentí que esa mano me quemaba.

La aparté bruscamente y la acerqué a mis labios con una sensación de bienestar que me era desconocido. En cualquier otro momento hubiera rechazado esta actitud de familiaridad que ella nunca toleraba. Pero se contentó con retirarla, instándome a volver a mi cama.

Bajo la impresión de una emoción difícil de describir, ya no oía la tormenta que aún bramaba sordamente. Había dejado a mi maestra sin atreverme a mirarle a los ojos. Un completo desorden reinaba en mis ideas. Mi imaginación estaba agitada sin descanso por el recuerdo de *sensaciones* recién despertadas en mí, y que llegaba a reprocharme como si se tratara de un crimen... Resulta comprensible, porque en esa época yo tenía la mayor ignorancia sobre las cosas de la vida. No sospechaba nada sobre las pasiones que agitan a los hombres.

El ambiente en el que había vivido, la manera en que había sido *educada* me habían preservado hasta entonces de un conocimiento que, sin duda alguna, me hubiera conducido a los mayores escándalos, a deplorables desgracias. Lo que había pasado no fue para mí una revelación, sino un tormento más en mi vida.

Ha sucedido a menudo que he llegado a dudar de acercarme al altar, después de noches atormentadas por *extrañas alucinaciones*. ¿Podía ser de otra manera?

A partir de ese momento, mi natural reserva se hizo mayor frente a mis compañeras. Un hecho que puedo citar aquí sin comprometer a nadie dará una idea de esto.

Durante el verano, las alumnas que gustaban de los baños de mar se entregaban a este saludable ejercicio, conducidas por una religiosa. Yo me negaba sistemáticamente a ir.

Nos habían prometido desde hacía tiempo una excursión a T..., el lugar de la isla más interesante desde el punto de vista de su emplazamiento. El día llegó por fin. Había que caminar 5 kilómetros por lo menos, y otros tantos para volver. Unicamente la clase normal iba a emprender el viaje, pues las otras internas eran demasiado jóvenes. Como en T... existía una casa religiosa de la misma congregación, íbamos a hacer noche allí, lo que añadía todavía más encanto al paseo.

Estábamos en agosto. Para evitar el excesivo calor, nos pusimos en ruta a las cinco de la mañana. La superiora y dos religiosas nos acompañaban. Debíamos atravesar un territorio de marismas, en donde la vegetación escaseaba. Había arena por todas partes, lo que otorgaba al paisaje el aspecto de los desiertos lúgubres de Africa.

Sin duda, nadie pensaba en cansarse; pero al llegar a las dunas desapareció la tierra firme; era imposible avanzar en ese terreno movedizo.

A cada paso, el pie se hundía por encima del tobillo. Teníamos que andar descalzas. Una loca alegría animaba a mis compañeras. Era naturalmente contagiosa, y yo no intentaba sustraerme a ella.

Esas risas francas y alegres me hacían sentirme bien,

pero sin embargo y muy a pesar mío, me encontraba *celosa*.

De vez en cuando, mi frente se inclinaba bajo el peso de una tristeza que no podía evitar. Una preocupación constante se había adueñado de mi espíritu. Me sentía *devorada* por el mal terrible de lo *desconocido*.

La hospitalidad más gentil nos esperaba en T... Las buenas hermanas, advertidas de nuestra llegada, nos recibieron, en su soledad, con los brazos abiertos.

El pueblo entero también puso su grano de arena, y nos hizo el más simpático recibimiento.

Leche fresca, huevos y diversas mermeladas compusieron un almuerzo al que hicimos los mayores honores.

Después del almuerzo visitamos el jardín.

En el primer y único piso de la casa se encontraba el aula principal, que había sido transformada para nosotras en una enorme cama de campaña. Se componía exclusivamente de colchones y mantas, lo que resultaba más que suficiente dado lo avanzado de la estación. El calor era excesivo. Había intentado, como el resto de mis compañeras, reparar mis fuerzas mediante algunas horas de sueño.

No sé ya si fue profundo, pues a cada momento era interrumpido por los bostezos de una, o las risas de la otra. Aún lo estoy viendo.

Medio desnudas, y tendidas unas al lado de otras sobre nuestras improvisadas literas, presentábamos un aspecto que hubiera tentado a un pintor. Y no hablo de mí, por supuesto.

Bajo un gracioso *déshabillé* se distinguían aquí y allá formas admirables que un repentino movimiento dejaba de vez en cuando al descubierto.

¡Cuando recuerdo este pasado desaparecido para siempre, me parece que estoy soñando! ¡Cuántos recuerdos de este tipo vienen a excitar mi imaginación!

¡Si estuviera escribiendo una novela podría, interrogándolos, dar a luz las páginas más dramáticas e impresionantes que nunca haya creado un A. Dumas o un Paul Féval! Pero mi pluma no puede rivalizar con la de estos monstruos del drama. Y además, yo estoy escribiendo mi historia, es decir, una serie de peripecias en las que se encuentran entremezclados nombres demasiado honorables para que pueda dar a conocer el involuntario papel que han desempeñado en ellas.

¡Qué destino me aguardaba, Dios mío! ¡Y qué juicio van a dar de mí aquellos que me han seguido en esta trayectoria increíble, que ningún ser vivo había recorrido antes!

Por muy rigurosa que sea la condena que dicte el futuro, yo quiero continuar mi penosa tarea.

Por la tarde de ese mismo día visitamos los alrededores de T... No se puede dar una idea.

El pueblecito está literalmente sepultado bajo un océano permanente de verdor, cuyas profundas raíces se multiplican desde hace siglos a través de montañas de arena llamadas *dunas*.

Un inmenso bosque de pinos se extiende a lo largo de la costa, haciendo de dique frente a las invasiones del mar y protegiendo al lugar de las tormentas de arena que, elevándose hasta alturas gigantescas, ofrecen un espectáculo imponente.

Provistos de un catalejo y situados en un punto dominante del bosque llamado el Observatorio, se pueden distinguir los rayos del sol como formidables colosos de plata. Al menos 4 kilómetros nos separaban de esa playa soberbia que se llama la Cabeza-Salvaje. Era para nosotras como la tierra prometida. Debíamos llegar allí a la mañana siguiente.

La noche transcurrió más lentamente de lo que hubiéramos deseado.

No pudiendo todas tener cabida en la casa religiosa de T..., una docena de nosotras fue enviada con nuestras gentiles vecinas, que estaban encantadas de darnos alojamiento. Yo era una de ellas. Varias camas, maravillosamente limpias, fueron puestas a nuestra disposición. La estancia en la que yo me encontraba tenía tres. Eramos nueve. Afortunadamente las camas eran amplias, y pudimos dormir perfectamente cómodas, aun ocupando únicamente un tercio de ellas.

¡No voy a decir lo que supuso esa noche para mí!

Una vez amanecido, teníamos que partir.

Después de vestirnos apresuradamente, tomamos unos tragos de leche fresca.

Las provisiones, que habían sido preparadas por las buenas religiosas, fueron cargadas sobre unos asnos puestos a nuestra disposición para realizar el gran viaje.

A la entrada del bosque, sobre un montículo que parece dominar el vasto océano, se alza una gran cruz de piedra. ¡Sin duda, generaciones enteras de marinos se habían arrodillado sobre sus peldaños musgosos! ¡Más de una madre habrá derramado sus lágrimas en recuerdo de su hijo ausente!

Fue allí, cerca del cielo, donde hicimos la oración de la mañana. La hermana Marie-des-Anges, con ese tono convencido y la gran fe que le dominaba, recitó las oraciones. Yo estaba *arrodillada* enfrente de ella, y no puedo expresar la emoción que me embargaba al escrutar ese rostro angelical, inundado de una suavidad dulce, que reflejaba la serenidad de este alma única. Sólo el ruido del mar venía a turbar un silencio religioso.

¡Había allí algo grande, verdaderamente poético!

¡Y lloraba, mientras mis compañeras respondían a los rezos sagrados!

Mi excelente maestra estaba sorprendida por mi aire de abatimiento y se había informado solícitamente sobre

mi salud, temiendo en especial que no pudiera hacer el trayecto sin fatigarme muchísimo. La tranquilicé como mejor pude, intentando evitar toda observación peculiar, toda pregunta a la que no pudiera responder.

Empezamos la marcha. Como en la víspera, era necesario para poder caminar con seguridad desprenderse de las medias y los zapatos, pues la arena se hacía cada vez más espesa y, por tanto, más movediza. En algunos momentos nos hundíamos hasta las rodillas y más de una caída grotesca nos hacía olvidar nuestra marcha renqueante.

El calor resultaba ya excesivo. Redoblamos el paso a fin de procurarnos lo más rápidamente posible el reposo que algunas estaban necesitando tanto.

Nos aproximábamos. La arena nos quemaba los pies. La sed se hacía sentir, tanto más cuanto teníamos ante los ojos el panorama de olas plateadas del Océano.

No puede describirse el magnífico espectáculo que se ofrecía a nuestras miradas; haría falta una pluma más dotada que la mía.

Era ya tarde. Después de haber descansado un poco sobre la arena, soñábamos con satisfacer el apetito que agijoneaba aún más la fresca brisa del mar.

Se depositaron las provisiones sobre la arena, que fueron despachadas bien a gusto. Habíamos pensado en todo, pero se nos había olvidado el agua. ¿Y dónde encontrarla en aquel desierto de fuego? Yo me sacrifiqué por la salvación de todas. Dos amigas me acompañaron y henos ahí a la búsqueda de una fuente.

Transcurrió más de una hora antes de encontrarla. El hallazgo nos volvió locas de alegría.

Aparté algunas plantas que la escondían y me tiré de cabeza para poder calmar la sed que me devoraba.

Cuando hubimos satisfecho una necesidad tan imperiosa, nos dispusimos para la vuelta. Nuestra llegada era

esperada con expectación y fue saludada con auténticos gritos de victoria. Manos impacientes nos arrancaban los preciados recipientes sin pensar siquiera en agradecérnoslo.

Una alumna se había acercado hasta la playa y zambullía sus piernas en el agua.

¡Fue como una inspiración repentina!

Todas se desprendieron al momento de sus ropas y, arrollando las enaguas en la cintura, se precipitaron, hasta medio cuerpo, sobre las reconfortantes olas.

Nuestras maestras hicieron lo propio por su parte.

El mar se encrespaba por momentos. ¡Olas atrevidas alcanzaban a veces una altura que exigía ponerse a salvo de la inmersión! ¡Se desataba entonces una hilaridad loca!

Unicamente yo asistía a este baño como *espectadora*. ¿Quién me impedía participar? No lo hubiera sabido entonces. Un sentimiento de pudor, que me podía muy a pesar mío, me forzaba a abstenerme, ¡como si estuviera temerosa de que, al tomar parte en aquel jolgorio, pudiera herir con la vista a aquéllas que se consideraban mis amigas, mis hermanas!

Desde luego, ¡ninguna podía sospechar las tumultuosas sensaciones que me agitaban al ver semejante escena, por otra parte muy natural en personas de nuestra edad! Las más mayores podían tener veinticuatro años. Yo tenía diecinueve y muchas otras no alcanzaban esta cifra. La mayoría eran preciosas, pese a no estar dotadas de una hermosura deslumbrante.

Hacia las cuatro, la pequeña caravana volvía a T... La cena nos esperaba. El cansancio era grande entre nosotras y aún teníamos que cubrir una larga etapa antes de llegar a nuestra querida mansión.

El camino se recorrió velozmente, debido a nuestro deseo de recuperar nuestras fuerzas mediante un sueño reparador. Yo lo necesitaba pues, como cabe imaginar,

las *emociones* que me torturaban no habían logrado precisamente aumentar mis fuerzas.

Aunque no me lo decían, me daba cuenta de que mi estado causaba preocupación. La ciencia no terminaba de explicar una *determinada ausencia*, que yo achacaba sin mayores problemas a esa especie de deterioro interno que me minaba.

La ciencia, ademas no puede hacer milagros, y todavía menos lanzar profecías... Desde hacía tiempo, me sometía a un tratamiento especial. La pobre hermana encargada de la farmacia se aplicaba con un tesón a toda prueba, que solo era correspondido por el mayor de los fracasos.

Llegó la época de las vacaciones, que era también la de los exámenes. Yo tomaba parte en ellos ese año. Ya hacía dos desde que entré en D... Era pues un momento terrible para las jóvenes aspirantes. Lo vi llegar en medio de una total indiferencia, a pesar de que todo mi futuro estaba en juego.

Salimos para B...; la superiora nos acompañaba. Nos llevó en presencia del inspector de la academia, quien nos largó un discurso moral a tono con la situación. El examen iba a tener lugar en las estancias de la prefectura. A las ocho de la mañana siguiente, fueron invadidas para dar comienzo a las pruebas escritas.

A mediodía se dio a conocer el resultado.

De dieciocho aspirantes al diploma, yo había quedado la *primera*. Me mantuve hasta el final en esa posición, y debo decir sin modestia que nadie se sintió molesta porque todo el mundo se lo esperaba.

Mi madre estaba encantada; pero, seguramente, nadie fue tan feliz como mi venerado bienhechor, el señor de Saint-M... Mi éxito le había alegrado como si de un hijo suyo se tratara.

Me separé de mis estimadas compañeras con un nudo

en el corazón verdaderamente doloroso. Al abandonar la casita de D... sentí un dolor desgarrador.

Era como un presentimiento vago, indefinido, de aquello que me esperaba en el futuro.

¿No dejaba tras de mí, al otro lado de esos muros, la paz, esa tranquilidad inalterable que es fruto de una conciencia tranquila?

¿Me iba a tener que enfrentar, en el mundo, con todo tipo de enemigos? ¿Y cómo iba a salir librada?

Volví a ocupar en B... mi modesta habitación y mi antiguo puesto junto al señor de Saint-M..., mientras aguardaba a que el señor inspector me asignara un destino. Mantenía con él las mejores relaciones.

Nunca tuve motivo para dudar de su honradez. Era uno de esos pocos hombres que se encuentran a la altura de su delicada función, la cual desempeñaba para honor de la instrucción pública.

Transcurrieron así algunos meses, hasta que me llegó una invitación de la prefectura para presentarme en las oficinas de la Academia. "Hija mía, me dijo alegremente el inspector, me parece que va a estar usted contenta. Le puedo ofrecer una plaza en un internado que conozco, y en donde va a estar de maravilla. La señorita A... es una persona de raro talento y además de una honorabilidad intachable. Si las condiciones que me indica en su carta le parecen aceptables, contéstele inmediatamente. Yo, por mi parte, os la presentaría".

Esta oferta me encantó desde el primer momento. Consulté a mi madre y al señor de Saint-M..., quienes me animaron calurosamente: ambos consideraban que existían las suficientes garantías como para hacerme feliz.

Escribí a la dama, y me respondió que me esperaba con los brazos abiertos. Tenía yo entonces diecinueve años, y sólo podía trabajar como institutriz ayudante. Son los términos de la ley.

Estaban llegando las vacaciones a su fin cuando emprendí el camino de L..., cabecera de cantón, situada en el límite de mi departamento. Llegué allí de noche cerrada.

La madre de la señorita A... me esperaba al bajar del coche y me abrazó con una efusión que ponía de relieve su naturaleza abierta y llena de franqueza.

Es indispensable que la haga conocer.

Viuda desde hace varios años, la señorita A... tenía cuatro hijas, de las cuales la mayor se había hecho religiosa del Sagrado Corazón; la segunda, la señorita A..., se dedicó a la enseñanza y dirigía, junto a su hermana más pequeña, la señorita Sara, el pensionado de L...

Se había hecho necesaria mi presencia por el matrimonio de la señorita A... Se había casado hace poco con un viejo profesor que también ejercía como maestro en la localidad. No pudiendo salir más que ocasionalmente de la casa de su marido, la joven mujer había tenido que pensar en su sustitución, al lado de su hermana Sara. Esta última, al no haber terminado sus estudios todavía, no podía quedarse sola al frente de semejante institución. La casa acogía a cerca de setenta alumnas, de las cuales una treintena eran internas. Como siempre, las cuestiones internas se confiaban a la señorita P..., quien se desenvolvía con la habilidad de una consumada ama de casa. Nosotras, Sara y yo, únicamente teníamos que ocuparnos de las clases.

Habituada desde hacía tiempo a la dirección de su hermana, quien le dejaba una libertad absoluta, la señorita P... me recibió con una cierta aprensión. Su acogida, pese al ejemplo de su madre, fue un poco fría, embarazosa. Me sentí minuciosamente estudiada. Todo, hasta mis menores gestos, eran objeto de su examen. Pero, al final de la cena, la confianza había nacido enteramente entre nosotras.

Mi palidez había impresionado. Se me preguntó amistosamente por mi salud, y la señorita P..., entrando en detalles completamente íntimos, me hizo prometer que la vería de ahora en adelante como a una segunda madre. Su mayor deseo, me dijo, era el de que pudiera tener con Sara una relación fraternal.

Yo estaba *muy cansada*, y Sara me condujo a mi habitación, que comunicaba con la suya. Allí se animó a besarme, lo que hizo que terminara por concederle mi amistad.

Una vez *sola*, me felicité sinceramente por la fortuna que había tenido. Todo me hacía presagiar que iba a ser *feliz* junto a esta excelente familia que me trataba ya como a uno de sus miembros.

Ocho días nos separaban aún del comienzo de las clases. Sara tenía otra hermana de la que no he hablado, y a quien tuve ocasión de conocer al día siguiente. Casada con un comerciante, vivía en la misma calle, por lo que hacía frecuentes apariciones en casa de su madre.

Comparándola con mi nueva amiga, noté que, físicamente hablando, era notablemente superior. Una cabellera negra como el ébano enmarcaba un rostro un poco pálido pero ligeramente sonrosado. Una frente amplia, rematada por unas cejas perfectamente arqueadas, debajo de las cuales brillaban dos ojos admirables, de expresión muy bella; una hermosa boca, adornada con perlas deslumbrantes, constituían una persona si no perfecta, al menos realmente atractiva. Añadid esto al porte más garboso y un aire donde se leían la fuerza, la salud, la felicidad de una unión todavía en flor, y tendréis una idea muy imperfecta del atractivo que ejercía a su alrededor esta joven mujer, cuya visión me impresionó de una forma que no se borrará jamás.

La fisonomía de Sara no tenía la misma distinción y grandeza. No había en ella nada especial que atrajera la

mirada. Algo irónico flotaba sin cesar en sus labios, y daba a sus rasgos una cierta dureza, que sólo era mitigada, de vez en cuando, por la prodigiosa dulzura de su mirada, donde se leía la ingenuidad del ángel que no es consciente de serlo. Su estatura era superior a la media y poseía una fuerza que tal vez pudiera parecer excesiva para algunos observadores. Con un poco de perspicacia, se hubiera adivinado una naturaleza impetuosa, ardiente, a la que los celos le empujarían a los mayores excesos.

Educada por una madre que exacerbaba sus principios religiosos hasta la rigidez más austera, Sara era verdaderamente piadosa, pero de una piedad ilimitada, libre de ese rigor exagerado que ella no podía dejar de lamentar al verlo en los demás.

Tenía entonces dieciocho años. Ni la sombra de un mal pensamiento había turbado la serenidad de su alma cándida. Desde ese día comenzó nuestra unión, que no tardó en convertirse en un verdadero cariño.

Buena por naturaleza, Sara me prodigaba mil delicadas atenciones que denotan un corazón generoso. Yo fui su confidente y su primera *amiga*.

Fuimos juntas a ver a la señorita de A... Se trataba, en efecto, de una mujer de mucho mérito.

A juzgar por su apariencia, debía sufrir mucho. Aunque apenas contaba treinta años, parecía tener cuarenta. Su talle se encorvaba ligeramente, como si un mal desconocido le amenazara interiormente. Sus mejillas hundidas tenían en ocasiones una palidez cadavérica, que contrastaba singularmente con la resignada calma que se desprendía de sus facciones cansadas. Su dulzura no desaparecía bajo ninguna circunstancia. Su humor era el mismo en todo momento. Poseía en grado máximo un aire de grave dignidad unido a un encanto afable que le habían convertido en el ídolo de sus alumnas.

La señora de P... sentía una marcada predilección por

ella. Esta chica era la viva imagen de su padre y le había amado con pasión. Tanto por su inteligencia como por su sabiduría, Madame A... destacaba sobre sus hermanas. Se comprende por tanto que su madre estuviera orgullosa de ella, por lo que no tomaba ninguna decisión sin consultarla.

Confiando en mí por completo, Madame A... no me trazó ningún plan de actuación para dirigir los estudios. Tenía, a este respecto, una completa libertad de acción.

Hasta entonces, todo lo que había visto en L... me resultaba francamente simpático. Debo hacer una excepción con el sacerdote. Mi posición en Jonzac me obligaba a ir a saludarle antes de comenzar mi trabajo.

Fui con la señora de P... Durante la entrevista de breves minutos, adiviné en este hombre a un peligroso enemigo para el futuro. No me equivocaba. Era un pequeño viejecito de aspecto bastante enclenque, delgado, huesudo, con los ojos profundamente hundidos en sus órbitas, en los que brillaba un fuego sombrío que inspiraba terror y repulsión. Su palabra breve, aguda, y de alguna manera burlona, no estaba hecha para inspirar confianza. Su sonrisa era falsa, malévola. Cosa rara, la población femenina del lugar le había consagrado una especie de culto debido sin duda al terrible ascendente que había sabido ejercer sobre esas naturalezas tímidas, doblegadas bajo el yugo de su moral despiadada, desesperante, diametralmente opuesta a la del Divino Maestro.

En revancha, era cordialmente detestado por todo el sector masculino, y él lo sabía.

Felizmente, estos curas no son frecuentes, y nunca nos alegraremos de esto lo suficiente para la gloria de la religión cristiana, religión de amor y perdón.

De vuelta a casa, comuniqué mi impresión a Sara, que no se sorprendió demasiado.

"Camille, me dijo mi amiga, no hable así delante de

mamá, le desagradaría muchísimo. A sus ojos, el sacerdote H... es un santo. Desde hace tiempo, mis hermanas han abandonado su dirección, con gran satisfacción de sus maridos. Su guía espiritual es el cura de una pequeña localidad vecina a la nuestra. Si yo no temiera los reproches de mi madre, no dudaría en hacer lo mismo. Pero en este asunto es intratable".

Durante los días siguientes, visité los alrededores. Madame P... poseía una propiedad bastante grande, mantenida en las mejores condiciones posibles. Trabajadora infatigable, cuidaba todo por sí misma sin la ayuda de sus yernos.

Raramente el día le sorprendía en la cama.

La jardinería, la atención de sus numerosas aves, y de su ganado la absorbían. No delegaba en su sirvienta el cuidado de ciertas cosas extremadamente penosas. Esa era su vida. Sin fatigas, no hubiera vivido.

¿Necesitaba algunas legumbres? Si hacía buen tiempo, nos llamaba a Sara y a mí. "Vamos, hijas mías, id a dar una vuelta a Guéret, y me traeréis tal objeto". Y partíamos alegremente, agarradas del brazo. El Guéret era un inmenso jardín de su propiedad, a un cuarto de hora de la casa como mucho y a cuya entrada se encontraba un simpático cenador. Era nuestro paseo favorito. ¡Cuántas horas deliciosas pasamos allí!

¡Esta vida campestre tenía para mí un encanto incomparable! Me sentía revivir en medio de la abundante vegetación, con ese aire puro y vivificante que respiraba a pleno pulmón.

¡Tiempos felices desaparecidos para siempre!

Estamos a uno de noviembre de 185..., fecha fijada para la apertura anual del pensionado.

Al día siguiente, conduje con Sara a todas mis alumnas a la misa del Saint-Esprit.

La iglesia de L... tenía una tribuna, de la que una par-

te, la de en medio, estaba reservada a los hombres; la otra, la de la derecha, nos pertenecía.

Estaba separada por una construcción de tablas lo bastante elevadas como para impedir toda comunicación.

Mis tareas empezaban. Estaba *encargada* especialmente de las alumnas más avanzadas. Sara se ocupaba de las más jóvenes. Madame A... me ayudaba un poco en mis ocupaciones. Venía al internado todos los días, una hora por la mañana y otra por la tarde. En realidad, yo estaba al frente del establecimiento, al menos en lo que se refefiere a la parte docente; de lo demás, no me ocupaba apenas. Sara y su madre recibían a los padres y arreglaban con ellos las condiciones. Sustraerme a este trabajo me hacía feliz.

Nuestras internas ocupaban dos dormitorios contiguos: allí también me ocupaba de la vigilancia de las mayores, de edades comprendidas entre los catorce y quince años.

Mi cama no estaba separada de la de Sara más que por un delgado tabique. A nuestros pies se encontraba la puerta de comunicación que no se cerraba nunca.

La misma lamparilla iluminaba por tanto los dos dormitorios.

Una vez realizada la oración y acostadas las alumnas, mi amiga y yo charlábamos a menudo durante largas horas. Me reunía con ella en su cama y gozaba dedicándole esos pequeños cuidados que prodiga una madre a su hijo. Poco a poco me habitué a desnudarla. ¡Si se quitaba un solo broche sin mí, me ponía *celosa*! Estos detalles parecerán futiles, pero son necesarios.

Después de haberla extendido sobre su cama, me arrodillaba cerca de ella, rozando mi frente con la suya. Sus ojos se cerraban pronto bajo mis besos. Dormía. Yo la miraba amorosamente, no pudiendo decidirme a mar-

char de allí. La despertaba. "Camille, me decía entonces, os lo ruego, id a dormir, tendréis frío y es tarde".

Vencida finalmente por sus ruegos, me iba suavemente, pero no sin haberla antes estrechado contra mi pecho varias veces. ¡Lo que sentía por Sara no era amistad, era una verdadera pasión!

¡No la quería, la adoraba!

Estas escenas se reproducían todos los días.

A menudo me despertaba en mitad de la noche. Entonces me deslizaba furtivamente junto a mi amiga, prometiéndome no turbar su sueño de ángel, pero ¿podía contemplar ese dulce rostro sin acercar a él mis labios?

Solía ocurrir que después de una noche agitada tenía dificultades para despertarme, cuando sonaba la campana. Siempre en pie la primera, ¡Sara venía a mi cama a darme un beso de despedida!

Ella espabilaba a las remolonas, hacía la oración y se ocupaba a continuación del peinado de las alumnas. Yo le ayudaba en este trabajo, pero ¡no poseía su destreza ni sus ademanes delicados, de manera que las alumnas evitaban cuidadosamente el encontrarse cerca de mí!

Terminada esta tarea, cada una ponía fin a su aseo. Durante este rato, iba con Sara a decir los buenos días a la señora de P... La excelente mujer veía con el mayor agrado la gran intimidad que reinaba entre su hija y yo, y nos recompensaba con mil atenciones. Todo lo que podía satisfacernos, nos lo reservaba como una sorpresa.

¡Tan pronto era un fruto, el primero recogido en su jardín, como una golosina, que ella sabía hacer maravillosamente!

Un poco antes de las ocho, Sara subía al dormitorio para cambiar su bata por otros vestidos. No podía soportar que lo hiciera sin mí. Estábamos entonces solas. Le abotonaba, le alisaba con placer indefinible los graciosos bucles de su cabello, ya de por sí ondulado, apoyando

mis labios ¡tan pronto sobre su cuello como sobre su pecho desnudo!

¡Pobre y querida niña! ¡Cuántas veces hice asomar el rubor a su frente por la sorpresa y la vergüenza! Mientras que su mano separaba la mía, sus ojos claros y límpidos se posaban sobre mí, como intentando desentrañar el motivo de una conducta que le parecía el colmo del extravío, y eso debía ser.

Algunas veces, se quedaba muda de estupor.

Era difícil, en efecto, que sucediera de otra forma.

Hacía ya algún tiempo que me encontraba en L... En un espléndido día de invierno, habíamos proyectado visitar un pequeño caserío que distaba unos dos kilómetros de allí. Queriendo utilizar para este fin un día de vacación, partimos después del desayuno. Sara me daba el brazo. Delante de nosotras, las alumnas lo pasaban en grande. Habíamos llegado a un pequeño bosque de robles, a cuyo extremo fluía, sobre un lecho de piedras, un manantial abundante, aún más crecido por las lluvias recientes.

Mi joven amiga se había sentado en una elevación del terreno, desde donde podía vigilar con facilidad al ágil rebaño. *Situada* a su lado, con un libro en la mano, mi mirada vagaba al azar por los caminos ya recorridos, para posarse a continuación sobre mi compañera. Desde por la mañana me guardaba un poco de rencor. A pesar de todos sus esfuerzos, logré que se le escapara una sonrisa que le devolví cubriéndola de besos. Con mi gesto su peinado se deshizo, y sus cabellos, al soltarse, me inundaron los hombros y una parte del rostro: ¡apliqué sobre ellos mis labios ardientes!

¡Estaba violentamente *emocionada!* Sara se dio cuenta. "Por favor, Camille, ¿qué os pasa? ¿Ya no tenéis confianza en vuestra amiga? ¿No sois lo que yo más amo en el mundo?". "Sara, le grité, desde el fondo de mi alma

te amo como nunca he amado. Pero no sé que me pasa. ¡Siento que este cariño no me basta! ¡Me haría falta toda tu vida! Envidio a veces la suerte de quien será tu marido".

Trastornada por lo extraño de mis palabras, Sara tuvo miedo. Su palidez extrema lo confirmaba.

Pero, no pudiendo atribuirlas más que a un sentimiento exacerbado de celos, que testimoniaba mi cariño hacia ella, no intentó buscar un sentido imposible. Me hizo notar, además, que podía atraer la atención de nuestras alumnas, lo que comprendí rápidamente. Su apretón de manos me hizo comprender que estaba *perdonada* ¡Sin embargo, el sosiego de esta existencia, hasta entonces tan pura, acababa de recibir un choque terrible!

La vuelta a casa se hizo silenciosamente.

Yo estaba triste, *molesta*... ¡Una sonrisa consoladora de mi amiga lograba hacerme olvidar a veces los desgarros atroces de mi alma!...

Horribles sufrimientos físicos se habían unido desde entonces a mis males internos. Eran tales los dolores que más de una vez me creí *llegada* al fin de mi existencia.

Eran dolores innombrables, intolerables, que –lo supe después– constituían un peligro inminente. ¡Escapé gracias a un milagro inaudito! Se lo había confesado a Sara, que me rogaba imperiosamente que acudiera a un médico, amenazándome con advertir a su madre, a lo que me negaba obstinadamente.

Los dolores se manifestaban sobre todo por la noche y me impedían hasta la posibilidad de lanzar el mínimo grito ¡Júzguese mi espanto! ¡Podía haber muerto, sin llegar a articular una queja!

Dichosa por tener este pretexto, que además era muy cierto, le pedí una noche a mi amiga que compartiera mi cama. Aceptó encantada. ¡Expresar la felicidad que sentí al tenerla a mi lado, sería imposible! ¡Estaba *loca de*

alegría! Charlamos largamente antes de dormirnos, ¡yo con mis brazos alrededor de su cintura, y ella con su rostro reposando cerca del mío! ¡Dios mío! ¿He sido culpable? ¿Debo pues acusarme de un crimen? ¡No, no!... ¡El error no fue mío, sino el fruto de una fatalidad excepcional, a la que no podía resistirme! ¡Sara *me pertenecía* de ahora en adelante! *¡Ella era mía!*... ¡Nos había unido precisamente aquello que en el orden natural de las cosas debía separarnos! ¡Quien pueda, que se haga una idea, si es posible, de nuestra situación!

Destinadas a vivir en la perpetua intimidad de dos hermanas, ¡necesitábamos ocultar a todos el secreto que nos *unía* a ambas! ¡Se trataba de una existencia que no podría ser comprendida! ¡La dicha que íbamos a saborear no podía, bajo ninguna circunstancia, manifestarse a la luz del día, haciéndonos objeto de la reprobación pública! ¡Pobre Sara! ¡Qué angustias tan terribles le he causado!

¡A la mañana siguiente la encontré destrozada! Sus ojos, enrojecidos por las lágrimas, llevaban la huella de un insomnio cruelmente atormentado.

Sin atreverse a desafiar la mirada clarividente de una madre, no la vio hasta la hora del almuerzo. Seguramente, yo me sentía menos turbada, pero no tenía fuerzas para levantar los ojos hacia la señora de P... ¡pobre mujer que no veía en mí más que a la *amiga* de su hija, cuando yo era ya su amante!...

¡Así transcurrió un año!

¡Claramente veía que el futuro era sombrío! Tenía que poner fin, más pronto o más tarde, con un género de vida que no era el mío. Pero, ¿cómo salir de este espantoso laberinto? ¿De dónde sacar la fuerza necesaria para declarar al mundo que estaba usurpando un puesto, un título que me prohibían las leyes divinas y humanas? Todo esto bastaba para trastornar un cerebro más sólido

que el mío. A partir de ese momento, ¡no dejé a Sara ni de día ni de noche!... Habíamos soñado la dulce idea de ser, para siempre, el uno para la otra a los ojos del cielo, es decir, por el matrimonio.

¡Pero qué largo trecho existía entre el proyecto y su ejecución!

Todo tipo de planes, a cual más extravagante, urdíamos en nuestra imaginación delirante. Más de una vez, la huída me pareció la única solución. Sara lo aceptaba, para, a continuación, rechazarla con pavor. Mis cartas a mi madre no podían ocultar esta constante preocupación. Sin confesarle nada, le preparaba dulcemente para una catástrofe inevitable. Todo era para ella como un enigma insoluble. Llegó a creerme *loco*, suplicándome que pusiera fin a sus crueles incertidumbres. Intentaba entonces calmarla, pero no lograba sino hundirla en nuevas cavilaciones. Su ignorancia podía impulsarle a pedir aclaraciones a Madame P... Esto era lo que yo más temía. Todo se hubiera perdido.

Es fácil de entender que mis relaciones con Sara estuvieran llenas de incesantes peligros desde la perspectiva de nuestras alumnas.

Aunque no tuvieran ninguna sospecha, teníamos que adoptar una actitud reservada, ¡especialmente difícil de guardar por mi parte!

A menudo, en mitad de las clases, una sonrisa de Sara me electrizaba. Hubiera querido estrecharla entre mis brazos, ¡pero había que contenerse!

No pasaba junto a ella sin darle un beso o un expresivo apretón de manos.

Todas las tardes de verano íbamos con las alumnas a dar una vuelta por los alrededores.

Mi *amiga* me daba el brazo. Llegábamos a un campo. Sentado sobre la hierba, junto a sus rodillas, no dejaba

de mirarla, prodigándole las más tiernas caricias, las más apasionadas...

¡Sin duda alguna, un testigo invisible que hubiera podido asistir a esta escena, se hubiera quedado extrañamente sorprendido de mis palabras, y sobre todo de mis gestos!

A algunos pasos de allí, nuestras alumnas se entregaban a sus alegres divertimentos. ¡Situados de manera que pudiéramos vigilar todos sus movimientos, nos encontrábamos además a resguardo de sus miradas! Regresábamos siempre en el mismo orden. A veces encontrábamos en nuestro camino al señor alcalde o al médico, íntimo amigo de la casa, y que por haber visto nacer a Sara, le tenía mucho cariño. Entonces nos saludaban alegremente y nos agradaba mucho, aunque ¡pueden pensar lo que quieran!

Dada mi particular situación en L..., cabe hacerse una idea de mis relaciones con el cura. ¡Mi posición era terrible!

Yo ocupaba en la familia más honorable de la localidad un puesto de confianza excesivamente delicado. Poseía una autoridad completa, absoluta, ¡además de un afecto sincero, del que recibía todos los días nuevas pruebas, y que me había sido dedicado por todos los miembros de esta familia! Y, sin embargo, la traicionaba. De esa dulce muchacha, compañera y hermana, ¡había hecho mi *querida!...*

¡Y bien! Aquí apelo al juicio de la posteridad que me leerá. Apelo a ese sentimiento que reside en el corazón de todo hijo de Adán. ¿He sido culpable, criminal, porque un error grosero me asignara en el mundo un lugar que no era el mío?

¡Amaba con un amor ardiente, sincero, a una niña que me amaba con toda la fogosidad de la que era capaz! Pero, se me dirá, si el daño iba a ser inevitable, tenía que

haber revelado ese amor, sin haber abusado de esta manera. Invito a los que piensen de este modo a reflexionar cuidadosamente sobre lo difícil de la situación.

Una confesión, por muy apresurada que hubiera sido, no podía salvarme de un escándalo cuyas consecuencias eran mortales de necesidad para todos los que me rodeaban. Pero si durante un tiempo más o menos largo podía guardar las apariencias, no podía ocultarlas a quien ocupa aquí abajo el lugar de Dios: al confesor. Tendría que escuchar semejantes barbaridades sin violar el riguroso silencio que le impone su carácter sagrado ¡y yo tenía relación precisamente con el hombre más intolerante del mundo! Sólo pensar en afrontar su cólera me llenaba de espanto. ¡Júzguese su sarcástica violencia ante la confesión que le hice de mis debilidades!

No le inspiré piedad, sino horror, un horror vengativo.

¡En lugar de palabras confortantes, me fueron prodigadas injurias y desprecios! ¡No había en este hombre más que aridez de corazón! El perdón brotó a duras penas de sus labios, cuando están hechos para verter a raudales los favores inagotables de la caridad cristiana, ¡caridad tan grande que bebe del alma de aquel que nos muestra el Evangelio, redimiendo a la mujer pecadora y arrepentida!

Llegué profundamente humillada; salí con el corazón ulcerado, y resuelto a romper en lo sucesivo con un guía semejante, ¡cuya moral incalificable bastaba a lo sumo para alejar del bien a una naturaleza débil o ignorante!

Lo que he contado es, desgraciadamente, muy cierto. Pero soy la primera en afirmar, para gloria del clero católico, que se trata de una excepción única entre sus miembros.

La situación falsa, excepcional en la que me encontraba me hacía ser aún más sensible a esta rigidez feroz, justo cuando tenía la mayor necesidad de indulgencia.

En efecto, con gran sorpresa de la señora de P..., abandoné súbitamente al padre H...; su sorpresa se convirtió en descontento cuando vio que Sara hacía lo mismo. Ella, con mi ejemplo, se decidió más fácilmente.

Entre la gente se había admirado al principio, y criticado después, la intimidad establecida entre Sara y yo, por resultar un poco exagerada, por no decir sospechosa. Seguramente, se encontraban a cien leguas de la verdad.

Sin conocerla, se hacían comentarios de todo tipo, y, al final, algunas caritativas comadres, de esas que hay en todas partes, estimaron que su deber era prevenir a la señora de P..., en nombre de la moral, ultrajada por nuestra conducta cotidiana delante de nuestras alumnas. Yo, sobre todo, era gravemente *inculpada*. Se me acusaba del crimen de besar demasiado a menudo a la señorita Sara.

Nos dimos cuenta, en efecto, de que éramos objeto de un serio examen por parte de las niñas, entre las que había algunas bastante mayorcitas.

Me veían inclinarme sobre mi amiga y estrecharle entre mis brazos y volvían la cabeza con embarazo, como si hubieran temido vernos enrojecer. Las internas, sobre todo, que estaban presentes cuando nos levantábamos, cuando nos acostábamos, manifestaron más de una vez su asombro ante determinados pequeños detalles que sin duda les chocaban. Naturalmente, hablaron de ello. De ahí surgieron los rumores propagados entre la gente. La señora de P..., que velaba por su casa por encima de todo, se vio seriamente afectada.

No atreviéndose a hablarme, lo hizo con su hija. "Sara, le dijo, tengo que rogarte que seas más reservada en tus relaciones con la señorita Camile. Os queréis mucho y estoy por mi parte muy contenta; pero existen convenciones que incluso entre *muchachas* es preciso observar". Esta primera acometida nos hizo temblar, pensando en el futuro. ¡Qué sucedería cuando la verdad se conociera!

¡No dejamos por ello de compartir la misma cama! Esto no se incluía en las recomendaciones de la señora P..., porque ignoraba este detalle. Además, no lo podía sospechar de nosotras. La excelente mujer era demasiado virtuosa, y su confianza en nosotras demasiado ciega como para detenerse a pensar en semejantes cosas. Más clarividentes que ella, sus dos hijas mayores, las dos casadas, no eran, creo, tan indulgentes con nosotras. Sin embargo, ninguna palabra suya se profirió para acusarme; sus relaciones conmigo eran siempre educadas y afectuosas. Pero pude ver que su curiosidad se había despertado.

De vez en cuando tenían lugar reuniones familiares en casa de la señora P..., a las cuales yo era invariablemente *invitada*. "Hijas mías, nos decía la señora P..., las internas cenarán hoy un poco más tarde y vosotras lo haréis aquí arriba".

Si me hubiera negado, Sara hubiera hecho lo mismo. Ya se sabía: esas reuniones se componían exclusivamente de las hermanas de mi amiga y de sus maridos. Estos últimos querían mucho a Sara, mientras que, por el contrario, parecían molestos conmigo. ¿Cómo explicarlo?... Su malestar resultaba apenas perceptible, ¡se necesitaba ser *yo* para adivinarlo! Todo eran cumplidos sin fin y perpetuas alusiones al matrimonio de su joven cuñada. ¡Esta aceptaba todo con una alegría aparente, y yo *sola* conocía el secreto!...

Siempre a mi lado, me lanzaba entonces, de reojo, una mirada, ¡inapreciable para todos excepto para mí! ¡Yo encontraba siempre la forma de contestarle! En suma, ¡toda esta tensión nos agobiaba horriblemente y frustraba nuestra felicidad!

El papel que me obligaba a jugar la necesidad me producía a veces remordimientos. ¡Los enmudecía para lograr sostener a mi pobre Sara, aplastada por el peso de la

vergüenza! ¡Querida y cándida niña! ¡Su conducta debe ser justificada!... ¿Acaso podía ella rechazar en el amante aquella ternura de sentimientos volcada sobre la *amiga*, la *hermana?* ¿Y si este amor ingenuo se transformó en pasión, a quién hay que acusar, sino a la fatalidad?

En nuestros deliciosos *tête-à-tête* ella se complacía en otorgarme el calificativo masculino que más tarde se me impondría en el registro civil. Mi querida Camille, ¡os amo tanto! ¡Por qué tuve que conoceros, cuando este amor iba a acarrear la desgracia en mi vida!

El año escolar terminaba.

¡Con las vacaciones, llegaba la hora de la separación! ¡Dos meses lejos de Sara, era muchísimo tiempo! Habíamos convenido que volvería a L... quince días antes del comienzo de las clases. La propia madame P... me hizo prometerlo ¡Pobre madre!...

¡Ella también lamentaba mi marcha! ¡Yo era su segunda hija! "Veamos, señorita Camille, me dijo un día, ¡Sara va a estar muy sola sin usted! Pase estas vacaciones con nosotras. ¡A esta altura del año, una estancia en el campo ofrece tantos alicientes! Llegará la vendimia, que supondrá para vosotras una distracción más".

Mi negativa no le hirió, pues comprendía que yo me debía en primer lugar a mi madre. ¡No podía ni imaginar hasta qué punto resultaba seductor su ofrecimiento, y qué sacrificio me imponía al rechazarlo!

El 20 de agosto tuvo lugar la distribución de premios. Al día siguiente, ya no quedaría nadie en el internado. Nosotras abandonamos el dormitorio para tomar posesión de la pequeña habitación reservada a Sara, en el ala del edificio que ocupaba su madre; Madame P... habitaba en la planta baja.

Para nosotras era todo un acontecimiento el poder disfrutar en completa libertad de los últimos instantes de felicidad previos a nuestra separación.

¡Pasaron!, y muy rápidamente...

Aunque modesta, nuestra pequeña estancia era a nuestros ojos como un palacio que no hubiéramos cambiado por todos los tesoros del mundo ¡Ninguna campana venía a turbar el dulce sueño nocturno! ¡Nos levantábamos tarde!

¡Sara dormía por la mañana con la cabeza apoyada en uno de mis brazos, y sus hermosos cabellos ondulaban graciosamente sobre sus hombros descubiertos! ¡La miraba así, conteniendo el aliento, sumido en una contemplación llena de felicidad!

¡Dios mío! ¡Me habéis dado una inmensa cantidad de dicha! ¡No debo quejarme si, en medio de la noche oscura que me rodea, los destellos de este luminoso pasado son los únicos que vienen a aliviar mi largo infortunio! Llegó el veintisiete. Era el día fijado para mi marcha. Nos levantamos temprano. Madame P... había venido a despertarnos...

Encontré, al bajar las escaleras, el desayuno que ella había preparado, pero no pude tocarlo.

Sara iba y venía, enjugando una lágrima furtiva, dándome ánimos con una pálida sonrisa. Su madre había preparado, a pesar mío, provisiones suficientes para toda una familia.

¡Yo le dejaba hacer!

¡Sentía una insufrible opresión en el corazón, al ver esas paredes acogedoras de las que me iba a separar por primera vez!

Había que despachar esta escena que me destrozaba. Me acerqué a Madame P... "Vamos, mi querida *hija*, me dijo la excelente mujer, pensad en nosotras y volved muy pronto". Sólo pude abrazarla sin responder.

Tenía que recorrer un largo camino por el campo hasta alcanzar la carretera, donde tomaría el coche de viajeros. Sara me acompañaba; nuestro dolor se desbordaba.

¡Apretaba con fuerza contra mi pecho uno de sus brazos, pasado por debajo del mío! Por vigésima vez hicimos la promesa de escribirnos regularmente todas las semanas.

El coche había llegado: partí, dejando detrás el pequeño promontorio que me ocultaba la visión de mi *amiga*. ¡Me parecía abandonar, para siempre, la tierra natal! Por la tarde, llegué a B... Por primera vez, me sentí casi triste al volver a ver la casa donde me esperaban mi madre y mi noble benefactor, ¡dos corazones que me amaban tanto! Según mi costumbre, abracé a Monsieur de Saint-M..., quien se quedó impresionado por el cambio operado en mi fisonomía. Una sensible mejora se leía en todo mi ser. Yo lo había constatado antes que él, y además sólo yo conocía las causas...

Las ocupaciones no me faltaban en B...

Tenía que visitar a una multitud de personas.

Todo esto me parecía entonces insípido.

Me perseguía constantemente una idea.

¡Un nuevo horizonte aparecía en un futuro que no podía postergarse por más tiempo!

Antes de abandonar L..., había recibido una carta de la hermana Marie-des-Anges. Mi antigua maestra me invitaba a asistir a D..., a un retiro anual destinado a las antiguas alumnas de la escuela normal. Le prometí no faltar. ¡No se puede expresar de una forma exacta todas las impresiones que sentí al franquear el umbral de ese santuario bendito, donde había vivido tantos días! ¡Volvía a él después de dieciocho meses de ausencia! ¡Pero cuántos acontecimientos se habían producido durante tan corto espacio de tiempo!... ¡Cuántas cosas parecían impedirme la entrada a esa casa donde reinaban la inocencia y la castidad!

El primer rostro que vi al entrar fue el de mi buena maestra. No había sufrido ninguna alteración. Era la

misma serenidad, la misma expresión de grandeza casta y resignada. Habían pronunciado mi nombre y ella acudía con esa sonrisa divina que testimoniaba su alegría. Sus dos manos se tendieron espontáneamente hacia mí ¡Las acerqué a mis labios!

La noble mujer me dio las gracias por haber respondido a su llamada en términos sencillos y afectuosos.

Más de cuarenta institutrices, que habían sido sus alumnas, habían acudido desde diversos lugares para fortalecerse con algunos días de piadosa soledad. Ya se habían dado las vacaciones, y toda la casa estaba a nuestra disposición. Muchas de ellas me resultaban desconocidas; otras, por el contrario, eran de mi edad y habían sido compañeras de estudios.

Volví a verlas con infinita alegría.

Un religioso, misionero, predicaba en el retiro, cuyos ejercicios tenían lugar en la capilla del convento, asilo sagrado que, sin duda, ¡yo volvía a ver por última vez!...

¡Tenía necesidad de esa calma religiosa, en medio de las crecientes agitaciones de mi vida!

¡En el momento posible de poner una barrera infranqueable entre el pasado y el futuro necesitaba recogerme con Dios!

¡Mi plan era el de sincerarme, con toda franqueza, ante ese confesor desconocido, y esperar su veredicto! ¡Puede imaginarse el asombro y la estupefacción que le causó mi extraña confesión!

¡Había terminado! El mantenía el silencio más reflexivo. Mis caídas, mis miserias, le habían producido la conmiseración más dulce.

Había, por así decirlo, puesto mi destino en sus manos, al convertirle en mi juez. "Hija mía, me dijo, la situación es muy grave y exige serias reflexiones, por lo que no puedo en este momento trazaros una línea de

conducta. Volved mañana y en dos días podré daros mi opinión".

Mi ansiedad era grande ¡Sentía que mi existencia dependía de esas palabras prometidas! No dormía, o dormía mal. El plazo fijado transcurrió. He aquí el consejo que me dio el sacerdote: "No os diré lo que sabéis tan bien como yo, es decir, que podéis desde ahora adoptar en el mundo el título de hombre que os pertenece. Seguramente podéis hacerlo, pero ¿cómo lo obtendréis? Tal vez a costa de grandes escándalos. No podéis, sin embargo, mantener vuestra situación actual, tan llena de peligros. El consejo que os doy es éste: retiraos del mundo y entrad en religión; pero guardaos muy bien de repetir la confesión que me habéis hecho: un convento femenino no os admitiría. Esta es la única solución que os propongo y, creedme, aceptadla".

Me fui sin prometerle nada, porque no estaba prevenido para un semejante veredicto.

Se me proponía evitar un desenlace que me creara una situación todavía más peligrosa, y conduciría además a un escándalo inevitable. Por otro lado, no sentía el mínimo gusto por la vida monacal. Y un sentimiento demasiado irresistible me retenía en otra parte; estaba dispuesto a todo, menos a destruirlo. Dado este estado de las cosas, opté por esperar los acontecimientos.

Al día siguiente abandoné D... Al separarme de mi querida maestra, tenía la seguridad de que no la volvería a ver, ¡al menos en las mismas condiciones! ¡Todo había acabado entre ella y yo! ¡un abismo iba a separarnos! Estos pensamientos me entristecían especialmente.

¡Estoy viendo todavía su angelical mirada fijada sobre la mía, mientras que mis manos estrechaban las suyas!

¡Dios mío!, ¡si ella hubiera podido leer en mi alma!

¡Dirigí mi frente hacia sus labios tan puros, al tiempo

que los míos se aferraron a su mejilla! ¡Ya estaba hecho! ¡Había roto para siempre las dulces ataduras de mi pasado!

Una vez en B..., evité con todo cuidado cualquier posibilidad de conversar en privado con mi madre o con el señor de Saint-M..., cuya conmovedora solicitud no me abandonaba.

Después del almuerzo le leía el periódico y arreglaba sus papeles.

Hablábamos familiarmente con esa espontaneidad que nace de la confianza y la estima recíprocas.

Me iba enseguida a poner por escrito mis pensamientos íntimos de cada día, mis impresiones, mis pesares; todo iba destinado a Sara, quien, por su parte, me enviaba regularmente una larga carta por semana, que yo devoraba en el silencio de mis noches. ¡Cada una de sus misivas me tentaba a acortar todo este tiempo pasado sin ella! Estábamos a mediados de octubre. Había prometido a Madame P... que volvería a su casa para esas fechas y estaba decidido a cumplir mi promesa ¿Por cuánto tiempo iba a vivir allí todavía? Lo ignoraba. El estallido podría producirse de un momento a otro. Estaba resignado de antemano. ¡A medida que se aproximaba la crisis sentía crecer mis fuerzas! ¡Pero, y Sara...!

El servicio de transportes había sido modificado. Esta vez llegué a L... en mitad de la noche. No me esperaban a esa hora. Madame P... estaba en la cama. Me abrazó cordialmente y quiso levantarse para prepararme algo de comer, a lo que me negué rotundamente.

"Entonces, me dijo, id rápidamente a descansar. Sara está acostada, y sin duda duerme. Le vais a sorprender gratamente". No me lo hice repetir dos veces. Mi joven amiga había reconocido mi voz.

¡Me esperaba con los brazos abiertos!

¡Apenas dormimos esa noche!

¡La felicidad reemplazó al sueño durante largas horas! ¡Teníamos tantas cosas que decirnos! ¡Era bien entrada la mañana y todavía no nos habíamos movido! Madame P... vino a abrir nuestras cortinas y nos regañó amigablemente por nuestra pereza.

Quise responderla en el mismo tono, pero me encontraba realmente trastornado. Una vez que su madre se hubo marchado, Sara me hizo una confidencia que me dejó aterrado! ¡Las lágrimas le ahogaban! ¡Si sus temores eran ciertos, estábamos perdidos! Una verdadera espada de Damocles colgaba sobre nuestras cabezas.

Sara temía a su madre tanto como la respetaba. La idea de tener que enrojecer delante de ella le resultaba insoportable. ¡Yo me imaginaba a veces la ira, el furor, la indignación de esta madre al conocer la deshonra de su hija! ¡Y en circunstancias imprevisibles! Confieso que, aún temiendo el momento, lo deseaba con todas mis fuerzas. ¡Una vez llegado, nada podía oponerse a mi matrimonio con Sara! Pero ¡cuántos amargos reproches hubiera tenido que soportar...!

Nada destacable sucedió durante los primeros meses de este segundo año. La monotonía de nuestra existencia en L... sólo era interrumpida por los misteriosos dolores de un amor aculto a todos y que escapaba a cualquier previsión humana.

No tenía ya ningún tipo de relaciones con el cura. ¡Ese hombre me era odioso!

Aunque hacía frecuentes visitas a Madame P..., se abstenía de entrar en la clase.

No tenía la menor duda de que mi presencia se lo impedía. Evitaba hasta las menores ocasiones de dirigirme la palabra.

Yo me alegraba, porque seguramente no hubiera podido contener mi antipatía.

Yo le había dejado, y a continuación Sara me había imitado. Su profunda maldad me era conocida.

En un momento dado podía convertirse en un terrible enemigo, vengándose de mi desprecio. El aguardaba esa ocasión, y yo lo entendía.

Para suplir nuestro silencio, había montado un sistema de espionaje, el más doloroso de todos. La mayor parte de nuestras alumnas se confesaban con él. No contento con formularles un montón de preguntas personales, más o menos fuera de lugar para chicas tan jóvenes, se las ingeniaba para llevar una cuenta detallada de todas nuestras acciones. Incapaces de escapar a esta inquisición, las pobres niñas confesaban todo y nos avisaban después. ¡Me abstengo de calificar aquí tal forma de actuar!

Un hecho que debo reseñar atrajo la atención sobre nuestra casa. Un sordo rumor sobresaltó una mañana a la población de L... Se acababa de conocer el embarazo y parto de una niña de apenas catorce años, lo que resultaba el colmo del escándalo. Esa niña había sido nuestra alumna. No se le conocía ningún tipo de relación que pudiera hacer descubrir el nombre del autor.

La casa en la que vivían sus padres era casi vecina a la nuestra, por lo que la veíamos a menudo. Al conocer esta noticia, Madame P... puso el grito en el cielo. Sobre estos temas, tenía una susceptibilidad feroz y a veces ridícula.

Los extravíos de la pasión no tenían justificación posible para este alma endurecida por la moral estrecha del cura.

Resulta comprensible que un incidente de esta naturaleza me hiciera reflexionar seriamente sobre las probables consecuencias de mi relación con Sara. La conducta de la muchacha aumentó las proporciones del hecho. Se negó sistemáticamente a nombrar al culpable y su obsti-

nación no pudo ser doblegada. El médico que la atendía le había visto nacer; insistió en vano para obtener una confesión. ¡Todo fue inútil!

El padre de su niño, le dijo ella al doctor, era un viajante de comercio. Su familia se tuvo que contentar con esta indicación tan vaga. Poco tiempo después, abandonó la localidad en compañía de su padre y de su madre.

Un cambio se iba a producir en la familia de mi amiga. Su hermana, madame A..., se iba a marchar con su marido, destinado en un departamento vecino. Suponía un verdadero duelo para su madre, que la tenía como un ídolo. Al mismo tiempo, ocasionaba un verdadero trastorno, puesto que, aunque yo dirigía realmente el pensionado, Madame A... cargaba con la responsabilidad de cara a la Academia.

Yo no era mayor de edad todavía y no podía, por consiguiente, hacerme cargo de la dirección real de la institución sin una autorización especial. Madame P... habló conmigo largo y tendido. Había soñado con cederme algún día su establecimiento. No le llevé la contraria sobre este punto. ¡Veía acercarse el día en que todos sus planes se derrumbarían por sí solos!

Sin embargo, debía aceptar sus proposiciones por el momento.

Se trataba de pedir al señor inspector de la academia una autorización para suceder a Madame A... como directora del internado hasta la fecha, no muy lejana, en que pudiera desempeñar legalmente esta función. Como ya he dicho, el inspector se encontraba en buena disposición. Una negativa por su parte era poco probable. Por otro lado, y a través del señor de Saint-M..., estaba *segura* de contar con el apoyo del prefecto. Lo obtuve, en efecto: mi petición fue concedida, produciendo la mayor alegría a Madame P...

Madame P... se fue con su marido hacia la mitad del invierno, dejándonos a todos apenados.

Poco tiempo después, los dolores que ya había experimentado se hicieron notar de modo más frecuente e intenso. Sara se inquietaba, insistiendo siempre en que visitara a un médico. Por nada del mundo lo hubiera consentido, pero tal era la violencia del mal que tuve que resignarme.

Avisada por su hija, Madame P... hizo venir al doctor T... No he olvidado su visita; los menores detalles están todavía presentes en mi espíritu. Eran casi las seis de la tarde. No habíamos iluminado aún la casa. El apartamento en el que me encontraba con el doctor estaba sumido en una penumbra que no me daba confianza.

Las respuestas que di a sus preguntas resultaban para él un enigma en lugar de aportar algún rayo de luz. Quiso sondarme. Sabemos que de cara a un enfermo un médico goza de ciertos privilegios que nadie osaría discutir. Durante esta operación, le oía suspirar como si no estuviera satisfecho de su examen. Madame P... estaba allí, esperando una indicación.

Yo esperaba también, pero con una disposición de ánimo completamente distinta.

De pie, junto a mi cama, el doctor me observaba con una atención cargada de interés. Se le escapaban sordas exclamaciones del tipo: "¡Dios mío, será posible!".

¡Comprendía por sus gestos que le hubiera gustado prolongar su examen en cuanto se encendiera la luz!...

Estaba descubierta. ¡Mis vestidos en desorden dejaban ver la parte superior de mi cuerpo! La mano del doctor se paseaba indecisa, temblorosa, hasta llegar al abdomen, sede de mi mal. A fuerza de tanteos, acababa de apoyarse en él, sin duda, ya que lancé un grito penetrante, que le hizo retirarla bruscamente.

Se sentó entonces junto a mí, insistiendo suavemente

para que recobrase la calma; sin duda, él también la necesitaba. Su rostro desencajado revelaba una extraordinaria agitación. "Por favor, le dije, dejadme ¡Me matáis!".

"Señorita, sólo os pido un minuto y habremos terminado". Su mano se deslizaba ya por debajo de mi ropa y se detenía en un lugar sensible. Se apoyó en él varias veces, como para encontrar la solución de un difícil problema ¡No se detuvo ahí! ¡Había encontrado la explicación que buscaba! ¡Pero era fácil percibir que sorbrepasaba todas sus previsiones!

¡El pobre hombre se encontraba bajo una terrible impresión! Frases entrecortadas se escapaban de su garganta, como si hubiera temido dejarlas salir. ¡Hubiera querido verle a cien pies bajo tierra!

Madame P... no comprendía absolutamente nada. Por compasión hacia mí, quiso terminar con esta extenuante escena, llamando al doctor.

"Adios, señorita, me dijo con una semisonrisa: *¡nos volveremos a ver!*".

Me levanté inmediatamente para ir a reunirme con Sara, ocupada en la sala de estudio. Su mirada me interrogaba. En pocas palabras le puse al corriente de lo que había sucedido.

Noté por su cara que madame P... estaba más seria que de costumbre. No sabía disimular sus impresiones; su preocupación y su embarazo eran visibles. Al terminar de comer fui a calentarme un poco a la cocina. "Señorita Camille, me dijo, he mandado a por los remedios prescritos por el doctor. Pero él no volverá; me he opuesto tajantemente".

¿Qué significaba tal determinación por su parte? ¿Sabía algo y temía saber más aún? Todo esto me preguntaba interiormente, sin responder en absoluto a sus palabras. Cuando nos acostamos, Sara me hizo saber que el doctor había tenido una larga conversación con su ma-

dre. Eso era todo. ¡Pero lo suficiente como para inspirarme temores que eran compartidos por mi amiga! En aquella ocasión –lo he sabido después– ese hombre, sin explicarse abiertamente ante Madame P..., le había formulado una multitud de preguntas muy delicadas sobre mí, a las cuales ella apenas respondió, no pudiendo creer en el motivo que las inspiraba. La sospecha no se podía apoderar de su alma; hubiera sido terrible; la rechazaba enérgicamente. Enfrentado a una obstinación tan ciega, el doctor no creyó su deber tomar la iniciativa exigida por su título y su fe de hombre honesto; se contentó con instarle a que me alejara de su casa lo más pronto posible, creyendo así librarse de toda responsabilidad.

Lo repito, su deber le imponía otra línea de conducta. La indecisión no está permitida en una situación semejante; supone una falta grave, no sólo frente a la moral, sino también a los ojos de la ley. ¡Espantado por el secreto que había descubierto, prefirió sepultarlo para siempre!

Menos instruida que él, Madame P... tenía más excusa, pero sin quedar libre de reproche. El asunto merecía la pena ser examinado. Seguramente, otra persona no hubiera mostrado la misma debilidad. En lugar de molestarse con el doctor, hubiera tenido que darle las gracias y tratar de encontrar el medio de solucionar el problema. No lo hizo por diversas razones, malas todas ellas.

En primer lugar, temía un escándalo que pudiera atentar contra la honorabilidad de su casa y comprometer sus intereses. Además, tenía en mí una confianza sin límites. Aceptar las insinuaciones del doctor suponía al mismo tiempo dudar de su hija, y su orgullo se rebelaba contra esta idea. ¡Llevaba su ingenuidad hasta el extremo de creer que yo ignoraba completamente mi situación...! ¡Era el absurdo llevado hasta su último grado! ¡Jamás he podido comprender cómo una mujer de su

edad, de su experiencia, podía mantener semejante ilusión! ¿El afecto que Sara me testimoniaba, no tenía que haberle abierto los ojos? No. Mostrando la más leve sospecha, ¡habría temido que nos pusiéramos en guardia! ¡Pobre mujer!

Este incidente, por muy grave que fuera, no cambió nuestro modo de vida. Madame P... había recobrado su serenidad, y nosotras la alegría. Durante las excursiones nos encontrábamos a menudo con el doctor T... Yo le daba un codazo a Sara. El pasaba, ¡no sin antes saludarme con una sonrisa! ¡Qué pensaría, al vernos reir juntas! ¡Extraña situación!... ¡Su silencio, su actitud hacia mí me parecía de una barbaridad indignante!

Varias veces tuve la idea de pedirle una explicación, poniéndole sobre el tapete la falsedad de una situación de la que tenía que salir a cualquier precio. Sara rechazaba cualquier determinación de este tipo. ¡Para ella suponía no la reparación, sino la vergüenza, la murmuración durante toda su vida! ¡Desgraciadamente, le comprendía!

La gente, después de haber reprobado de algún modo una relación inocente en apariencia, ¿sería indulgente con una intriga amorosa? No, sin ninguna duda; ¡sería despiadada! ¡Desearía hacernos expiar cruelmente la felicidad silenciosa de estos dos años! ¡Bien caro habría sido comprado ese placer!

Mis ocupaciones no se habían interrumpido. Un día, en presencia de Sara, Madame P... me hizo unas recomendaciones maternales sobre mi salud. Sin estar enferma, me encontraba muy cansada, debilitada. Mis noches eran agitadas.

Un sudor casi continuo, abundante, aumentaba todavía más mi malestar. Todas las noches, antes de acostarme, me preparaban un brebaje, que se mantenía caliente durante toda la noche gracias a la llama de una lampari-

lla: "No dejéis de tomarla, señorita Camille", me dijo Madame P... "Quedaos tranquila, mamá, yo me acuesto con ella y me encargo de eso". Su madre saltó de repente: "¡Te lo prohibo expresamente! Tengo mis razones. Y te diré además que si mi autoridad no basta, puedo recurrir a la de otro. Te planteo una cuestión de conciencia". No respondimos, y con razón.

¡Extraña contradicción! Esa mujer enrojecía interiormente por la intimidad de nuestras relaciones y sin embargo toleraba mi presencia en una institución de ese género. Veía un peligro para su hija en el hecho de que pasara una noche conmigo. Pero no en que compartiera la misma estancia, hiciera la misma vida, ¡en ese intercambio habitual de cuidados familiares, caricias, besos...!

Todo esto le parecía, sin duda, inocente. Todavía hoy intento explicarme este enigma. Se me escapa.

A partir de ese momento comenzó para nosotros una nueva etapa de nuestra existencia, en la que podía surgir cualquier peligro que no éramos los únicos en temer. Una vigilancia activa, aunque disimulada, seguía cada uno de nuestros pasos. Madame P..., a pesar de su tranquilidad aparente, había perdido esa afectada despreocupación que no había podido ser quebrantada por las advertencias del doctor. Otra vez, prohibió tajantemente a su hija que compartiera mi cama. Era una transacción tardía, más peligrosa que útil.

En efecto, ¿cómo se puede pensar que esa prohibición, por muy terminante que fuera, iba a ser respetada por nosotros? ¡Era pedir a la naturaleza un sacrificio heroico que es incapaz de hacer!

Para ahuyentar las sospechas, decidimos que cada una se acostara en su cama al llegar la noche. Unicamente, hacia la mitad de la noche, el primero que se despertara se reunía con el otro hasta la mañana siguiente. De este modo, salvo acontecimientos imprevistos, nadie podía

sorprendernos, puesto que los dormitorios estaban alejados del ala principal de la casa y Madame P... no venía nunca.

Durante el verano recibí la visita del inspector del distrito. Fue, tal y como yo esperaba, cortés y benévolo. Normalmente le acompañaba el señor cura. Esta vez vino solo. Decididamente, yo no le gustaba a nuestro estimado pastor, lo que al menos me servía para librarme de su presencia, ¡la cual no apreciaba mucho precisamente!...

Se esperaba en la familia un nuevo recién nacido. La hermana pequeña de Sara iba a ser madre por primera vez. ¡No hace falta decir que el acontecimiento era esperado impacientemente por todos! La joven mujer venía todos los días a casa. Ya estaban hechos los preparativos.

Como *amiga íntima* de Sara, no se incomodaban delante de mí; naturalmente, ¡me iniciaban en todos esos pequeños y secretos detalles que sólo se comunican entre personas del mismo sexo!...

Una noche, en la que mi amiga y yo llevábamos poco tiempo durmiendo, llamaron a la puerta de la escalera que daba a nuestras dos habitaciones. La criada venía a anunciarnos el nacimiento de una niña. Asaltada por los dolores del parto en el momento de acostarse, la joven mujer había cogido por el brazo a su marido y había acudido a toda prisa a casa de su madre. Dos o tres horas más tarde, daba a luz una niña.

Descendimos de inmediato, casi sin vestir, incitadas por la curiosidad tanto como por el interés. Madame P... estaba radiante de alegría. Yo me acerqué a la cama donde reposaba la joven madre ¡Nos tendió sus manos a los dos, con una expresión de inefable satisfacción!

El sufrimiento había hermoseado aún más sus facciones, otorgándole ese encanto particular que revela todos los gozos de la maternidad. Su mano había señalado hacia la cuna, colocada a su lado. Sara había descubierto a

la pequeña criatura y la cubría de besos.

¡Yo contemplaba la escena con una emoción contenida a duras penas!...

De pie, entre las dos camas, miraba tanto a Sara como a la niña. ¡No podía despegar la vista de ellas!

Mi emoción no había pasado desapercibida a Madame P... Me observaba atentamente, no sabiendo a qué atribuir el ensueño en que me hallaba sumido... ¡Si la venda que cubría sus ojos hubiera sido menos gruesa, si su ceguera hubiese sido menor, sin duda la verdad se le hubiera revelado en todo su esplendor, y el espanto habría sustituido a esa confianza impasible! ¿Prefería permanecer en la duda antes que abordar ese terrible misterio? Tal vez...

Todos los días pasaba muchas horas en esa habitación. El estado de Madame G... era de lo más satisfactorio.

Cuando ya pudo levantarse, se reunía con nosotras a la hora del recreo, ¡amamantando a su hijo ante nuestros ojos!

Sara idolatraba a su pequeña sobrina ¡Tenía envidia de su hermana! ¡Lo sé muy bien!

En medio de la felicidad que me embriagaba, me sentía horriblemente torturado ¿Qué hacer, Dios mío, qué decisión tomar?

Mi pobre cabeza era un caos, incapaz de desentrañar nada. ¿Confiarle todo a mi madre? ¡Había lo suficiente como para matarla! ¡No! ¡No podía ser conducida por mí hasta semejante descubrimiento!

¿Prolongar indefinidamente la situación?

¡Era exponerme inevitablemente a mayores desgracias! ¡Era ultrajar la moral en aquello que más tiene de inviolable y sagrado!

Y, más tarde, ¡podrían pedirme cuentas por mi silencio culpable y hacer pesar sobre mí las tristes consecuencias que otros hubieran debido prever!...

Las vacaciones se aproximaban. Iba a separarme otra vez de mi bien amada Sara. Nuestra despedida fue triste, sobre todo la mía, pues no estaba seguro de volver a ver... Le dejé sin comunicarle mis proyectos.

Llegué a B... con la muerte en el alma.

Iban a pedirme explicaciones que no estaba dispuesto a dar. El señor de Saint-M... estaba violento, contrariado. Le habían leído todas mis cartas.

Buscaba en vano su sentido. Mi tristeza le dolía. Sin comprenderla, preveía una catástrofe. Su miedo aumentaba además por el penoso silencio que obstinadamente mantenía.

Tanto mi madre como él esperaban una confesión que no llegó. Transcurrió un mes de esta manera. El momento de mi marcha se acercaba.

Mis fuerzas habían llegado al límite. ¡Veía con terror cómo llegaba el momento fatal!... Mi madre fue más valiente ¡Sólo me quedaban unos días para estar con ella!

Una mañana le vi entrar en mi habitación y sentarse junto a mi cama: "Camille, me dijo, tú misma te das cuenta que no puedes alejarte de esta forma de nosotros. Tus palabras, tu inconcebible conducta exigen una explicación que te ruego me des". No pudo añadir nada más. Su voz temblaba. Agaché la cabeza, sin responder, dute dos o tres minutos.

De repente, un rayo de luz iluminó mi espíritu: "Está bien, le dije, si quieres saber, lo sabrás todo. ¡Pero hoy no! Espera a mañana. Es todo lo que te pido". Ella se fue.

Esa noche no dormí ni un segundo. A las cuatro de la mañana ya estaba en pie. En un abrir y cerrar de ojos me había vestido. Nadie se había levantado en la casa. Abrí las puertas sin ruido y me encontré en la calle.

En las circunstancias ordinarias de la vida me ha faltado el valor y la iniciativa.

Me descubro frente al peligro. La desgracia me encuen-

tra lleno de fuerzas. Como en ese momento, en el que me jugaba el futuro de toda mi vida... La previsible lucha me otorgaba un arrojo sobrenatural.

A las cinco, me encontraba arrodillado en la capilla del obispo. Monseñor de B... celebraba misa todos los días a esa hora. Al terminar se le encontraba en el confesionario. La reputación del eminente prelado era universal. Hombre de genio por antonomasia, el obispo de Saintes gozaba de una indiscutible supremacía dentro del episcopado francés. En cuanto a sus diocesanos, le habían consagrado un culto sin igual. Estaban orgullosos de él. Yo había comprendido que sólo allí encontraría consejo y protección.

Acabada la misa, hice una señal al ayudante que le servía, para rogarle que avisara a Su Eminencia. Volvió enseguida para indicarme que entrara en la sacristía. Me acerqué sin temor, con una energía propiciada por la desesperación.

Recibí la bendición episcopal y me arrodillé sobre el reclinatorio reservado a los penitentes. Mi confesión fue completa. Tenía que ser larga. El prelado me había escuchado con un asombro religioso. No en vano yo había contado con su indulgencia. Mis palabras no eran sino un grito de desamparo que no dejó su alma insensible; su vista de águila había medido el abismo abierto bajo mis pies... Mis confesiones, tan llenas de sinceridad, le predisponían a mi favor.

¡Sentí allí todo el ánimo y los consuelos que la religión cristiana es capaz de ofrecer!... Los breves momentos pasados junto a ese hombre tan grande han sido, tal vez, los más hermosos de mi vida. "Mi pobre criatura, me dijo al terminar su interrogatorio, no sé todavía cómo va a acabar todo esto ¿Me autorizáis a utilizar vuestros secretos? Porque, aunque sepa bien a qué atenerme respecto a vos, no puedo convertirme en juez de semejante

materia. Hoy mismo veré a mi médico. Me pondré de acuerdo con él sobre la conducta a seguir. Volved por tanto mañana y quedaos en paz".

A la mañana siguiente, a la misma hora, me encontraba en el obispado. Monseñor me esperaba. "He tenido, me dijo, una entrevista con el doctor H... Acudid hoy a su consulta, en compañía de vuestra madre". Yo me había imaginado algo así la víspera. Su ansiedad no puede describirse. A la hora fijada, estábamos en casa del doctor. No era lo que se dice una figura de renombre, pero se trataba de un hombre de ciencia en toda la extensión de la palabra.

El había comprendido la gravedad de la misión que le había sido confiada. Le halagaba en su orgullo, puesto que, con toda seguridad, era la primera vez que le ocurría algo así, y debo decir que estuvo a la altura de la situación.

No me esperaba, sin embargo, una investigación tan rigurosa por su parte.

Me disgustaba verle afrontar por sí mismo mis secretos más queridos, y yo contestaba de forma poco medida a alguna de sus palabras, que me parecían una violación.

"En mí, me dijo entonces, no debéis ver solamente a un médico, sino también a un confesor. Si necesito ver, también necesito saberlo todo. La situación es grave, tal vez más de lo que pensáis. Tengo que poder responder de usted con total seguridad, primero ante Monseñor, y sin duda también ante la ley, que se remitirá a mi testimonio". Me excuso de entrar aquí en los minuciosos detalles de su examen, ante el cual la ciencia se rindió convencida.

Había que reparar un error cometido en circunstancias que no eran ordinarias. Para subsanarlo, se debía proceder a un juicio de rectificación de mi estado civil.

"Sinceramente, me dijo el buen doctor, su madrina

estuvo afortunada al llamaros Camille. Dadme la mano, *Mademoiselle*; espero que dentro de poco nos llamaremos de otra manera. Al dejaros voy a dirigirme al obispado. No sé lo que decidirá Monseñor, pero dudo que os permita regresar a L... Allí vuestra posición está perdida; resulta intolerable. Lo que me desborda es que mi colega de L... se haya comprometido hasta el punto de dejaros estar así tanto tiempo, sabiendo lo que vos sois. En cuanto a madame P..., su ingenuidad no tiene explicación". A continuación dirigió unas palabras de aliento a mi pobre madre, que se encontraba al límite de la sorpresa. "Habéis perdido a vuestra hija, es verdad, pero recobráis un hijo que no esperábais".

Nuestra entrada en la estancia de M. de Saint-M... fue todo un acontecimiento. El noble anciano se paseaba de un lado a otro para disimular su febril impaciencia. Al vernos, se detuvo; mi madre le condujo a su sillón y se sentó a sus pies. Yo me situé a cierta distancia, poco deseoso de iniciar el relato de lo que acababa de ocurrir. De vez en cuando, M. de Saint-M... elevaba sus ojos hacia mí y respondía con una exclamación a los detalles que le contaba mi madre. Estupefacto al principio, fue considerando la situación con más calma, calculando también que ésta me podía proporcionar en el futuro una posición más ventajosa. Lo que era de esperar, con un buen respaldo. "Es igual, decía, tenía que llegar a los ochenta años para asistir a semejante desenlade, ¡y eres tú, Camille, quien tenía que procurármelo! ¡Que puedas ser feliz más tarde, pobre criatura!". Yo estaba tan turbado que no podía ni responder; mi imaginación delirante no podía detenerse en ninguna idea seria, reflexiva.

Por momentos me preguntaba si no era el juguete de algún sueño imposible.

Este resultado inevitable, y que yo había previsto e incluso deseado, me aterraba ahora como una monstruo-

sidad escandalosa. En definitiva, yo lo había provocado, y tenía que hacerlo, sin nunguna duda; pero, ¿quién sabe? Tal vez me había equivocado. Un cambio tan brusco, que iba a ponerme en evidencia de forma inesperada, ¿no iba en contra de todas las conveniencias?...

El mundo, tan severo, tan ciego en sus juicios, ¿me tendría en cuenta un gesto, que podría pasar por lealtad, sin empeñarse más bien en desnaturalizarlo, en hacer de él un crimen?

¡Ay!, no pude hacerme entonces todas estas reflexiones. La vía estaba abierta, y yo estaba impulsada por la idea del deber que cumplir. No calculaba.

Al día siguiente fui al obispado. Monseñor me aguardaba. "He visto al doctor, me dijo, y lo sé todo. Después de una madura reflexión, he aquí lo que decido: Vais a volver a L... por algunos días, a fin de evitar cuando os marchéis el escándalo que podría ocasionarle, a vos y a la casa que dirigís. Os otorgo una gran prueba de confianza. No abuséis. Haceros reemplazar lo más pronto posible y volved aquí, después de lo cual se proveerá el medio de facilitaros un nuevo puesto en la sociedad".

Llegué a L... dos días después. Avisada de mi llegada, Sara me estaba esperando. Tras los primeros abrazos, se apercibió del aire de profunda gravedad que dominaba mi fisonomía. Como ella me lo hizo observar, me senté en el borde de la cama y le lancé una mirada dolorida. "Mi bien amada, le dije con acento conmovido, la hora de la separación ha llegado"; y le conté rápidamente lo que acababa de suceder en B... Aún estoy viendo su dulce y amado rostro y el aire de sombría tristeza que lo atenazó. No dijo nada, pero su mirada apagada parecía reprocharme, como una falta, la importante determinación que había tomado sin contar con ella. Si hubieras querido, decía esa mirada, hubiéramos podido ser felices aún durante muchos días. Pero sin duda no te basto; tienes

deseos de una existencia libre, independiente, que yo no puedo darte.

En efecto, algo había de esto en la especie de hastío que se había apoderado de mí. Ya no vivía. La vergüenza que sentía por culpa de mi situación actual hubiera bastado por sí sola para hacerme romper con un pasado que me hacía enrojecer.

El inmenso deseo de lo desconocido me volvía egoísta, impidiéndome echar de menos los lazos tan queridos que iba a romper por mi propia voluntad.

Más tarde, iba a arrepentirme amargamente de lo que entonces consideraba como un imperioso deber. El mundo me mostraría pronto que había cometido un estúpido acto de debilidad, y me castigaría cruelmente.

Los escasos días que pasé en L... fueron realmente penosos. Mi pobre Sara no podía disimular siempre las lágrimas que le oprimían. Evitaba cuidadosamente la presencia de su madre, quien tampoco podía hacerse a la idea de que me marchaba definitivamente.

Había tenido a este respecto, una charla con ella y, sin entrar en el detalle de los motivos que me obligaban a actuar así, me había visto obligado, para hacerle ver su gravedad, a invocar la autoridad de Monseñor de B..., por cuya expresa voluntad no tenía libertad de elección.

A estos vagos motivos, que debían constituir para esta madre ciega una advertencia terrible, ella respondía con una incredulidad real o fingida que sobrepasaba todo lo imaginable. Sin embargo, puedo explicármelo. Mientras yo me encontrara bajo su techo, ella no podía dar una razón aparente a mi conducta sin colocarse en un plano de hostilidad hacia mí que hubiera levantado las sospechas de su familia y de la gente. Y eso era lo que ella quería evitar a toda costa. En el fondo estaba de acuerdo, no cabe duda, y su aparente seguridad debía esconder horribles angustias con respecto a su hija. Pues

si hasta entonces había cerrado los ojos a la evidencia, a las sugerencias de su médico, ahora ya no había escapatoria posible. La verdad se le aparecía en todo su esplendor, ¡y cómo tenía que sufrir al pensar en las consecuencias de su culpable actitud confiada! Pero no había nada en sus gestos o en sus palabras que traicionase el estado de su alma. O era una mujer verdaderamente fuerte, o de una necia ignorancia. Frente a Sara y a sus otras hijas desempeñaba un papel admirable, de conmovedora sencillez, sin afectación alguna, que no podía dar lugar a la más ligera crítica. ¿Resultaba fingido su afecto hacia mí? Lo ignoro. En cualquier caso, el espíritu más avisado se hubiera dejado engañar. Todos nos equivocábamos y éramos equivocados, y siempre con la mejor fe del mundo.

Nunca una situación tan extraña, tan difícil se ha dado entre tres personas, en una comunidad de ideas donde todo era una indigna farsa, una increíble comedia de sentimientos confesados con la más esplendorosa sangre fría.

Para madame P... yo era y debía ser siempre la compañera escogida de su hija.

Para su madre y los demás, Sara echaría en falta a la amiga, a la hermana, deplorando largamente su ausencia, sin que nadie pudiera criticar nada. Si alguien, iniciado en todos estos misterios, nos hubiera visto a los tres discutiendo el número de días que todavía pasaría en la casa de L..., pensaría que estaba asistiendo a una representación de *Fígaro* o de instituto, y seguramente ningún actor consagrado habría puesto tanta veracidad en un papel inverosímil.

Cada día traía consigo una nueva escena, hasta el punto de dejarme estupefacto, exasperado.

Una tarde, mientras las alumnas estaban en el recreo, seguí a Sara hasta su habitación... Mi marcha era siempre

el tema de conversación y el objeto de nuevas lágrimas. Mi amiga, de pie junto a la ventana, y con una mano posada sobre mi cuello, lloraba en silencio cuando su madre entró de repente, en compañía de su hermana pequeña.

Las dos se sentaron con naturalidad, como para asociarse a nuestra pena. Madame P... nos miraba pacíficamente. "*Mademoiselle* Camile, me dijo, ¿estáis viendo cuánto se os echa en falta y todavía persistís en vuestra resolución? ¿Quién os reemplazará junto a Sara, junto a mí?". No sabría explicar el efecto que me produjeron estas palabras. Me sentí derrotado. Era el colmo de la audacia ingenua. Era tentar a Dios.

¿Debía responderle con una confesión brutal, marchitando esa casta flor cuyo perfume todavía me embriagaba? Seguramente no. Como si le fuera la vida, Sara no se expuso a enrojecer delante de su madre y de su hermana. El secreto de nuestro amor tenía que morir entre Dios y yo.

Respondí pues que una fuerza ajena a mi voluntad me obligaba a partir rápidamente, sin mirar atrás. La joven mujer, presente en la conversación, estaba callada y comprendí instintivamente que mi secreto ya no existía para ella.

Sara ocupaba toda su atención; espiaba todos sus movimientos. La pobre niña, entregada a su dolor, no se daba cuenta. Me mantenía abrazado. Cada una de sus lágrimas se acompañaba de un expresivo sollozo. La hora de la clase vino a poner fin a esta escena que supuso un tormento para mí.

Algunos días después, madame P... se ausentó, previniéndome, a su regreso, de que había encontrado a alguien para sustituirme, gracias al inspector del distrito. Yo me preparaba entonces para marchar de un momento a otro, no sin una gran aflicción. La muchacha anunciada llegó por fin; la reconocí como una antigua alumna de la es-

cuela normal de D... Nuestras relaciones fueron bastante frías. Su presencia suponía para mí una constante molestia, y la señal inevitable de la separación.

Testigo de la intimidad que me unía a Sara y de la tristeza de su madre, buscaba en vano los motivos de mi precipitada marcha. Pronto se convenció de que, siguiendo el ejemplo de mi tía, que había sido su compañera de estudio, yo iba a entrar en religión. Su suposición me hizo sonreir. Pero no creí necesario desengañarla.

Tenía que quedarme dos o tres días más para ponerle al corriente de nuestro método de enseñanza; no porque yo lo juzgara necesario, sino porque madame P... me lo había pedido.

Sara le hablaba poco. Le había desagradado desde el principio. ¡Tenía que ser así! Ella podía tomar mi puesto, pero no podía reemplazarme.

La misma noche de su llegada, hice saber mi intención de dejarle mi cama en el dormitorio que iba a ser el suyo, y de ocupar la pequeña habitación de Sara. Mi amiga quiso disuadirme; su madre me apoyó. Estuvimos, por tanto, separadas esa primera noche, pero al día siguiente Sara vino a hacer su aseo conmigo, después de haberme ofrecido sus buenos días acostumbrados. Así transcurrió hasta mi marcha, fijada definitivamente para el fin de semana.

El señor cura había sido informado por una carta de Monseñor de B..., hoy arzobispo de... Por tanto, fui a hablar con él por pura formalidad. Aquel hombre absurdo no encontró palabra alguna de ánimo que decirme en la increible situación en que me hallaba. Nada era capaz de ablandar el rigor inflexible de ese hombre. Jamás me perdonó. ¿Qué le había hecho yo? Nada. Es inútil decir que no volví para despedirme, a pesar de que madame P... me lo rogó.

No vi a nadie en L... y aunque se conocía mi marcha,

se llevó a cabo sin ruido, salvo los obligados comentarios que sirven de alimento a los cotilleos de las comadres en provincias.

Llegó el último día. Por fin iba a abandonar el dulce retiro, testigo de mis alegrías ocultas. Me disponía a contemplar, con un nuevo aspecto, ese mundo que yo estaba lejos de sospechar.

Mi inexperiencia me preparaba tristes desencantos. ¡Pero lo veía todo como en un día radiante y limpio de nubes! ¡Pobre insensato! ¡Tenía el bienestar, la verdadera felicidad, e iba, con el corazón alegre, a sacrificar todo aquello por una idea, por un miedo imbécil! ¡Oh, cómo lo he expiado! Además, ¿por qué las quejas, los lamentos? He sufrido mi destino, he cumplido, con valor, creo, los penosos deberes de mi situación. Muchos reirán. ¡A estos los perdono y les deseo que nunca lleguen a conocer los innombrables dolores que me han abrumado!

Mis preparativos se habían terminado. Me había despedido de mis alumnas. ¡Pobres queridas niñas! ¡Con qué emoción besé sus frentes jóvenes! ¡Las contemplé con amor, reprochándome casi los días pasados con ellas, en una intimidad tan grande y tan estrecha!

Eran las siete de la mañana. Sara iba a venir a acompañarme hasta la carretera, por donde pasaba la diligencia. Tenía el corazón terriblemente oprimido cuando me acerqué a madame P... para despedirme. Ella, por su parte, sufría violentamente. La dolorosa contracción de sus facciones lo evidenciaba. Había muchas cosas en su silencio. Pena, en primer lugar, porque, a pesar de todo, me quería sincera, lealmente. Pero, junto a este afecto espontáneo, había, sin duda, resentimiento. Luego ella veía claro. ¿Podía perdonarme el papel misterioso que yo había jugado en su casa, junto a su hija, cuya pureza le era tan querida? Sin embargo, no puedo creer que sospechara de la *intimidad* de nuestras relaciones. No, por-

que hubiera sido fulminada por la propia violencia de sus sensaciones. Mi buena fe era una segura garantía de la castidad de su hija.

¡Extraña y deplorable ingenuidad en una madre!... En su ignorancia de las cosas de la vida, no podía admitir que yo pudiera reaparecer en el mundo con un nombre y un estado apropiados a mi sexo. "Así, querida Camille, me dijo, ¡llegará un día que os tendré quizás que llamar: *Monsieur*! ¡Oh! ¿no, no ocurrirá, verdad? –No obstante, será así, señora, y dentro de poco, sin duda. Preguntadle a Monseñor de B...– Pero, en fin, ¡qué dirá el mundo! ¡El escándalo que se producirá salpicará necesariamente a mi casa! ¡Y, entonces!...".

Esta era su mayor preocupación, su pesadilla. Veía su internado perdido, su consideración gravemente dañada. Ante esta perspectiva se olvidaba de su hija, no temiendo por lo que pudiera haberle pasado, sino sólo por lo que depararía el porvenir.

" ¡Entonces, adiós, querida *hija!*". Y la excelente mujer no pudo decir más. Sara se había alejado, conteniendo las lágrimas. Le hice una señal y partimos, tomando un camino apartado para no atravesar el pueblo. Yo había cogido su brazo, que apretaba fuertemente contra mi pecho. Ella, de vez en cuando, me daba un apretón de manos. Nuestras miradas se encontraban entonces y suplían elocuentemente a las frases que expiraban en nuestros labios.

¿Quién, al vernos así enlazadas, hubiera podido descubrir el drama misterioso de estas dos jóvenes existencias en apariencia tan tranquilas, tan dulces?

¿No sobrepasa a veces lo verdadero todas las concepciones de lo ideal, por exagerado que éste pueda ser? ¿Las metamorfosis de Ovidio, han podido ir más lejos?

Había estrechado por última vez entre mis brazos a la que llamaba mi hermana y a quien amaba con todo el ar-

dor de una pasión de veinte años. Mis labios habían rozado los suyos. Nos habíamos dicho todo. Me marchaba esta vez llevando en mi alma toda la felicidad de la que había gozado durante esos años, con el primero, el único amor de mi vida. El coche, al alejarse, me había privado de la vista de mi bien amada. Todo había terminado.

Creo haber expresado todo lo concerniente a esta fase de mi existencia de joven. Son los hermosos días de una vida, en adelante volcada al abandono y al frío aislamiento. ¡Dios mío! ¡Vaya suerte la mía! Pero así lo ha querido, sin duda, y yo me callo. De vuelta en B..., me tuve que ocupar de los trámites relativos a mi aparición en el mundo civil como sujeto del sexo masculino.

El doctor H... había ya preparado un voluminoso informe, obra maestra del estilo médico, destinado a promover ante los tribunales una demanda de rectificación, la cual debía ser dictada por el tribunal de S..., lugar de mi nacimiento. Provisto de este documento, partí para esa ciudad, contando, además, con recomendaciones particulares para el presidente y el procurador imperial. Mi madre me acompañaba. Visitamos en primer lugar al anciano sacerdote que mi familia conocía desde hacía tiempo. No intentaré dar aquí una idea de su ingenua sorpresa al leer la carta que sobre el tema le había dirigido Monseñor de B... Se comprenderá fácilmente. Estos hechos son lo suficientemente extraños como para provocar la curiosidad. El señor presidente de L... de V... nos hizo el mejor recibimiento. Después de haberse puesto al corriente de los hechos y de haberme realizado algunas preguntas: "Vais a ir, nos dijo, de mi parte a casa de M.D..., mi procurador, y le entregáis todos estos documentos. El resto se hará sin vos. Si más tarde se hace necesaria vuestra presencia, se os hará saber". Partimos de nuevo al día siguiente, sin haber prevenido a mi familia de lo que se preparaba para mí. Yo quería guardar el

secreto hasta el desenlace, que iba a ser próximo. Sólo una persona había sido exceptuada: mi abuelo materno. Se quedó aterrorizado, ya que preveía, sin ningún motivo, un fin peligroso de la tranquilidad de todos. Yo le tranquilicé lo mejor que pude, asegurándole que todo transcurriría legal y convenientemente.

Nadie más que él conoció, pues, el motivo de nuestro viaje; sin embargo, debo hacer algunas observaciones, al menos extrañas, que se hicieron sobre mi persona. Me enteré de todo ello más tarde. A una íntima amiga de mi madre le había extrañado singularmente mi caminar, mi aspecto exterior, mi aire tan poco desenvuelto.

En otro lugar sucedió lo mismo. Fue en el hospital donde permenecí durante tres años, es decir, hasta la edad de diez, entre los jóvenes hospicianos de mi edad. Había vuelto a ver al capellán con infinito placer. La buena superiora me llamaba todavía su *querida hija*. Ella nos condujo hasta la puerta charlando. Durante ese tiempo, una muchacha de la casa, de la que yo había sido su compañera favorita, nos observaba desde una ventana. La muy astuta se dio cuenta de que yo sostenía el paragüas bajo el brazo izquierdo y que tenía la mano derecha desenguantada detrás de la espalda. Todo ello le pareció poco gracioso en una *institutriz*. El resto de mis movimientos estaban en consonancia con mi fisonomía, de facciones duras y severamente acentuadas.

Hacía unos quince días que me encontraba de vuelta en B... cuando el procurador encargado de la demanda me hizo saber que el tribunal había, en primera instancia, nombrado al doctor G... para proceder a un nuevo examen antes de emitir una sentencia definitiva, resultando necesaria mi presencia en la casa del médico.

Había que resignarse. Aunque por otra parte ya me lo esperaba.

Resulta obvio decir que este segundo examen arrojó

el mismo resultado que el primero, y que, a partir del informe a que dio lugar, el tribunal civil de S... ordenó que fuera hecha la rectificación en el registro civil, en el sentido de que debía aparecer allí como perteneciente al sexo masculino, al tiempo que un nuevo nombre sustituía a los femeninos que recibí en mi nacimiento.

Estaba en B... cuando se dictó la sentencia. Me habían enviado la notificación del fallo, consignado más tarde en los *Annales de médecine légale*.

Al consultar esta obra descubrí que había sucedido lo mismo en 1813, en un departamento del Mediodía, si no en las mismas circunstancias, al menos con los mismos resultados.

Ya estaba hecho. El estado civil me llevaba a formar parte de esa mitad del género humano llamada el sexo fuerte. ¡Yo, educado hasta los veintiún años en casas religiosas, en medio de tímidas compañeras, iba, como Aquiles, a dejar tras de mí todo un pasado delicioso, para entrar en lid únicamente armado de mi debilidad y de mi profunda inexperiencia de los hombres y las cosas!

Ya no tenía que pensar en disimular. Se hablaba ya en voz baja. La pequeña ciudad de S... retumbaba por este acontecimiento singular, de una manera, además, que venía a provocar la crítica y la calumnia. Como siempre, exageraban considerablemente los hechos. Unos llegaban a acusar a mi madre de haber ocultado mi sexo verdadero para salvarme del servicio militar. Otros me erigían en un verdadero Don Juan, que había traído en todas partes el deshonor y la vergüenza, y que había aprovechado descaradamente mi situación para mantener en secreto intrigas amorosas con mujeres consagradas al Señor. Yo sabía todo esto y no me afectaba en absoluto.

En B... fue otra cosa distinta. Una mañana me vieron asistir a misa con un traje de hombre, junto a madame de R..., hija de M. de Saint-M... Sólo una o dos personas

me reconocieron; fue suficiente. Por toda la ciudad corrió el rumor.

Los periódicos también tomaron parte. Todos, al día siguiente, contaron el hecho. Uno de ellos me comparaba modestamente con Aquiles, hilando a los pies de Onfala; pero entre estas flores se deslizaban insinuaciones pérfidas para mí y para otros. Después de la prensa provincial llegaron los artículos más o menos picantes de algunos redactores cuyos nombres no he olvidado, y que determinados periódicos de París reprodujeron inmediatamente. La alta sociedad de la ciudad se conmocionó. Fui el sujeto de todas las conversaciones en el establecimiento de baños de mar. Aquel día algunos notables se encontraban allí con el prefecto, quien manifestó en voz bien alta su sorpresa. Por suerte para mí, el nombre de Monseñor de B... me protegía. Era conocida la participación en el asunto del eminente prelado, y se veían obligados a admitirlo. Justo al día siguiente fui a visitarle con mi nuevo atuendo, lo que le permitió testimoniarme, con mayor familiaridad, su afectuosa benevolencia. Su Eminencia me estrechó calurosamente la mano ¡llamándome su amigo! Todavía tengo presente en mi espíritu el recuerdo de esta escena.

¡Oh!, nunca olvidaré todo lo que le debo a este hombre evangélico, y realmente digno de sus altas funciones, tanto por la preeminencia de su genio particular, como por la inmensa generosidad de su alma. También había visto al doctor H... "Créame, me dijo, debe acompañarme a la prefectura. El prefecto desea veros y estoy seguro de que está dispuesto a seros útil. En este momento, especialmente, puede hacer todo por vosotros".

Héme, por tanto, con el doctor en el despacho del prefecto, al cual pareció agradarle mi visita. Me recibió como un padre, preguntándome amistosamente por mi pasado y mis proyectos futuros. Mi posición era difícil,

y le interesaba. No sé muy bien por qué, se me había ocurrido la idea de entrar en el ferrocarril. Le hablé de ello al prefecto y no lo desaprobó, prometiendo que haría una petición a la compañía de... Después, sonriendo alegremente, me dijo: "Conocéis la tempestad que se ha desencadenado y las numerosas atrocidades de que se os acusa. No os preocupéis. Id con la cabeza bien alta; tenéis todo el derecho. Quizá os será difícil, y lo comprendo. También, y es un buen consejo el que os doy, resignáos a abandonar este lugar por algún tiempo. Yo me ocuparé de ello". Supe apreciar más que nadie la rectitud de este consejo. Sentía vivamente la necesidad de marcharme una temporada.

Tal y como había temido, entre la gente circulaban odiosos rumores sobre la intimidad de mis relaciones con mademoiselle Sara P... Según algunos ella había sido realmente deshonrada. ¡Oh!, lo confieso, este golpe fue el más doloroso. La idea de ver a esta pobre niña víctima de la fatalidad que me abrumaba me resultaba insoportable. El mundo, ese juez despiadado, ¡podía mancillar impunemente el santo cariño de dos almas leales, precipitadas al borde de un abismo secreto, cuya inevitable caída se había constituído en misterioso vínculo! ¡Estúpida ceguera de la gente, que condena cuanto tendría que absolver!

Le conocía lo suficiente como para estar perfectamente convencido de que sufría en silencio y con valor, sin llegar por esto a maldecirme. Tal vez sólo ella me comprendía. ¡Sólo ella me amaba! ¡Durante mucho tiempo me ha sostenido su recuerdo adorado y me ha dado las ganas de vivir! Incluso hoy, cuando todo parece haberme abandonado y una espantosa soledad se cierne a mi alrededor, como si mi desgracia fuera a ser fatal a todo aquel que se acerca, experimento una especie de dulce alegría al pensar que un ser de este mundo se ha dignado a aso-

ciarse con mi existencia miserable y que guarda un poco de piedad para este pobre abandonado. ¿Puede que sólo sea una ilusión? Tal vez, en el momento en que escribo estas líneas, ha desterrado para siempre de su corazón a aquel que la consideró como su única felicidad. ¡Dios mío, qué me queda ahora? Nada. ¡La fría soledad, el negro aislamiento! ¡Oh! ¡Vivir solo, siempre solo, entre la masa que me rodea, sin que nunca una palabra de amor venga a alegrar mi alma, sin que nunca una mano amiga se tienda hacia mí! ¡Castigo terrible e innombrable! ¿Quién podrá alguna vez entenderlo? ¡Llevar dentro de sí tesoros inefables de amor y estar condenado a esconderlos, como una vergüenza, como un crimen! Tener un corazón de fuego que debe decirse: ninguna virgen te otorgará nunca los sagrados derechos de un esposo. No puedo probar este consuelo supremo del hombre. ¡Oh! ¡la muerte! ¡la muerte constituirá para mí la hora de la liberación! ¡Como un judío errante, la espero como el final del más espantoso de los suplicios! ¡Pero vos estáis conmigo, Dios mío! ¡habéis querido que no tuviera dueño, aquí abajo, por ninguno de esos lazos terrenales que elevan al hombre perpetuando la obra divina! ¡Triste desheredado, puedo al menos alzar los ojos hacia vos, ya que, al menos, no me rechazaréis!

Cinco o seis semanas después de mi visita al prefecto, recibí la invitación de presentarme en París al jefe de explotación del ferrocarril de... La carta me llenó de alegría. A la perspectiva de un viaje a París se unía la esperanza de abandonar cuanto antes un lugar que me horrorizaba y de escapar, por fin, a esa especie de inquisición de la que era objeto. Fui a ver al prefecto, quien de inmediato compartió mi satisfacción, instándome a no demorar mi marcha. Mi pobre madre estaba radiante, a pesar de que la idea de una pronta separación oscurecía

tristemente esta compensación, que le parecía ya como la aurora de un futuro radiante.

Siempre bueno y previsor, M. de Saint-M... me había recomendado con prontitud en París a uno de sus sobrinos pequeños, que vivía en la ciudad desde hacía tiempo. No me era desconocido. El también me conocía, así como a mi madre, y sabía del sincero cariño que le había profesado toda su familia. Me acogió pues como a un hermano. Gracias a él no experimenté la terrible turbación del provinciano, arrojado solo y por vez primera, en el torbellino de este París tumultuoso.

Al día siguiente de mi llegada me acompañó a la administración de..., donde vi al jefe de explotaciones, M..., cuyo nombre no revelaré aquí por ser demasiado conocido. En la corta entrevista que mantuve con él le pedí el favor de ser destinado en París, lo que me prometió. Sus últimas palabras fueron estas: "Volved a B... y esperad vuestro nombramiento lo antes posible".

Dejé París dos días después, sin haberlo visto apenas, pero con la esperanza de volver a conocerlo más en profundidad. El tiempo que pasé en B... no fue interrumpido por incidente alguno. Salía todos los días y siempre solo. El eco de mi aventura empezaba a extinguirse. Se apreciaba mejor la situación, ahora que se presentaba a la luz del día. Debo decir, además, que aquellos que me conocían desde hacía tiempo me testimoniaban una mayor simpatía, después del estallido de los últimos acontecimientos. "Pobre chico, decía la madre de una muchacha que había sido mi amiga y compañera de estudios, ahora lo estimo todavía más, porque puedo apreciarlo doblemente. ¡Cuánto ha debido sufrir!".

Puede imaginarse la consternación de mis excelentes maestras de la escuela normal. No podría hacerse una idea. El venerable capellán me escribió una carta paternal y amistosa sobre este tema. "Puedo ahora, mi querido

hijo, expresaros el sincero afecto que he conservado hacia mi *antigua hija*. Pero tendríais que ver la ingenua sorpresa de nuestras buenas religiosas, de las que habéis sido su alumna favorita. La hermana Marie-des-Anges, al comunicarle vuestra transformación, se cubrió el rostro con las manos, evocando la estrecha intimidad que os unía a ella. "¡Dios mío!, se decía la casta criatura, ¡yo que le he besado de buena fe, durante su última estancia aquí en el retiro al que había sido invitado y él, que al despedirse, me besó las manos sin ningún escrúpulo!". Pero esas buenas almas no me acusaban por estas cosas y su cariño, aunque cambiando de forma, se conservaba en el fondo. Aquél no me faltará pues se apoya sobre las bases más puras y más santas.

Por tanto, todas las suposiciones caviladas sobre mis anteriores relaciones con esos ángeles terrenales son falsas, completamente falsas. Sin duda estaban permitidas hasta cierto punto y no puedo negar que me había expuesto bastante; pero sólo yo conocía el peligro. Si he sufrido, si he luchado, nadie lo ha sospechado. Seguramente debo a la solidez de los principios de mi juventud, a su extrema pureza, el no haber tenido que enrojecer delante de esos rostros cándidos, cuya dulce serenidad no se vio turbada por mi causa.

Si he escrito estas palabras no ha sido para justificarme, sino porque me reprocharía como un crimen, como una indigna bajeza, el haber alimentado la sospecha sobre unos seres cuya alma resulta, por encima de todo, acreedora a las miradas de Dios.

Mi correspondencia con Sara no se había interrumpido. Recibía mis cartas y me respondía con regularidad, pero a espaldas de su madre. Yo no me atrevía a escribir a esta última. Me equivocaba y lo comprendí más tarde. Mi temeroso silencio debía parecerle fruto de una fría

indiferencia hacia ella y su hija o la explicación postrera de una conducta culpable.

Mi inexperiencia también me ha perdido en este punto. No pongo en duda que si hubiera sabido hacerme cargo de la situación mi futuro habría cambiado. Quizás hoy hubiera sido su yerno.

¡Pero Dios no lo quería así, sin duda, y me habría equivocado ambicionando ese título que jamás sería mío! Madame P... me quería con un afecto sincero, maternal. Mi marcha le hería doblemente, amenazándola en sus dos intereses más estimados: la reputación de su hija, gravemente comprometida y el buen nombre de su casa. Como tenía que ocurrir, ambas cosas se vieron salpicadas; se murmuraba en voz baja a su alrededor. El presente explicaba el pasado, ya de por sí equívoco. Los inspectores de la Academia no pudieron evitar el tener que afrontar un tema tan delicado. Conocían todas las peripecias de este drama y el papel que yo había desempeñado resplandecía a todas luces. Recordárselo a ella suponía, de la manera que fuese, someterla a las torturas de la vergüenza, del espanto, poniendo en duda, además, la honorabilidad de un carácter lleno de recelosa altivez. En tales circunstancias, la pobre mujer debió maldecir constantemente el día en que me introdujo en su hogar. Su corazón de madre tuvo que consumirse en las terribles reflexiones que se elaboraban en su espíritu y quizá en los reproches de su conciencia, durante tanto tiempo ciega por culpa de su lealtad y su incapacidad para sospechar de su hija. ¡Y, sin embargo, Dios mío, era mujer y por esta razón podía haber conocido los límites de las fuerzas humanas!

Hacía ya un mes que había dejado París cuando recibí la orden de acudir allí para ponerme a disposición del jefe de explotación del ferrocarril de... Me marché, pero antes fui a ver por última vez a Monseñor. Pensar en que

iba a dejarle por tanto tiempo me resultaba, sin duda, penoso. Es muy raro encontrar hombres que unan a todas las cualidades del alma las riquezas de un espíritu generoso. La situación excepcional en la que me había encontrado su Eminencia le había afectado especialmente. Se sentía vinculado conmigo, si es que puedo hablar así. El buen prelado me cogió la mano y, apretándola efusivamente contra su corazón, me bendijo. Yo estaba demasiado emocionado. Sólo pude inclinar la cabeza en silencio, musitando al retirarme, algunas palabras de agradecimiento.

Mi pobre madre había vertido lágrimas al separarse de mí y, a pesar de todos mis esfuerzos, confieso que le imité. En veinticuatro horas nos iban a separar doscientas leguas: algunas lágrimas estaban justificadas. Teníamos, es verdad, la esperanza de volver a vernos. Sin embargo, no sucedía lo mismo con mi noble y venerado benefactor, M. de Saint-M... Al borde de la tumba, no podía esperar mucho. "Mi pobre Camille, me dijo entre sollozos, ¡no nos volveremos a ver!". Su mano estrechaba la mía. Yo la sentía temblar.

No conozco nada más desgarrador que ver llorar a un anciano. Me sentía desfallecer al ver ese dolor que testimoniaba el cariño más profundo y más vivo. Allí sentía latir un corazón de padre, lo sabía, ¡y qué orgulloso estaba!

¡Hombre venerable, que reposas en la paz de la tumba! ¡La muerte ha puesto fin a una existencia llena de buenas obras, de generosos favores, de los cuales tu alma recibirá la recompensa! ¡Si pudieras oir mi tenue voz! Te diría que, aquí abajo, un corazón está henchido de tu recuerdo.

¡No existe ya! ¡Esa muerte ha deshecho un lazo que nadie en el mundo podrá reemplazar! No pude asistir a sus últimos momentos. Los sintió avecinarse. Sobrevino

una crisis terrible, durante la cual tuvo tiempo de pronunciar los nombres de todos aquellos a quienes amaba y de despedirse de mi madre. ¡Uniendo sus manos a las de su hija, las miró a ambas y se extinguió pronunciando su nombre!

Han transcurrido dos años desde ese día. Pero aún lo conservo entero en mi corazón. ¡El culto que le he consagrado es la última y la única alegría de mi vida! ¡Cuántas veces más tarde, en medio del hastío, de las amarguras que me anegan, he podido entrever el espantoso vacío que ha producido su ausencia!

¡Y ahora solo!... ¡solo para siempre! ¡Abandonado, proscrito entre mis amigos! Pero, ¡qué digo! ¿Acaso tengo el derecho de dar este nombre a quienes me rodean? No, no lo tengo. ¡Estoy solo! Desde mi llegada a París entro en una nueva fase de mi existencia doble y extraña. Educado durante veinte años entre muchachas, fui primeramente doncella, durante dos años a lo sumo. A los dieciséis y medio ingresaba como alumna de magisterio en la escuela normal de...; salí de allí a los veintiún años. Era en el mes de abril. Al final del mismo año me encontraba en París, en el ferrocarril... (1).

¡Venga, maldito, continúa tu tarea! El mundo que invocas no estaba hecho para tí. Y tú no estabas hecho para él. En ese vasto universo, donde tienen cabida todos los dolores, tú buscarás en vano un rincón donde albergar el tuyo, que desentona y trastorna todas las leyes de la naturaleza y la humanidad. El hogar familiar te está vedado. Tu vida misma es un escándalo que haría enrojecer a la joven virgen y al adolescente tímido.

Entre esas mujeres envilecidas que me han sonreído, que me han hecho rozar sus labios con los míos, ni una

(1). Aquí se interrumpe la fiel transcripción del manuscrito. Las páginas que siguen a continuación no son más que extractos de los textos que A. Tardieu tuvo entre sus manos (M.F.).

sola, sin duda, ha dejado de retirarse avergonzada ante el calor de mis abrazos, como al contacto con un reptil. ¡Y bien, yo no maldeciré a nadie! Sí, he pasado entre vosotras sin dejar la huella de un suspiro. Pero, al menos, yo no he manchado mis labios con vuestras infamias, ni mi cuerpo con repulsivos acoplamientos. Yo no he visto mi nombre arrastrándose por el lodo por culpa de una esposa infiel. Yo me he librado de todas esas llagas infectas que exponéis a la luz del día.

Yo sólo he aspirado el perfume de la flor. Vosotros habéis bebido hasta las entrañas todas las vergüenzas y todas las infamias, sin quedar todavía satisfechos. Guardad, por tanto, vuestra piedad.

Tal vez la necesitáis más que yo. Yo planeo por encima de todas vuestras miserias innombrables, participando de la naturaleza de los ángeles; pues, vosotros lo habéis dicho, mi lugar no está dentro de vuestra angosta esfera. A vosotros, la tierra; a mí, el espacio sin límites. Encadenados aquí abajo por las mil ataduras de vuestos sentidos groseros y materiales, vuestros espíritus no se sumergen en este Océano límpido del infinito, donde bebe mi alma, un día errante por vuestras playas áridas.

Liberada anticipadamente de su envoltura virgen, ha entrevisto con beatitud la claridad luminosa de un mundo inmortal, resplandeciente, que es su futura y deseada morada. ¡Y quién podría explicar los arrebatos puros y embriagadores de un alma a la que nada que sea terrenal une con la humanidad! ¡Con qué ojos contemplo ese estrecho horizonte, donde se agitan tantas pasiones, tantas cóleras detestables y tanta materialidad! ¡Y es a mí a quien dirigís vuestro insultante desprecio, como a un desheredado, como a un ser sin nombre!

¿Pero es que tenéis derecho? Seréis vosotros, hombres degradados, mil veces envilecidos e inútiles para siempre, juguetes despreciables y despreciados por criaturas co-

rrompidas, de las que os enorgullecéis como si se tratara de una conquista. ¿Seréis vosotros, digo, quienes me escupiréis en la cara el sarcasmo y el ultraje? ¡Ah! ¡Ah!, sí, estad orgullosos de vuestros derechos.

El fango que os cubre testimonia suficientemente el noble uso que de ellos habéis hecho. Yo soy quien podría compadeceros, pobres espíritus caídos, que habéis agotado en miserables satisfacciones la fuente viva de vuestros corazones, que habéis extinguido hasta el último rayo de vuestra inteligencia, esa llama pura destinada a guiar vuestra razón por los senderos de la vida. Sí, os compadezco porque no habéis sufrido. Para sufrir hace falta un corazón grande, noble y un alma generosa. Pero llegará la hora de la expiación, si es que no ha venido ya. Y entonces os sentiréis aterrorizados ante el vacío espantoso de todo vuestro ser.

¡Desgraciados! no encontraréis nada que pueda llenarlo. Al llegar al umbral de la eternidad, ¿qué echaréis de menos? La vida. Ante la inmortalidad, ¡vosotros añoraréis el polvo, la nada!

Os lo digo yo, a quien habéis pisoteado, porque os domino desde la altura de mi naturaleza inmaterial, virginal, desde mis largos sufrimientos.

Hablo de mis largos sufrimientos y es verdad, pues yo también he soñado con esas noches delirantes, con esas ardientes pasiones que sólo debían serme reveladas por la intuición.

He sentido fieros estremecimientos al ver pasar, por las tardes, a esas mujeres, más hermosas por su atavío que por sus rasgos, marchitos desde hace tiempo. Tristemente sentado en el patio de butacas de algún teatro, recorriendo con mirada taciturna todo el recinto, he analizado secretamente los gozos contenidos en esas palabras disimuladas por los abanicos, en esas sonrisas que prometen la felicidad al apretar una mano. ¡Creédme, no

podía soportar, sin ponerme celoso, el choque de todas esas descargas eléctricas que se cruzaban por todas partes...! No. Yo era joven. También deseaba un puesto en el banquete del amor. Pero no podía ser para nadie... sino para Dios. ¡Antes de alcanzar este completo desapego de un alma vencida por la lucha misma, creédlo, he sufrido mucho!

En medio de mis males alimentaba una ilusión loca y, sin duda, culpable. Pero, ¿quién se atrevería a reprochármelo? Una muchacha me había amado como sólo se ama la primera vez. Así lo creía ella al menos.

Su cándida ignorancia no había ido más allá de los gozos incompletos que yo le había revelado. Más tarde, su olvido me destruyó. Y me bajó también a la realidad de una situación que había olvidado por un instante.

Fue entonces, cuando esa última, esa única felicidad me fue arrebatada, cuando comprendí claramente la amplitud de mis deberes y el doloroso sacrificio que me imponían.

Rompí instantánea, generosamente con todos los recuerdos de mi pasado. ¡Me enterré, vivo y joven, en esta soledad eterna que encuentro por todas partes, pese a la muchedumbre agitada, como en el retiro más olvidado!

Recobré mi razón, extraviada. Con ella reencontré pronto el olvido, si no la paz y la felicidad.

¡Ay!, no existe nunca un él para mí.

Han pasado ya muchos días. La consumación se ha completado. Ya sólo con el pensamiento me entretengo todavía en esa sombra querida de un amor extinguido. Y, a veces, me transporto a esos días, transcurridos velozmente, de santa ternura y castas ilusiones, donde era un muchacho entre jóvenes muchachas, mis hermanas, mis compañeras, y esta dulce e íntima confraternidad bastaba para llenar mi vida, que ni un soplo había empañado.

Tales recuerdos no son amargos. Consuelan de muchas

decepciones. Es el oasis reparador, donde se refugia mi alma herida por tantas luchas atormentadas. Hoy afronto con calma la oscura perspectiva de mi destino implacable.

Profundamente hastiado de todo y de todos, soporto, sin conmoverme, las injusticias de los hombres, sus odios hipócritas. No podrían alcanzarme en el seguro refugio donde me escondo.

Hay entre ellos y yo un abismo, una barrera infranqueable. Yo les desafío a todos.

30 de mayo de 186... ¡Señor! ¡Señor! ¡no he vaciado aún el cáliz de mis dolores! Vuestra adorable mano, ¿no se alarga hacia mí más que para golpear, para destrozar este corazón tan profundamente herido, que no tiene cabida ni para la alegría ni para el odio? ¿Puede ser más completo mi aislamiento, más desgarrador mi abandono?

¡Oh, piedad, Dios mío! pues sucumbo en esta lenta y espantosa agonía, porque mis fuerzas me abandonan, porque la gota de agua se ha convertido en océano y ha invadido todas las potencias de mi ser.

Ha horadado bajo mis pies un abismo cada vez más vasto, más profundo, en el que no puedo detener mi mirada sin experimentar un horrible vértigo ¡Me da la impresión, a veces, que ese suelo minado va a desplomarse bajo mis pies engulléndome para siempre!

Esta lucha incesante de la naturaleza contra la razón me agota cada día más y me conduce con grandes zancadas hacia la tumba.

No son años los que me quedan, sino meses, o tal vez días.

Lo siento de una manera evidente, terrible, y ¡cuán dulce y consoladora es esta idea para mi alma! Es el tránsito, el olvido. Allí, sin dudarlo, el desgraciado exilado del mundo encontrará, al fin, una patria, hermanos, amigos. Allí habrá un lugar para el proscrito.

Cuando llegue ese día, algunos médicos harán un poco

de ruido alrededor de mis despojos; destrozarán todos los resortes extinguidos, traerán nuevas luces, analizarán todos los misteriosos sufrimientos agolpados en un solo ser. ¡Oh, príncipes de la ciencia, químicos preclaros, cuyos nombres resuenan en el mundo, analizad pues, si es posible, todos los dolores que me han abrasado, que han devorado este corazón hasta sus últimas fibras; todas esas lágrimas ardientes que lo han ahogado, que lo han sofocado bajo opresiones salvajes!

¡Sabed cuántas pulsaciones le han impreso los desprecios sangrantes, las injurias, las burlas infames, los amargos sarcasmos y encontraréis el secreto que encierra despiadadamente la losa de la tumba!...

Entonces se dedicará un pensamiento al desgraciado que fue rechazado en vida, que causó sonrojo, a veces, al estrecharle la mano y a quien, incluso, se le privó del pan y hasta del derecho de vivir.

Porque yo me encuentro ahí. La realidad me abruma, me persigue. ¿En qué me convertiré? Lo ignoro. ¿Dónde encontrar mañana el mendrugo de pan que se obtiene con el trabajo?

¿Tendré que recurrir a la limosna, al crimen? Instalado en este París que me gusta porque aquí soy olvidado, ¿tendré que espiar por la noche el paso de algún hombre feliz, que me dispensará un insulto, señalándome con el dedo a algún agente de seguridad? ¿A qué puerta, sin embargo, no he llamado?

Aceptado entre algunos personajes que me conocían, he rogado, he suplicado para que me ayudaran. Sin duda les resultaba fácil. Su influencia en París bastaba para que, con una palabra, se me diera un medio de ganarme honradamente la vida.

He de decir que en todas partes recibí calurosas muestras de afecto, en las que fui tan estúpido como para creer. Solemne locura de la que pronto me curé.

Comprendí, al fin, que en adelante tenía que contar sólo conmigo mismo. Mis pobres recursos se habían agotado y pronto iba a conocer las angustias de la miseria y las torturas del hambre, pues un mes había transcurrido rogando, esperando el resultado, siempre negativo, de alguna gestión.

Me quedaba por adoptar una última resolución y la tomé, creyendo que había encontrado, por fin, la salvación.

Iba resueltamente a inscribirme como camarero para uno de esos numerosos refugios que abundan en París, en una oficina de colocación de criados. "¿Ha servido usted alguna vez?" Tal fue la pregunta que me hicieron de entrada.

Y ante mi respuesta negativa: "Encontrará difícilmente; pero, en fin, vuelva usted y ya veremos".

Volví todos los días, y también todos los días escuché la aplastante respuesta.

No ignoro que soy un sujeto que provoca un asombro singular en todos los que me rodean;

Todos esos jóvenes rostros que traslucen la alegría propia de su edad, parecen leer sobre el mío alguna verdad terrorífica cuyo secreto se les escapa.

La fría quietud de mi mirada parece dejarles helados y les fuerza casi al respeto.

¿Cómo definir esta impresión extraña que provoca mi presencia? No sabría decirlo. Pero para mí resulta visible e indiscutible.

Ellos mismos la sufren y no pueden explicarla.

Estos alegres niños de la *rive gauche*, futuros maestros de la ciencia, que preparan sus éxitos entre besos y copas y con los cuales estoy en contacto diario en el restaurante únicamente, tampoco pueden explicarse esa especie de sombría brutalidad de mis costumbres, que no se entiende, en efecto, a los veintiocho años. Si

alguna vez sonrío a mis gentiles vecinas de mesa, ninguna de ellas sería capaz de decir, por lo menos, quién es la persona que comparte mi cuartucho. Esta es una información que pueden dar con certeza sobre tal o cual estudiante del barrio, porque todas se conocen, aunque no siempre se quieran. Están siempre al corriente de los cambios que se suceden en sus respectivos *ménages*, y de las variaciones que tienen lugar entre los caballeros de la víspera y los del día siguiente.

Se podría hacer un estudio realmente curioso sobre estas costumbres locales. Sin estar enredado en ninguna intriga, sin ser actor en la comedia, yo asisto a menudo a extrañas escenas entre estas amorosas parejas. Mero espectador, observo minuciosamente y casi siempre llego a la conclusión de que mi papel es el mejor.

Desde lo alto de mi orgullosa independencia, me constituyo en juez. La experiencia real que he adquirido sobre el corazón de la mujer me coloca muy por encima de ciertas críticas célebres sobre ellas, que más de una vez me han sorprendido por su falsedad.

Dumas hijo, entre otros, intentó en vano rasgar ese velo, que sólo ha sido apartado a medias, siendo como es impenetrable para los ojos profanos.

Tú no irás más lejos, se le respondió.

El fue detenido, en efecto, en su prodigioso impulso. ¿Por qué? Carecía de contraseña para penetrar en el santuario. Se extravió en un laberinto sin salida, del que ha escapado agotado y vencido; no pudo iniciarse en esa ciencia que pretendía dominar, pero que ningún hombre podrá poseer.

¿Debe lamentarse que esto sea así? ¡No! ¡No!

Yo afirmo, por mi parte, y estoy moralmente convencido, que se trata no sólo de algo imposible sino de una barrera necesaria e indispensable, de un límite que haría peligrar al hombre que lo franqueara. Lo impiden sus

propias facultades, y de ello depende, además, su felicidad.

Por una excepción de la que no me vanaglorio, me ha sido dado, con el título de hombre, el conocimiento íntimo y profundo de todas las aptitudes, de todos los secretos del carácter de la mujer. Yo leo su corazón como en un libro abierto. Podría contar todas sus pulsaciones. Poseo, en una palabra, el secreto de su fuerza y la medida de su debilidad. Por eso, yo sería un marido detestable; además, presiento que todos mis gozos quedarían envenenados por el matrimonio, y abusaría, quizás cruelmente, de mi inmensa ventaja, la cual acabaría volviéndose contra mí.

Después de muchas gestiones decidieron en la oficina de empleo darme una carta de presentación para una dama que buscaba criado.

La señora condesa de J... vivía en un pequeño *hôtel* del faubourg Saint-Honoré.

La encontré sola, escribiendo en un pequeño salón. Cogió mi carta y se sentó junto al fuego, haciéndome varias preguntas que yo ya esperaba. Yo no había servido y ése era siempre el obstáculo insuperable.

Podría haberle dicho: yo he sido doncella. Pero cómo responder con semejante barbaridad...

Sin embargo, pasamos por alto este punto capital.

"Aquí, me dijo la dama con un poco de buena voluntad, podría aprender a servir en poco tiempo; pero me parece usted débil, delicado y poco indicado para un trabajo de este tipo. No puedo, por tanto, cogerle para mi casa".

Me despidió.

Desgraciadamente decía la verdad.

Yo soy débil y de apariencia enfermiza. El mejor lugar para acogerme sería el hospital. Y ésta será, sin duda, mi última etapa.

De vez en cuando tenía tiempo para visitar a una elegante mujer, cuyo marido regenta un famoso café del Palais-Royal.

Mis relaciones con ella eran muy amistosas. Conocía un poco a mi familia y los acontecimientos de mi vida habían despertado extraordinariamente su curiosidad femenina. Así, con la habilidad propia de su sexo, encontraba a menudo el medio para llevar la conversación a este terreno, esperando siempre alguna confidencia misteriosa, de las que yo, ni con ella prodigaba.

Las impresiones de mi vida no son las más adecuadas para propagar a los cuatro vientos. Hay situaciones que muy pocas personas saben apreciar y no hay duda de que algunas de las groseras personas de nuestra época encontrarían materia suficiente como para aventurar una estúpida interpretación de los hechos y de las cosas, que siempre sería peligrosa para mí, como he tenido oportunidad de comprobar.

Puedo poner un ejemplo: Era en los ferrocarriiles de... Un subjefe de la oficina charlaba conmigo sobre la originalidad de mi pasado. Creía, lisa y llanamente, que *seducida* un día por algún joven, me había rendido a su deseo, descubriéndose entonces mi sexo verdadero. Se comprende, pues, hasta qué extremo es capaz la gente de juzgarme y las serias consecuencias que puede acarrearme, para mí y mi tranquilidad.

Admitida provisionalmente en una administración de negocios, donde pasé algunos meses tranquilos, libres de cualquier tormenta, resultaba previsible mi admisión definitiva. No fue así. Sobrevinieron diversos cambios en la Sociedad que provocaron la reducción de su personal. Me dieron las gracias, haciéndome ver, es verdad, la posibilidad de ser reintegrado más tarde en mi puesto, pero sin haber una seguridad total sobre este punto.

O sea que me encontraba otra vez buscando trabajo.

Tenía recursos para pasar un mes más. En estas condiciones podía considerarme rico. Me hacía falta muy poco. Lo que yo como en un día apenas bastaría para el almuerzo de un hombre de mi edad, provisto de un buen estómago.

Debo admitir que no tenía inquietudes.

Consideraba cada día como si fuera el último de mi vida. Y todo esto, naturalmente, sin el menor espanto.

Para comprender semejante indiferencia a los veintinueve años, habría que haberse visto condenado, como yo, al más amargo de los suplicios: el aislamiento perpetuo. La idea de la muerte, por lo común tan repulsiva, se presentaba dulce e inefable a mi alma dolorida.

La visión de una tumba me reconciliaba con la vida. Experimento no se qué ternura hacia aquél cuyos huesos yacen bajo mis pies. Ese hombre, que fue un extraño para mí, se convierte en mi hermano. Converso con su alma, liberada de las ataduras terrenales; cautivo, deseo con todas mis fuerzas que llegue el momento de poder reunirme con ella.

La emoción me embarga hasta el punto de sentir mi corazón henchido de alegría y de esperanza. Lloraría, pero con dulces lágrimas.

Lo que describo lo he experimentado muchas veces, pues mi paseo favorito en París es ir al Père Lachaise, el cementerio de Montmartre. El culto a los muertos ha nacido conmigo.

La precariedad de mi situación amenazaba con durar demasiado tiempo. Mis fondos se agotaban, incitándome a tristes reflexiones.

Incluso con la perspectiva de una nueva oferta, la situación no podía continuar. Había llegado a plantearme cómo iba a poder comer al día siguiente.

Vosotros que me leéis podéis comprender todo lo que de horrible tiene esta frase.

Semejante situación, al prolongarse, puede provocar en el desgraciado que la sufre las acciones más extremas. Desde ese día llegué a comprender el suicidio, a justificarlo.

Sin comentarios.

¡Cuántas veces, sentado tristemente en un banco de las Tullerías, me dejaba deslizar poco a poco por esa pendiente, terriblemente rápida y sin regreso! ¡Qué aterrorizado, abatido y moralmente deshecho!

¡Cuánto anhelaba en esa hora el reposo de la tumba, ese postrer refugio de la naturaleza humana! ¿Por qué, pues, Señor, haber prolongado hasta este día una existencia inútil para todos y tan demoledora para mí? Este es uno de los misterios que al hombre no le corresponde desentrañar.

Como una carga para otros y para mí mismo, privado de cariño, falto de esas perspectivas que iluminan a veces con un rayo puro y dulce la frente del que sufre... Pero no, nada, siempre el abandono, la soledad, el desprecio ultrajante.

Pocos días antes, habiendo llegado al límite, tuve que recurrir a mi pobre y buena madre.

¡Cómo se comprende lo penoso de esta petición para un hijo que conoce las penalidades que va a provocar este auxilio!

Así, no sólo me sentía impotente para hacer más felices los últimos días de aquélla a la que tanto debía; además, me veía obligado a pedirle un dinero que ya, de por sí, le resultaba insuficiente.

Puedo asegurar que este recurso extremo es el castigo más duro al que puedo ser condenado.

Voy a hablar ahora de una resolución fatal que me inspiró el profundo abatimiento de estos últimos días. Me encontré una mañana, delante de las Tullerías, a un hombre que yo creía que estaba en el lugar más perdido

de la Bretaña, donde le conocí unos años antes como agente de una importante compañía marítima.

Le dejé pasar sin hablarle, pues no me había reconocido. Más tarde, al reflexionar sobre este extraño encuentro, creí ver en él una garantía de felicidad para un futuro nuevo.

El buen recuerdo que había guardado de sus relaciones conmigo me garantizaba su buena voluntad para la hora presente.

Al día siguiente, fui a visitarle a la administración central de la compañía y no le oculté, en absoluto, lo difícil de mi situación. Debo confesar que se interesó por mí. Su acogida fue, incluso, más afectuosa de lo que me esperaba.

Yo le pedí simplemente que me consiguiera enrolar en un buque como camarero. Mi proposición le sorprendió mucho.

Hubiera preferido hacer algo más por mí.

Por otro lado, me advertía sobre la imposibilidad material de llevar a cabo mi proyecto.

Para empezar, la compañía sólo admitía como camareros a personas que tuvieran la costumbre de navegar. "Además, me decía, no puedo creer que usted, con el género de vida que ha llevado, esté en condiciones de realizar semejante trabajo. Si lo desea a pesar de todo, estoy dispuesto a ayudarle. Tal vez me sea posible facilitar las cosas si le recomiendo a uno de mis amigos, comisario en el *Europe*".

Acepté sin dudarlo. "Y bien, me dijo, iré a ver al director. Pero sería conveniente que me diera para él alguna recomendación, de un diputado, por ejemplo".

Volví al día siguiente con una carta que obtuve fácilmente de un diputado de mi departamento, M. de V...

La situación impedía la marcha atrás. Lo sabía. Y me

había comprometido tan deprisa, precisamente para no poder darla.

Todas estas gestiones las hice sin consultar a nadie, ni a mi madre, ni a mis amigos y no quería visitarles hasta el momento de mi marcha. Me lo hubieran impedido de haber sabido las condiciones en que me iba. Jamás lo supieron.

El *Europe* acababa de atracar en el Havre, por lo que la respuesta tenía que llegar rápidamente.

En aquel momento recibí el aviso de presentarme ese mismo día en la compañía de..., para ocupar mi puesto. Esta carta, que hubiera debido alegrarme, me dejó consternado. Me sentía extrañamente turbado. ¿Qué hacer? Era muy simple y no tenía dos caminos para elegir. Podía consultar a mi excelente protector, confesarle sinceramente lo que había hecho y seguir su consejo. No lo hice.

En mí, desgraciadamente, el primer impulso nunca es el adecuado. La precipitación no me conduce a nada bueno. Estas circunstancias suponen una nueva prueba. Opté por guardar silencio y dejar pasar los acontecimientos.

Como mi marcha a los Estados Unidos no iba a tener lugar antes de un mes, nada me impedía hacerme provisionalmente con el puesto que me habían ofrecido. Es lo que hice.

Las razones que decidieron mi llamada me hacían suponer que iba a ser para mucho tiempo. Pronto me lo dieron a entender. Yo rechazaba esta perspectiva, y, sin embargo, me involucraba todavía más en el imprudente proyecto que esperaba realizar.

Transcurrió un mes de esta manera.

A medida que la solución se acercaba, iba experimentando secretas angustias. Estaba en la actualidad contento. ¿Por qué lanzarme a un futuro que era como un poco incierto? Unicamente porque me sentía obligado. Bonita razón cuando se trata de intereses serios.

A este temor se añadía el inconveniente de tener que abandonar a personas que, hasta entonces, habían sido tan buenas para mí. Esta idea era angustiante, dolorosa. Me bastaba una palabra para poner fin a estas agitaciones crueles, renunciando de forma resuelta a lo que yo creía, tontamente, que era mi deber no rechazar. Respondía esta maldita obstinación a un asunto de amor propio, seguramente mal entendido. No quería echar por tierra mi primera determinación, tomada enérgicamente, es verdad, pero también en un momento de abatimiento. La suerte estaba echada. Lo asumía.

El comisario del *Europe* respondió a su amigo que me tomaba a su cargo, pero como simple camarero ya que los reglamentos plasmados en el rol se oponían a que trabajara, aunque fuera ocasionalmente.

Su carta era fría, significativa y me sumía de nuevo en la indecisión: el mismo M.M... no me presionaba para que aceptase. Le entristecía, me decía, verme partir en esas condiciones, haciéndome concebir esperanzas de poder mejorar mi posición y expresándome que me ayudaría en lo que pudiera.

Me endurecí completamente ante lo que yo consideraba una debilidad y con el corazón encogido como por un presentimiento, pronuncié, temblando, mi última palabra de aceptación. Era un jueves y se decidió mi marcha para el lunes siguiente.

Escribí inmediatamente a mi madre para comunicárselo, guardándome mucho de hacerle saber las funciones que iba a desempeñar en adelante. Pero ella no se consoló.

La idea de mi viaje le resultaba ya demasiado penosa para que yo, encima, agravara su tristeza con una revelación semejante.

Se comprende que tuviera la misma reserva con mis protectores.

Era demasiado tarde para que me pudieran aconsej^r

o reprocharme. Se me dejó hacer, creyendo que yo había aceptado pensando en obtener un provecho. Yo dejaba que se lo creyeran, lo que, hasta cierto punto, podía justificar mi conducta.

¿Qué extraña ceguera me hizo jugar hasta el final este papel absurdo? No podría explicarlo. Tal vez, esa sed de lo desconocido, tan natural en el hombre.

En el mes de febrero de 1868 fue encontrado en una habitación del barrio del Odéon el cadáver de Abel Barbin, que se había suicidado con un hornillo de carbón. Había dejado el manuscrito del texto que precede.

Michel Foucault

DOSSIER

Me he contentado con reunir algunos de los principales documentos que conciernen a Adélaide Herculine Barbin. El tema de los extraños destinos, semejantes al suyo, y que tantos problemas han planteado a la medicina y al derecho sobre todo desde el siglo XVI, será tratado en un volumen de la ***Historia de la sexualidad*** *consagrado a los hermafroditas (1). No se encontrará aquí, como había sido el caso de Pierre Riviere, una documentación exhaustiva.*

---

(1). Este volumen en proyecto sobre los hermafroditas tenía sentido dentro del esquema inicial de la *Historia de la sexualidad*, sistematizado a partir de los cuatro dispositivos estratégicos de saber y poder que Foucault denunció en el primer volumen, *La voluntad de saber:* histerización del cuerpo de la mujer, pedagogización del sexo del niño, socialización de las conductas procreadoras y psiquiatrización del placer perverso. Sin embargo, los siguientes volúmenes, *L'usage des plaisirs, Le souci de soi* y *Les aveux de la chair* (este último, a punto de aparecer) responden a un criterio cronológico que no sigue el plan inicial. Dada la muerte de Foucault, desconocemos si el tema de los hermafroditas iba a seguir siendo objeto de un volumen específico. (N. del E.)

1.— Falta, en primer lugar y sobre todo, una parte de los recuerdos de Alexina. Parece que Tardieu recibió el manuscrito completo de manos del doctor Régnier, médico que certificó la muerte y practicó la autopsia. El lo guardó, publicando sólo la parte que consideraba importante. Despreció los recuerdos de los últimos años de Alexina —todo lo que, según él, no eran más que quejas, recriminaciones e incoherencias—. A pesar de las indagaciones, no ha sido posible recobrar el manuscrito que A. Tardieu tuvo entre sus manos. Este texto reproduce por tanto el que publicó Tardieu en la segunda parte de su obra ***La Question de l'identité*** *(2).*

2.— En los archivos del departamento de la Charente-Maritime, existen algunos documentos (varios de ellos provenientes de la Inspection d'Académie) donde se menciona el nombre de Adélaide Barbin. Me ha parecido suficiente publicar los más significativos.

3.— La literatura médica de finales del siglo XIX y comienzos del XX se refiere bastante a menudo a Alexina. He dejado aparte lo que no eran más que simples citas tomadas del texto publicado por Tardieu. Sólo he reproducido los informes originales.

4.— Sabemos lo abundante que fue en los últimos años del siglo la literatura "médico-libertina". Las observaciones clínicas servían en ocasiones de inspiración. La historia de Alexina se descubre fácilmente en toda una parte de la extraña novela que llava por título ***L'Hermaphrodite*** *y que fue publicada con la firma de Dubarry en 1899.*

Michel Foucault

---

(2). *Question médico-légale de l'identité dans ses rapports avec les vices de conformation des organs sexuels* (Paris, 1874). La primera parte del volumen había aparecido en los *Annales d'hygiène publique* en 1872.

NOMBRES, FECHAS Y LUGARES

Adélaide Herculine Barbin nació el 8 de noviembre de 1838 en Saint-Jean-d'Angély. Le llamaban normalmente Alexina. El nombre de Camille parece ser una convención inventada por Tardieu, cuando publicó los recuerdos de Alexina, o de forma más probable por ella misma, lo que hace suponer que pensaba en posibles lectores.

Algunas otras siglas pueden ser más o menos fácilmente descifradas.

1838-1853

Infancia en L..., es decir, Saint-Jean-d'Angély (bien por inadvertencia o por un error en la lectura del manuscrito, Saint-Jean-d'Angély se designa con la letra S en algunas páginas).

De 1845 a 1853 reside primero en el hospital y luego en el convento de las Ursulinas de Chavagnes.

1853-1856

Estancia en B..., que es La Rochelle.

1856-1858

Estancia en la escuela normal de Oléron, que era atendida por la orden de las hijas de la Sagesse. Estaba situada en D..., que es le Château. La directora, a la que Alexina llama hermana Marie-des-Anges, tenía el nombre de hermana Marie-Augustine.

El destino de la excursión a T... era Saint-Trojan.

1858-1860

Institutriz en L... La identificación de la cabecera del cantón "en el límite del departamento" ha sido imposible.

1860

Regreso a La Rochelle.

El obispo que recibe la visita de Alexina era Mons. J. F. Landriot. Consagrado obispo de La Rochelle el 20 de julio de 1856, pasó a ser a continuación arzobispo de Reims.

El prefecto era J. B. Boffinton, destinado allí el 24 de diciembre de 1856.

El médico de La Rochelle que emitió el primer informe era el doctor Chesnet. Su informe, publicado en 1860 en los *Annales d'Hygiene publique*, se reproduce en las páginas siguientes.

El presidente del tribunal de Saint-Jean-d'Angély, que decidió, el 22 de julio de 1860, el cambio de estado civil, se llamaba M. de Bonnegens.

En su *Question médico-legale de l'identité dans les rapports avec les vices de conformation des organs sexuels,* A. Tardieu presenta así los recuerdos de Alexina B.:

El hecho extraordinario que me queda por referir proporciona efectivamente el ejemplo más cruel y doloroso de las consecuencias fatales que puede acarrear un error cometido desde el nacimiento en la constitución del estado civil. Se verá a la víctima de tal error, después de veinte años vistiendo la ropa de un sexo que no era el suyo, enfrentada a una pasión ignorada por ella misma, finalmente advertida por la explosión de sus sentidos, más tarde entregada a su sexo verdadero al tiempo que al sentimiento real de su enfermedad, hasta aborrecer la vida, poniéndola fin con un suicidio.

Este pobre desgraciado, educado en un convento y en internados de señoritas hasta la edad de veintidós años, aprobado en los exámenes y provisto del diploma de institutriz, vio, tras las circunstancias más dramáticas y conmovedoras, su estado civil

corregido por una decisión del tribunal de La Rochelle (1), y no pudo soportar la existencia miserable que su nuevo sexo incompleto le imponía. Ciertamente, en este caso, las apariencias del sexo femenino habían llegado muy lejos, pero, no obstante, la ciencia y la justicia se vieron obligadas a reconocer el error devolviendo a este joven a su sexo verdadero.

Las luchas y agitaciones de que fue víctima este ser infortunado han sido descritas por él mismo en páginas que ninguna ficción novelesca sobrepasan en interés. Es difícil leer una historia más desconsolada, relatada con el acento más verdadero, e incluso si su discurso no contuviera en sí mismo una verdad sobrecogedora, tenemos, en documentos auténticos y oficiales que adjuntaré, la prueba de que guarda la más perfecta exactitud.

No dudo en publicarla casi entera, no queriendo dejar pasar la doble y preciosa enseñanza que encierra, de una parte, desde el punto de vista de la influencia que ejerce sobre las facultades afectivas y las disposiciones morales la malformación de los órganos sexuales, y, de otra, desde el punto de vista de la gravedad de las consecuencias individuales y sociales que puede tener una constatación errónea del sexo del niño que acaba de nacer.

---

(1). Es un error. La decisión de rectificar el acta de estado civil fue tomada, de hecho, por el tribunal civil de Saint-Jeand'Angély. (Michel Foucault).

CHESNET

Questión de identidad; vicio de conformación de los órganos genitales externos; hipospadias, error sobre el sexo (*).

"El que suscribe, doctor en medicina, vecino de la Rochelle, departamento de la Charente-Inférieure, expone a quien corresponda lo siguiente:

"Un niño, nacido de los esposos B..., en Saint-Jean-d'Angely, el 8 de noviembre de 1838, fue declarado en su estado civil como hembra, y aunque inscrita con los nombres de Adélaide-Herculine, sus padres tomaron por costumbre llamarle Alexina, nombre que continúa llevando hasta este momento. Enviada a escuelas de señoritas y más tarde a la Escuela normal del departamento de la Charente-Inférieure, Alexina obtuvo hace dos

(*). *Annales d'hygiène publique et de médecine légale* 1860, t. XIV, p. 206 ss.

años un diploma de institutriz y ejerce las funciones en un internado.

Habiéndose quejado de vivos dolores que sentía en la ingle izquierda, se decidió someterla a la visita de un médico, quien no pudo reprimir, a la vista de los órganos genitales, la expresión de su sorpresa. Comunicó sus observaciones a la dueña del pensionado, que intentó tranquilizar a Alexina diciéndole que lo que ella sentía se debía a su organismo, y que no había razón para inquietarse.

Alexina, pese a todo, preocupada por una suerte de misterio del que adivinaba ser objeto, y por algunas palabras que se le escaparon al médico durante la visita, comenzó a mostrar hacia sí misma una atención que nunca había tenido. Relacionada diariamente con chicas jóvenes de 15 a 16 años, sentía emociones de las que apenas se había guardado. Más de una vez, por la noche, sus sueños eran acompañados de sensaciones indefinibles, se sentía mojada y encontraba por la mañana manchas grisáceas y como almidonadas en la ropa blanca. Tan sorprendida como alarmada, Alexina confió el nuevo estado de su espíritu a un eclesiástico, quien, sin duda no menos sorprendido, le instó para que aprovechase un viaje que debía hacer a R..., donde vivía su madre, para consultar a Monseñor. Ella se presentó en efecto al obispo, y de resultas de esta visita, fui encargado de examinar con cuidado a Alexina y dar mi opinión sobre su verdadero sexo. De este examen resultan los hechos siguientes:

Alexina, que está en su vigésimo segundo año, es morena, su altura es de 1 metro 59 centímetros. Los rasgos de la cara no están bien caracterizados y permanecen indecisos entre los del hombre y los de la mujer. La voz es habitualmente la de una mujer, pero a veces en la conversación o en la tos se mezclan sonidos graves y masculinos. Un ligero vello recubre el labio superior; algunos pelos de barba se notan en las mejillas, sobre todo a la izquierda. El pecho es el de un hombre, plano y sin apariencia de senos. Las reglas no han aparecido nunca, con gran desesperación de su madre y de un médico que consultó, el cual se vio impotente para hacer aparecer ese flujo periódico. Los miembros superiores no tienen ninguna de las formas redondeadas que caracterizan a las mujeres bien hechas; son muy morenos y ligeramente peludos. La pelvis, las caderas, son las de un hombre.

La región supra-pubiana se halla provista de un pelo negro cada vez más abundante. Si se separan los muslos, se percibe una hendidura longitudinal, que se extiende desde el monte de venus hasta las cercanías del ano. En la parte superior, se encuentra un cuerpo peniforme, de una longitud de 4 a 5 centímetros desde su punto de inserción hasta su extremidad libre, que está formada por un glande recubierto de un prepucio ligeramente aplanado en la parte inferior e imperforado. Este pequeño miembro, tan alejado por sus dimensiones del clítoris como de la verga en su estado normal, puede, según dice Alexina, inflarse, endurecerse y alargarse. Sin embargo, la erección propiamente dicha debe ser muy limitada, encontrándose esta verga imperfecta retenida inferiormente por una especie de frenillo que no deja libre más que el glande.

Los aparentes labios mayores que se distribuyen a cada lado de la hendidura están muy salientes, sobre todo el derecho, y recubiertos de pelos; en realidad, no son más que las dos mitades de un escroto que ha quedado partido. En efecto, se percibe manifiestamente al palparlos un cuerpo ovoide suspendido del cordón de los vasos espermáticos; el cuerpo, un poco menos desarrollado que en el hombre adulto, parece que no puede ser otra cosa que el testículo. En la derecha, ha descendido completamente; en la izquierda, ha quedado más alto, pero es movible y desciende más o menos cuando se le presiona. Estos dos cuerpos globulosos son muy sensibles a la presión cuando ésta es un poco fuerte. Según toda la apariencia, se trata del paso tardío del testículo a través del anillo inguinal lo que ha causado los vivos dolores de los que se quejaba Alexina, haciendo necesaria la visita de un médico, quien, al conocer que Alexina nunca había reglado, exclamó: "lo creo, no lo hará nunca".

Un centímetro pòr debajo de la verga se encuentra la abertura de una uretra completamente femenina. Introduje una sonda y dejé caer una pequeña cantidad de orina. Al retirarla, pedí a Alexina que orinase en mi presencia, lo que hizo con un chorro vigoroso, dirigido horizontalmente a la salida del canal. Es muy probable que el esperma deba ser lanzado igualmente a distancia.

Más abajo de la uretra y aproximadamente a dos centímetros del ano, se encuentra el orificio de un canal muy estrecho, donde hubiera podido introducir el extremo de mi dedo meñique,

si Alexina no se hubiera quitado, pareciendo experimentar dolor. Introduje mi sonda para mujer y reconocí que ese canal tenía más o menos 5 centímetros de longitud y terminaba en un fondo de saco. Mi dedo índice introducido por el ano sintió la punta de la sonda a través de las paredes que se pueden llamar recto-vaginales.

Este canal es, por lo tanto, una especie de inicio de vagina, en cuyo fondo no se encuentra vestigio alguno de cuello uterino. Mi dedo, llevado muy alto dentro del recto, no pudo encontrar la matriz a través de las paredes intestinales. Las nalgas y los muslos están cubiertos en su parte posterior de abundantes pelos negros, como en el hombre más velludo. ¿Qué concluiremos de estos hechos precedentes? ¿Es Alexina una mujer? Ella tiene una vulva, labios mayores, una uretra femenina, independiente de una especie de pene imperforado, el cual ¿no será un clítoris monstruosamente desarrollado? Existe una vagina, muy corta en verdad, muy estrecha, pero al fin y al cabo ¿qué es sino una vagina? Estos son atributos completamente femeninos: sí, pero Alexina no ha reglado jamás, todo el exterior de su cuerpo es el de un hombre, mis exploraciones no han podido encontrar la matriz. Sus gustos, sus inclinaciones, le atraen hacia las mujeres. Por la noche, sensaciones voluptuosas son seguidas de un derramamiento espermático, su ropa interior aparece manchada y almidonada. Para acabar, en fin, se encuentran al tacto unos cuerpos ovoides, un cordón de vasos espermáticos en un escroto dividido... He aquí los verdaderos testimonios del sexo; podemos concluir y decir: Alexina es un hombre, hermafrodita sin duda, pero con predominancia evidente del sexo masculino. Su historia es, en lo esencial, la reproducción casi completa de un hecho contado por M. Marc en el *Dictionnaire des sciences médicales* en la voz *Hemaphrodite*, y citado igualmente por Orphée en el primer volumen de su *Médecine légale*. Marguerite-Marie, de quien hablan estos autores, ha solicitado y obtenido del tribunal de Dreux la rectificación de su sexo en el registro civil".

E. GOUJON

Estudio de un caso de hermafroditismo imperfecto en el hombre (*).

Indicaciones preliminares

En el transcurso del mes de febrero de 1868, un joven, empleado en una oficina del ferrocarril, se daba voluntariamente la muerte por asfixia carbónica en una habitación más que modesta, situada en la quinta planta de una casa de la calle de l'Ecole-de-Médecine. M. Régnier, médico forense, y el comisario de policía del barrio, advertidos del hecho, acudieron al domicilio del desgraciado y encontraron una carta dejada por él encima de una mesa, en la que decía que se daba muerte para escapar a su-

(*). *Journal de l'anatomie et de la physiologie de l'home*, 1869, 609-639.

frimientos que le obsesionaban constantemente. Estos señores, visto el aspecto externo del cadáver y las informaciones proporcionadas por la portera de la casa, que veía todos los días al joven, no sospechando de nada que pudiera explicar los aludidos sufrimientos, tuvieron la idea de examinar los órganos genitales, suponiendo que podía estar afectado de una sífilis, la cual, como se sabe, sumerge a menudo a los individuos que la padecen en un profundo marasmo y un gran abatimiento moral que, de modo frecuente, conduce al suicidio a determinados sujetos, ya de por sí melancólicos.

M. Régnier, en este examen, vio rápidamente una anomalía muy considerable en los órganos genitales externos y reconoció un caso de hermafroditismo masculino de los más notables. En efecto, como se verá a continuación, resulta difícil encontrar una mezcla de los dos sexos llevada tan lejos en lo que se refiere a los órganos genitales externos. Fui advertido del hecho por el doctor Duplomb, quien, al igual que yo, lamentaba que su observación fuera a perderse para la ciencia, y ambos rogamos a M. Régnier que utilizara toda su influencia sobre el comisario de policía para que se me permitiera hacer la autopsia y extraer las diferentes partes de las que se componía la anomalía. La autorización me fue concedida a condición de que me fuera adjuntado un médico que tuviese una posición oficial; avisamos entonces a M. Houel, Catedrático de la Facultad, a quien debo dar las gracias así como al doctor Régnier, por la forma desinteresada en la que dejó en mis manos el estudio de este caso señalado.

La observación de la que informo es seguramente una de las más completas que posee la ciencia dentro de este género, dado que el individuo que es objeto de ella pudo ser seguido, por así decir, desde su nacimiento hasta su muerte, además de que tanto el examen de su cadáver como la autopsia pudieron realizarse con todas las precauciones deseables. Esta observación es sobre todo completa por el hecho excepcional de que el sujeto en cuestión tuvo el cuidado de dejarnos unas extensas memorias, a través de las cuales nos introduce en todos los detalles de su vida y en todas las impresiones que se produjeron en él en los diferentes períodos de su desarrollo físico e intelectual. Estas memorias tienen tanto más valor porque emanan de un individuo dotado de una cierta instrucción (poseía un diploma de institutriz y había obtenido el primer puesto en el examen de la Escue-

la normal para la obtención de tal diploma) y que se esforzaba en darse cuenta de las distintas impresiones que experimentaba (1).

La situación de este individuo no es única. En efecto, se encuentran en Geoffroy Saint-Hilaire observaciones que guardan un gran parecido con la que aquí yo refiero (2). El hermafrodita que nos ocupa fue inscrito en el registro civil como perteneciente al sexo femenino; fue educado con muchachas, en medio de las cuales transcurrió su infancia y adolescencia. Las modificaciones físicas que se produjeron más tarde le obligaron a pedir la rectificación del estado civil, que definitivamente le restituyó a su sexo, que era el masculino, a pesar de que un examen superficial de los órganos genitales externos hiciera más propicio su alineamiento con las mujeres.

La autopsia que se pudo llevar a cabo ha permitido rectificar el primer juicio emitido sobre su sexo durante la mayor parte de su vida, confirmando la exactitud del diagnóstico que en última instancia le colocó en su verdadero lugar dentro de la sociedad.

Según el enunciado que precede, se ve que este caso suscita diversas cuestiones fisiológicas y médico-legales. La conformación de los órganos genitales externos de este individuo le permitía, aunque manifiestamente fuera un hombre, jugar en el coito indistintamente el papel de un hombre o de una mujer; siendo estéril en uno y otro caso. Podía desempeñar el papel de hombre en este acto gracias a un pene imperforado susceptible de erección, y que alcanzaba entonces el volumen de la verga de algunos individuos regularmente conformados.

Como se verá más adelante por su descripción, este órgano era más bien un clítoris voluminoso que un pene; y, en efecto, en ocasiones se puede observar en la mujer que el clítoris alcanza el volumen del dedo índice. La erección podía estar acompañada de eyaculación y de sensaciones voluptuosas, tal y como hace saber en sus memorias. Esta eyaculación no se realizaba por el pene, que estaba imperforado como ya he dicho antes. Una vagina que terminaba en fondo de saco y en la cual se po-

---

(1). El profesor Tardieu, habiéndose hecho poseedor de estas memorias, con su gentileza habitual, ha tenido a bien hacérmelas conocer.

(2). Véase I. Geoffroy Saint-Hilaire, *Histoire des anomalies de l'organisation*, Paris, 1836, t. II, pp. 30 y siguientes, y atlas, pl. IV.

día introducir sin resistencia el dedo índice, le permitía igualmente jugar el papel de mujer en el acto del coito. A esta vagina, situada como es ordinario en la mujer, se le anexionaban glándulas vulvo-vaginales que se abrían a cada lado de la vulva y junto a la abertura de otros dos pequeños conductos que servían para la emisión o eyaculación del esperma.

Ya había hecho la descripción anatómica del sujeto que nos ocupa cuando me enteré por el profesor Tardieu que este desgraciado había sido objeto de un informe médico-legal por parte de un distinguido médico de la Rochelle, en el momento en que el tribunal hubo de pronunciarse sobre la modificación de su estado civil y la devolución a su sexo verdadero. A este informe tan exacto y tan bien hecho me remito por completo, y sólo tendré que añadir, en lo que se refiere a los órganos genitales externos, algunas modificaciones sobrevenidas en el tiempo que separa a los dos exámenes. He aquí este informe (*).

Cuando procedo a examinar el cadáver, el informe que se acaba de leer ha cumplido ocho años, y el individuo de quien se trata está ya en la treintena. He aquí el estado que presenta entonces este desdichado, que se encuentra en un miserable reducto, de los que todavía existen desgraciadamente en París, y que habrán de desaparecer poco a poco ante los progresos incesantes de la higiene. Un grabado pésimo, una pequeña mesa y una silla constituyen todo el mobiliario de este lugar, donde cuatro personas caben con dificultad. Un pequeño hornillo de tierra, en el que restan las cenizas, se encuentra en un rincón junto a un trapo que guarda carbón de leña. Sobre la cama, el cadáver está acostado sobre su espalda, vestido en parte; su cara está cianótica, y un hililllo de sangre negra y espumosa brota por su boca. Su talla es la que se indica en el informe de M. Chesnet; los cabellos son negros, bastante abundantes y finos; la barba es igualmente negra, pero no muy abundante en las partes laterales del rostro, siendo más bien espesa en el mentón y en el labio superior. El cuello es delgado y bastante largo y la laringe un poco saliente. La voz, según informaciones recogidas en personas que lo veían, no estaba fuertemente timbrada. El pecho tiene las dimensiones corrientes y la conformación de un hombre de su ta-

(*). Goujon cita aquí el informe que acabamos de reproducir de Chesnet (Michel Foucault).

maño, y no se ven pelos, excepto alrededor de los pezones, que son negros y un poco salientes; en cuanto a los senos, tiene los propios de un hombre de su corpulencia.

Los miembros superiores e inferiores están recubiertos de pelos negros muy finos y los relieves musculares están más acusados que en una mujer. Las rodillas no se inclinan la una hacia la otra; el pie y la mano son pequeños; la pelvis no está más desarrollada de lo que es normal en un hombre.

Estado de los órganos genitales externos

Encima del pene, que es prominente, hay repartidos pelos negros abundantes, largos y rizados, que cubren igualmente el periné y las partes que simulan los labios mayores, y bordean completamente el ano; disposición que falta generalmente en la mujer. En el lugar que ocupa normalmente, se aprecia un pene, regularmente insertado, de 5 centímetros de longitud y de 2 centímetros y medio de diámetro en estado de flacidez. Este órgano se termina en un glande imperforado,aplanado lateralmente y completamente descubierto del prepucio que forma una corona en su raíz. Este pene, que no sobrepasa en volumen al clítoris de algunas mujeres, está ligeramente curvado por debajo, retenido en esta posición por la parte inferior del prepucio que se confunde y se pierde en los repliegues de la piel que forman los labios mayores y menores.

Un poco más abajo del pene y en la situación habitual en la mujer, se encuentra una uretra análoga a la de esta última. Es fácil introducir allí una sonda y llegar hasta la vejiga, que vaciamos de este modo. Más abajo de la uretra, se distingue el orificio de la vagina, y en el momento de realizar este examen, se produce un ligero derramamiento de sangre por la vulva; el doctor Régnier, que también lo constata, cree que está ocasionado por la introducción repetida del dedo en ese momento.

Esta es, en efecto, la única explicación pertinente de este fenómeno; el sujeto en cuestión, como se ha visto antes, no tuvo nunca derrames periódicos de sangre por la vulva y el examen de los órganos internos lo explica perfectamente. Se introduce con facilidad el dedo índice a todo lo largo de la vagina, pero no se

aprecia nada con la punta del dedo que recuerde la conformación de un cuello uterino; se tiene, al contrario, la sensación de un fondo de saco.

La longitud de esta vagina es de 6 centímetros y medio; en sus laterales y en toda su longitud, se aprecian al tacto dos cordones, pequeños y duros, situados por debajo de la mucosa, y que son, como veremos más adelante, los conductos eyaculadores que vienen a abrirse al orificio vulvar, cada uno por un lado. La mucosa vaginal es lisa y muy inyectada, y se encuentra recubierta en toda su extensión de un epitelio pavimentoso que es el que tapiza la vagina de la mujer. Se constata la existencia de pequeños folículos en el espesor de esta mucosa. Cerca del orificio vulvar se encuentran algunos repliegues circulares de la mucosa, pero que por su disposición no recuerdan la existencia del himen. En el espacio comprendido entre los repliegues del prepucio que retienen el glande, dirigiéndolo hacia abajo, y el orificio vulvar, se encuentra un gran número de pequeños orificios, canales excretores de glándulas situadas por encima, y comprimiendo ligeramente la piel de esta región se hace salir de estos pequeños agujeros una materia gelatinosa, incolora, que no es otra cosa que mucus concreto.

El ano está situado a 3 centímetros y medio de la vulva y no presenta nada anormal. A cada lado del órgano eréctil (pene o clítoris), y formando un verdadero canal en donde se encuentra este último, existen dos repliegues voluminosos de la piel que son los dos lóbulos de un escroto que ha quedado dividido. El lóbulo derecho, mucho más voluminoso que el izquierdo, contiene sin duda un testículo de un volumen normal, y del que es fácil percibir a través de la piel el cordón que llega hasta el anillo. El testículo izquierdo no había descendido por completo, estando gran parte de él retenido todavía en el anillo.

Examen de los órganos internos

Al abrir el cadáver, se aprecia que únicamente el epidídimo del testículo izquierdo había franqueado el anillo; es más pequeño que el derecho; los canales deferentes se aproximan por detrás y por debajo de la vejiga. Mantienen relaciones normales con las vesículas seminales, de donde salen los dos canales eya-

culadores que emergen y se deslizan bajo la mucosa vaginal de cada lado hasta el orificio vulvar. Las vesículas seminales, la derecha más voluminosa que la izquierda, están relajadas por la presencia de esperma de consistencia y color normales. El examen microscópico de este líquido revela espermatozoides, tanto al tomar el líquido en las vesículas como en los testículos. Sin embargo, vemos, en el testículo que había franqueado el anillo y la vesícula correspondiente, unos cuerpos redondeados y voluminosos que recuerdan a las células madres de los espermatozoides u óvulos macho de M. Robin. Es fácil desenrollar los tubos testiculares de uno y otro testículo, y el microscopio no revela nada anormal en el derecho; pero, en el izquierdo, que estaba en parte en el abdomen, los tubos están grasientos y el parénquima del testículo tiene un tinte amarillento que no se da en el otro.

Se colocó una pequeña cánula en cada una de las vesículas seminales e inyecté leche para asegurarme de la dirección de los conductos eyaculadores; la leche acaba por salir a chorros y por cada lado al orificio de la vulva, tal y como he dicho anteriormente. La vejiga, situada correctamente, es voluminosa; distendida mediante una inyección de agua, asciende por encima del pubis. Nada hace pensar por su forma en la presencia de un útero y de ovarios. Solamente se encuentra, bastante por encima del fondo de saco que forma la vagina, un plano fibroso espeso, sobre el que están pegadas las vesículas seminales, que asciende muy alto por detrás de la vejiga y retiene fijada a la vagina por cada lado, recordando hasta cierto punto la forma de los ligamentos anchos; pero ni la más atenta disección permite establecer alguna similitud con un útero o con los ovarios. Fue de todo punto imposible descubrir algún orificio al fondo de la vagina; terminaba completamente en un fondo de saco.

El peritoneo mantenía sus normales relaciones con la vejiga y pasaba muy por encima de la cavidad vaginal, estando lejos de tocar el fondo.

Se constata fácilmente al diseccionar la presencia de dos glándulas vulvo-vaginales cuyo volumen y localización son normales, y su pequeño conducto excretor que se abre un poco por debajo de los canales eyaculadores del esperma; al comprimir esas glándulas, sale gran cantidad de un líquido viscoso.

Sobre la uretra y en las cercanías del cuello de la vejiga se en-

contraba igualmente una pequeña glándula, que era seguramente una próstata poco desarrollada.

Discusión de los hechos precedentes

Aunque parezca extraordinario que un error sobre el sexo de un individuo pueda prolongarse durante tanto tiempo, la ciencia no deja de poseer por ello un número bastante grande de ejemplos, de los cuales algunos guardan una gran analogía con el que nos ocupa. Resulta cierto afirmar que la mayoría de los casos no fueron objeto de examen detenido por parte de los médicos, y que en la mayoría de las ocasiones era una circunstancia fortuita la que venía a otorgar la demostración fisiológica del sexo verdadero. Nos acordamos del caso "citado a propósito de una memoria de Geoffroy Saint-Hilaire, de un monje hermafrodita, considerado como hombre, y que, a pesar de sus votos de castidad, reveló cuando dio a luz, que su sexo no era el mismo que el de sus compañeros de claustro" (L. Le Fort, *Vices de conformation des organes génitaux).*

Schweikhard refiere igualmente la historia de un individuo inscrito en el registro como mujer y considerado como tal hasta el momento en que pidió casarse con una muchacha a la que había dejado embarazada. En este individuo, el glande se encontraba imperforado y la uretra se abría por debajo de él; la orina seguía al salir la dirección horizontal de la verga. El autor no dice en este caso si había constatado el lugar de emisión del esperma.

Louis Casper, en un trabajo analizado por Martini, cuenta que "debido a las quejas de una mujer embarazada, que acusaba a una comadrona de haberla violado, habiendo ejercido el coito con ella, la comadrona fue examinada y se constató que el clítoris, aunque más desarrollado de lo habitual, no tenía las dimensiones suficientes para ejercitar el coito; que la vagina era tan estrecha que no podía introducirse más que la extremidad del dedo meñique, y que en uno de los lados existía un pequeño tumor que hacía suponer la existencia de un testículo".

Resultaría fácil multiplicar los ejemplos de este género y sería también provechoso para la ciencia que todos los documentos que posee sobre este tema se reunieran en un trabajo conjunto, que se convertiría en una guía preciosa para los médicos que son

llamados a dar su opinión y a pronunciar un juicio sobre aquellos afectados por este tipo de anomalía. Se deduciría fácilmente de este trabajo, según las observaciones que poseemos, que si bien es difícil algunas veces o incluso imposible reconocer el sexo verdadero de un individuo en el momento del nacimiento, no lo es tanto a una edad más avanzada y, sobre todo, en las cercanías de la pubertad. En efecto, en ese momento se descubren en las personas que han sido víctimas de un error, inclinaciones y hábitos que corresponden a su sexo verdadero, y cuya observación ayudará considerablemente a señalar su puesto en la sociedad, si el estado de los órganos genitales y de sus diferentes funciones no hubiera sido suficiente para llegar a tal fin.

De este conjunto de observaciones, se destacaría claramente el hecho, si es que era necesario demostrarlo todavía, de que el hermafroditismo no existe en el hombre y en los animales superiores.

La cirugía resulta a menudo todopoderosa para remediar ciertos vicios de conformación designados con el nombre de hermafroditismo, y varios éxitos muy notables se encuentran recogidos en la tesis de M. León Le Fort: entre otros, el de Louise D..., tomado de la práctica de M. Huguier, y a la que este cirujano hizo una vagina artificial con un completo éxito. Nos acordamos de la observación de Marie-Madeleine Lefort, sobre la cual Béclard fue encargado de hacer un informe en 1815, y que murió en 1864 en el Hôtel Dieu. A pesar del informe tan exacto de Béclard, que concluía que era una mujer, ella fue considerada durante cuarenta años, por la mayoría de los médicos y cirujanos de los hospitales, y que pudieron observarla en los diferentes servicios a los que se presentaba, como perteneciente al sexo masculino. La autopsia, realizada por M. Dacorogna, interno del servicio donde murió Marie-Madeleine Lefort, demostró que Béclard tenía razón, y que ella poseía todos los atributos propios del sexo que él le había asignado, no difiriendo de las otras mujeres más que por un clítoris más voluminoso de lo que debía ser y una imperforación de la vagina, que se encontraba cerrada por una membrana poco espesa, y que la simple incisión de esta membrana hubiera bastado para devolver al sujeto su sexo definitivamente. Béclard había además propuesto esta operación cuando realizó el examen.

Durante mucho tiempo, se invocaron multitud de causas di-

versas para explicar esta clase de anomalía. La anatomía comparada, sobre todo, ha sido invocada a menudo; pero desde los bellos trabajos de M. Coste y otros embriogenistas modernos se acude especialmente a la anatomía del desarrollo o embriogenia para encontrar las luces necesarias que permitan resolver estas cuestiones. En efecto, el estudio de la embriogenia nos muestra que las diversas pausas sufridas por los embriones son el origen de las diferentes deformaciones o monstruosidades que frecuentemente se ofrecen a nuestra observación y que constituyen en gran manera la anatomía patológica y toda la ciencia de las monstruosidades o teratología. Voy por tanto a recurrir a la embriogenia para explicar el estado de los órganos genitales externos del sujeto al que refiero la observación. Según M. Coste, los órganos genitales externos no comienzan a aparecer hasta el cuadragésimo o cuadragésimoquinto día, mientras que los correspondientes órganos internos han comenzado ya su desarrollo desde varios días antes. Se aprecia entonces en este período fetal, en la base del muñon caudal, en la pequeña hendidura que se ahonda cada vez más y que comunicará un poco más tarde con la vejiga, la vagina y el recto, se ven, digo, en la cima de esta pequeña hendidura o surco, dos pequeños cuerpos redondeados que darán nacimiento a los cuerpos cavernosos de la verga, en el hombre, y el clítoris y los labios menores, en la mujer.

Estas dos pequeñas eminencias se unen en su borde superior y forman entre su borde inferior, que queda libre, un pequeño canal que persistirá en la mujer, pero que se transforma en un canal completo en el hombre, constituyendo la uretra. La ausencia de reunión en el hombre de los bordes libres de esta hendidura o canal establece el vicio de conformación que designamos con el nombre de hipospadias, y que se da en el caso que estudiamos.

Por debajo de estas pequeñas eminencias de las que acabo de hablar pronto se desarrollan otras dos que formarán el escroto del hombre o los labios mayores de la mujer. Por tanto, la no reunión de los dos lóbulos del escroto es lo que constituye aquello que ha designado con el nombre de labios mayores en el sujeto que estudiamos.

La analogía que puede establecerse entre las diferentes glándulas que se encuentran en la vagina de la mujer y en la uretra del hombre nos autoriza perfectamente a afirmar que las glándulas vulvo-vaginales de nuestro sujeto no eran otras que las glán-

dulas de Cowper o vulvo-uretrales; las que existían en la vagina y terminaban en un fondo de saco, eran las glándulas de la uretra del hombre; y este mismo callejón vaginal sin salida no era sino el canal de la uretra que hubiera debido existir en estado normal.

El profesor Courty, que se ha ocupado mucho de las analogías orgánicas existentes en los diferentes aparatos, justifica así de manera muy clara y verosímil aquéllas que él establece entre la porción membranosa de la uretra en el hombre y la vagina en la mujer. "La vagina, en efecto, se desarrolla en el blastemo intermediario del recto y la vejiga, inmediatamente por debajo de la aponeurosis perineal media, mediante la formación en la pared vésico-rectal de un canal que va al encuentro, por un lado, de la hendidura vulvar y, por otro, del cuello uterino. Igualmente, se forma en el mismo punto y de la misma manera la porción membranosa de la uretra del hombre por delante de la cresta uretral (adosamiento de dos espermiductos), y por detrás de la hendidura o canal peneano, que no tarda en convertirse en canal por una soldadura inferior que se extiende hasta el bulbo incluido.

Por esta analogía, confirmada en todas partes por toda clase de pruebas que no voy a reproducir aquí, se desprende una consecuencia que no deja de ser paradójica, a saber, en primer lugar, que en el hombre no se da, hablando con propiedad, el canal de la uretra, mientras que sí que existe verdaderamente uno en la mujer. En el hombre, el canal por el que la orina se vierte desde la vejiga hacia fuera no es más que el análogo del canal vagino-vulvar de la mujer desarrollado de otra forma y acomodado a otros usos. En el hombre, las vías urinarias propiamente dichas terminan en el cuello de la vejiga. El canal que las continúa pertenece por su origen y finalidad al aparato genital. Es, a decir verdad y por encima de todo, propulsor del semen. *Se presta* solamente a la excreción de la orina, líquido que lo recorre de un extremo a otro pasando sucesivamente por sus porciones prostáticas (cuello uterino), membranosas (vagina), bulbo-esponjosas (vestíbulo); nueva prueba de las diferencias de estructura o de finalidad que la naturaleza sabe imprimir en órganos fundamentalmente idénticos" (3).

La situación de los canales eyaculadores en el sujeto que exa-

---

(3). A. Courty, *Maladie de l'utérus et de ses annexes*, Paris, 1867, p. 37.

mino da la razón a la teoría de M. Courty; se aprecia, en efecto, que en el desarrollo normal de esta uretra transformada en vagina, el orificio externo de estos pequeños canales correspondería a la situación del verumontanum.

Entre las cuestiones médico-legales que puede plantear una observación semejante a la de Alexina, se encuentra aquella que pide al experto que se pronuncie sobre la aptitud para el matrimonio y la reproducción. Responder a tal pregunta le pone seguramente en un aprieto, pero yo no creo que, después de un examen serio de los órganos genitales, se encuentre autorizado para responder negativamente en uno y otro caso.

Siendo la procreación el fin natural del matrimonio, Alexina era portador de los órganos característicos de su sexo, y por tanto sus funciones se ejercían. La disposición de los canales eyaculadores se oponía a que el semen fuera llevado directamente al fondo de la vagina; pero sabemos hoy en día que la fecundación puede producirse incluso si el fluido seminal impregna solamente la entrada de la vagina. La ciencia posee numerosas observaciones de sujetos afectados de hipospadias, en los que el orificio uretral externo estaba más o menos cercano al escroto, que han llegado a ser padres de varios niños, y, en este caso, la autenticidad de la paternidad venía demostrada por la transmisión hereditaria a los niños de los mismos vicios de conformación que habían padecido. El fluido seminal contenido en la vesícula correspondiente al testículo descendido del sujeto examinado no contenía espermatozoides; con más razón, el esperma en la vesícula del testículo que había quedado retenido en el anillo estaba igualmente desprovisto de ellos (4), lo que parece ser la regla en los testículos que no llevan a cabo su migración completa. Pero este estado de cosas no podía ser más que temporal respecto al testículo completamente descendido de Alexina, y muy bien hubiera podido constatarse en otro momento la presencia de espermatozoides en su líquido seminal. Sabemos que en hombres aparentemente saludables se da en algunos casos

---

(4). Follin de igual manera ha referido la observación de individuos que no tenían más que un testículo en el escroto y en los cuales no se encontraba ningún espermatozoide, ni de un lado ni del otro (ver también las investigaciones de Godard, *Sur la monorchidie et la cryptochidie,* 1860, y *Comptes rendus et mémoires de la Société de biologie*, 1859, con planchas).

ausencia de espermatozoides durante un tiempo determinado, en virtud de cualquier influencia, pudiendo reaparecer a continuación. Este bien podría ser el caso del sujeto que hemos estudiado. Contrariamente a los casos de Follin, las numerosas e interesantes observaciones sobre monorquirdia realizadas por E. Godard demuestran de una forma constante la presencia de espermatozoides en el fluido seminal de individuos que no tenían más que un testículo en el escroto.

L'Echo rochelais, 18 de julio de 1860.

Como en nuestra ciudad no se habla de otra cosa sino de una extraña metamorfosis, extraordinaria para la fisiología médica, vamos a decir algunas palabras, tomadas de informaciones de buena fuente.

Una joven de veintiún años, institutriz tan señalada por sus elevados sentimientos como por su sólida instrucción, había vivido, piadosa y modesta, hasta hoy en la ignorancia de sí misma, es decir, en la creencia de *ser* aquello que aparentaba en la opinión de todos, a pesar de que existían, para los expertos, peculiaridades orgánicas que hubieran debido hacer nacer el asombro, después la duda, y, por la duda, la luz; pero la educación cristiana de la joven era el inocente velo que le ocultaba la verdad.

Por fin, recientemente, una circunstancia fortuita vino a sembrar la duda en su espíritu; se hizo llamar a la ciencia, y un error de sexo fue advertido... La joven era, sencillamente, un muchacho.

Indépendant de la Charente Inférieure, 21 de julio de 1860.

Desde hace unos días, sólo se habla en La Rochelle de una singular metamorfosis que se acaba de producir en una institutriz de veintiún años. Esta joven, reputada por su talento tanto como por su modestia, hizo de repente, la semana pasada, su aparición vestida de hombre en la iglesia de Saint-Jean, acompañada de su madre y de una de las damas más estimadas en la ciudad. Algunas personas llegadas para asistir a la misa, sorprendidas por tal disfraz en semejante lugar y compañía, y pudiendo menos aún explicárselo dada la reconocida piedad de sus acompañantes, no pudieron permanecer en sus sitios y salieron de la iglesia para propagar la noticia. Rápidamente, todo el barrio se conmocionó; se formaron corros; cada uno, buscando en vano la clave del enigma, se libró a las conjeturas más dispares; las historias más espeluznantes circularon por toda la ciudad, aunque la "flor y nata" de los chismorreos floreció en el barrio de Saint-Jean, que era, como se sabe, el terreno más abonado. Ante la imposibilidad de orientarnos entre los rumores tan diversos que llegaban a nuestro oídos, nos habíamos abstenido de relatar los hechos a nuestros lectores hasta conocerlos de buena fuente. He aquí lo que resulta de nuestras informaciones:

Se trata de uno de esos casos de apariencia engañosa del sexo, pero cuyas particularidades anatómicas pueden por sí solas dar la explicación. Los libros de medicina recogen más de un ejemplo. El error persiste más aún cuando una educación piadosa y modesta os mantiene en la más honrosa ignorancia. Un día, una circunstancia fortuita hace nacer la duda en vuestro espíritu; se llama a la ciencia médica, se reconoce el error y una resolución dictada por un tribunal rectifica vuestra acta de nacimiento en el registro civil.

He aquí toda la historia, y nosotros no diremos nada más de nuestra joven institutriz sino de nuestro joven compatriota: historia bien simple y que no puede sino otorgarle la estimación, el interés de todos los que le conocen.

Departamento de la Charente-Inférieure
Ciudad de la Rochelle

Nos, Alcalde de la ciudad de La Rochelle, Caballero de la Legión de Honor, en virtud del testimonio que nos ha sido dado por los Señores Loyzet, Bouffard y Basset, miembros los tres del Consejo Municipal,

Certificamos que la Señorita Barbin Adélaide Herculine, nacida en Saint-Jean-d'Angély, departamento de la Charente Inférieure, el 7 de noviembre de 1838, es de buena vida y costumbres y digna por su moralidad de dedicarse a la enseñanza.

Hemos expedido, conforme al artículo 4 de la ley de 28 de junio de 1833 sobre instrucción primaria, el presente certificado a los efectos legales oportunos.

La Rochelle, el 9 de julio de 1856.
El Alcalde

El abajo firmante, párroco de Saint Jean de la Rochelle, certifica que la Señorita Alexina Barbin, mi feligresa, ha llevado siempre la conducta más edificante en todos los aspectos.

Guilbaud, sacerdote.
La Rochelle, 7 de julio de 1856

Señor Inspector:

Nos hizo usted suponer que tendríamos el honor de verle en el transcurso del mes pasado. Me había propuesto presentarle a la Señorita Alexina Barbin para que fuera admitida entre las alumnas becadas, ya que su aplicación, su inteligencia, su buena voluntad me hacen esperar y me dan por así decirlo la certeza de que podrá ser capaz dentro de un año de obtener el diploma de institutriz. Le ruego, Señor Inspector, se interesa por la triste posición de su madre y solicite para esta joven del Señor Prefecto la plaza que ha quedado vacante por la marcha de la Señorita Rivaud, la cual está en nuestra casa en calidad de ayudante de enseñanza.

Nuestras alumnas trabajan con ardor, especialmente en la ortografía. Empleo todos los medios que usted tuvo la amabilidad de indicarme, y les hago aprender de memoria las palabras del diccionario. Sea usted tan bueno, Señor Inspector, como para venir pronto a darnos sus buenos consejos, y será para nosotras un verdadero placer el seguirlos al pie de la letra, a fin de procurar mayores éxitos a nuestras queridas alumnas.

Dígnese aceptar el profundo respeto de ésta que tiene el honor de ser, Señor Inspector, su muy humilde

Hermana Marie Augustine,
f.d.l.s.
20 de noviembre de 1856

Señora Superiora:

Día tras día me prometo poder tener el placer de ir a conversar con usted, pero cada día me veo obligado a aplazar este momento debido al trabajo que absorbe todo mi tiempo.

Me complace saber que sus alumnas aprovechan sus excelentes lecciones y no dudo de que en los próximos exámenes compensen el fracaso que tanta pena nos causó.

Conozco la posición digna de interés de la Señorita Barbin y me satisface saber que ha hecho progresos; no dudo de que el Señor Prefecto consentirá el otorgarle una beca lo más pronto posible.

Reciba usted...

Señor Inspector:

He sabido por mi buena maestra la benévola disposición en la que se encuentra al querer ocuparse de mi admisión lo más temprana posible entre las alumnas becadas. Querría por tanto, Señor Inspector, rogarle que haga llegar mi solicitud al Señor Prefecto para el uno de Enero, contando con mi más vivo agradecimiento. Mi maestra no ha corregido esta carta a fin de que Usted pueda juzgar por sí mismo acerca de mis conocimientos.

Reciba, Señor Inspector, la seguridad de mi más profundo respeto y honda gratitud.

Su muy humilde servidora

Alexina Barbin

Le Chateau, el 18 de Diciembre de 1856

Señor Inspector:

La Señorita Couillard nos ha escrito diciendo que volvía a Saintes, como ayudante en el mismo pensionado donde estaba antes de los exámenes. No tenemos desde las vacaciones más que once alumnas becadas, cuyos nombres son: Señorita Clarisse Bonnin, Offélia Masseau, Céline Peslier, Rosa Bouchaud, Elisa Pellerin, Elisa Jaquaud, Françoise Menant, Clémentine Murat, Adèle Besson, Marie-Thérèse Turaud y Amélie Lemarié. Espero, Señor Inspector, que tenga a bien completar el número admitiendo a la Señorita Barbin, cuya capacidad ha podido ya usted valorar...

Lamentamos, Señor Inspector, que sus numerosas ocupaciones nos priven por tanto tiempo del honor de verle.

Tengo el honor de ser, con el más profundo respeto, Señor Inspector, su muy humilde servidora,

Hermana Marie Augustine
f.d.l.s.

Núm. 145 - *Nacimiento de Adélaïde Herculine Barbin*

El año de mil ochocientos treinta y ocho, el ocho del mes de Noviembre sobre las tres horas de la tarde, ante nosotros, Joseph Marie Chopy, alcalde y encargado del registro civil del municipio de Saint Jean d'Angély, departamento de la Charente Inférieur, ha comparecido Jean Barbin, de veintidós años de edad, vecino de Saint Jean d'Angély, de profesión almadreñero, el cual nos ha presentado un niño del sexo femenino, nacido la noche anterior a medianoche en el domicilio de su padre y de su madre, calle de Jélu, del matrimonio legítimo de él, declarante, y de Adélaïde Destouches, de veintidós años de edad, sin profesión, vecina de esta ciudad, al cual él ha dado los nombres de Adélaïde Herculine, las mencionadas declaraciones y presentaciones hechas en presencia de Jacques Destouches, abuelo materno del niño, de cincuenta años de edad, vecino de Saint Jean d'Angély, de profesión almadreñero, y de Jean Baptiste Lebrun, de veinticinco años de edad, vecino de Saint Jean d'Angély, de profesión carpintero, y los declarantes y testigos han firmado con nosotros la presente acta, después de habérsela hecho leer, excepto al primero que decía no saber.

En el margen aparece la siguiente mención:

Por decisión del tribunal civil de Saint Jean d'Angély de fecha 21 de junio de 1860, ha sido ordenado que la presente sea rectificada en los términos siguientes:

1) que el niño que allí figura será designado como siendo del sexo masculino.

2) y que el nombre de Abel sustituirá a los de Adélaïde Herculine.

Saint Jean d'Angély, el 22 de junio de 1860

Una historia política de la verdad

Antonio Serrano

En la reflexión metodológica que precede a sus dos últimas obras, aparecidas poco antes de su muerte (1), Michel Foucault apunta que la única curiosidad que merece la pena ser practicada con cierta obstinación no es aquélla que intenta arrimarse a lo que más "conviene" conocer sino, por el contrario, la que nos permite "desprendernos" de nosotros mismos. Y, en el mismo ejercicio de ascesis intelectual, viene a señalar que, después de todo, toda su obra no ha sido quizá más que el esfuerzo por determinar algunos elementos que podrían servir para llevar a cabo una *historia de la verdad* (2). Sin querer dar a estas palabras una solemnidad fúnebre –especialmente desaconsejable cuando provienen de un filósofo que ha querido tener la provocativa alegría del *genio maligno*, justo en la proporción inversa a la seriedad de los discursos y la sordidez de las instituciones que ha pre-

(1). *L'usage des plaisirs* y *Le souci de soi*, París, Gallimard, 1984 (tomos II y III, respectivamente, de *L'Histoire de la sexualité)*.

(2). *L'usage des plaisirs*, cit. pp. 12-14.

tendido desmontar (3)–, nos pueden ayudar a delimitar el objetivo y el método de una obra filosófica que se ha ejercido como "combate por la historia", precisamente porque este *trabajo de la verdad* se proponía rescatar el "saber histórico de la lucha" (4).

1.– "Quisiera saber –se interrogaba Foucault– si acaso uno está incapacitado para descubrir el sistema de regularidad, de limitación, que hace posible la ciencia, en algún otro lugar, incluso fuera de la mente humana: en las formas sociales, en las relaciones de producción, en las luchas de clases y así sucesivamente" (5). La formulación de este propósito implicaba, lisa y llanamente, la hipótesis de que la verdad científica y absoluta no existe, y de que tan solo puede hablarse de unos determinados discursos del saber que se forman históricamente, produciendo *efectos de verdad*. Paralelamente, suponía también la necesidad de prescindir del sujeto como una instancia ideal y previa al conocimiento, porque, precisamente, el filósofo se tenía que encargar de *historizarlo*, de dar cuenta de su aparición en razón de unas concretas estrategias históricas: ¿en virtud de qué prácticas el hombre se percibe y se piensa como loco, como enfermo, como criminal o como sujeto que habla y que desea? O, de otra manera, ¿sería posible realizar una historia del pensamiento que no diera cuenta de la verdad de los saberes sino, precisamente, de cómo se han constituído? Más allá de una historia de las ideas, ¿cabría em-

---

(3). *"Non, non... je ne suis pas là où vous me guettez mais ici d'où je vous regarde en riant" (L'archéologie du savoir*, París, Gallimard, 1969, p. 26).

(4). *Microfísica del poder*, Madrid, La piqueta, 1980, pp. 125-127.

(5). *La naturaleza humana: justicia contra poder* (debate entre Michel Foucault y Noam Chomsky), en *La filosofía y los problemas actuales*, Madrid, Fundamentos, 1981, p. 174.

prender una historia *social* de las categorías de pensamiento, una historia de los *juegos* de la verdad? (6).

Para plantear estas preguntas, Foucault había utilizado previamente el material inflamable contenido en la teoría del conocimiento de Nietzsche –"no hay conocimiento que no descanse en la justicia", "las palabras fueron siempre inventadas por las clases superiores", y entonces el acto de conocer no consiste en una pacífica asimilación sino en una acción violenta, y toda interpretación viene a imponerse sobre otra anterior, sin encontrar jamás un sentido originario (7)– para así negar la autonomía del saber filosófico. Los discursos no serían libremente emitidos por un sujeto soberano, que pugnaría idealmente por conducirlos de la ignorancia colectiva a la verdad trabajosamente descubierta; no existiría tampoco ningún "corazón" secreto y oculto del discurso, que pudiera reducir la explicación de su aparición a la taumaturgia enigmática del acto creador; no habría, en fin, ni esencia "ni condiciones universales para el conocimiento, sino que éste es cada vez el resultado histórico y puntual de condiciones que no son del orden del conocimiento" (8). Entonces sí cabe plantear esas preguntas iniciales, y, para responderlas, el filósofo tiene que adoptar las mismas precauciones, evitando cuidadosamente la colocación en su análisis de una instancia ideal –un suje-

(6). Ver *L'usage des plaisirs*, cit. pp. 12-14.

(7). Ver *Nietzsche, Freud, Marx*, Barcelona, Anagrama, 1981 y *Nietzsche, la genealogía, la historia*, en *Microfísica del poder*, cit. pp. 7-31. Sobre este pluralismo del sentido en Nietzsche, y en la línea de Foucault, ver Gilles Deleuze, *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona, Anagrama, 1971, pp. 21 y ss. y, del mismo autor, *Spinoza, Kant, Nietzsche*, Barcelona, Labor, 1974.

(8). *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 1980, p. 30. Ver también, *La arqueología del saber*, Madrid, Siglo XXI, 1970, pp. 233-235. Sobre esta negación del acto creador, ver *Raymond Roussell*, México, Siglo XXI, 1973, pp. 50 y ss.

to de conocimiento, la mentalidad colectiva, el triunfo del progreso— que neutralice ese "desenmascaramiento" de la verdad.

Se tiene, así, que emprender un análisis histórico que apunte hacia el mismo *inconsciente* de las ciencias, situándose siempre, peligrosamente, en el *límite*, allí donde se define históricamente lo pensable y se prescribe, por tanto, aquello que se debe y se puede pensar. Ubicada en esa brecha histórica que ha demarcado históricamente razón y locura, normalidad y enfermedad, lenguaje y sinrazón, toda la obra de Foucault no ha sido, a la postre, más que el intento esforzado por recorrer la *transgresión*, allí donde puede verse a la verdad como objeto de dominios y estrategias y, correlativamente, como dispositivo de poder. Esta óptica exigía ir más allá de una simple "historia de las ideologías", porque, al fin y al cabo, la explicación ideológica estaría también viciada por la noción de sujeto, al vincular de una forma excesivamente ruda el campo del saber con la economía, mediante una suerte de inscripción por la fuerza de las determinaciones sociales en la superficie de los discursos (9). Las cosas serían algo más "complicadas" y, sin querer abdicar de las categorías fundamentales del materialismo histórico —Foucault ha llegado a afirmar que *"à la limite on pourrait se demander quelle différence il pourrait y avoir entre être historien et être marxiste"* (10)—, se trataría, por el contrario, de realizar una historia materialista químicamente pura, que pudiera tratar libremente, en esa zona fronteriza ya señalada, toda la red caliente y dispersa de prácticas e instituciones que han constituido a

(9). Ver *La arqueología del saber*, cit. pp. 122 y ss. y *Las palabras y las cosas*, Madrid, Siglo XXI, 1968, pp. 256 y ss.

(10). *Les jeux du pouvoir*, en Dominique Grisoni, *Politiques de la philosophie*, París, Grasset, 1981, p. 173.

las ciencias como dispositivos de saber y de poder (11). Introducir la complejidad, describir las desviaciones, pensar las diferencias, disolver aquello que nos identifica, denunciar, en fin, los designios del humanismo mostrando cómo Occidente ha tenido necesidad de constituir a un Otro –el loco, el alienado o el criminal–, para afirmar la verdad de lo Mismo, de ese Hombre que nace adiestrado por los discursos del saber, de "esa criatura muy reciente que la demiurgia del saber ha fabricado con sus manos hace menos de doscientos años" (12).

La tentativa de Foucault .tiene así, de entrada, el mérito de su misma lucidez, al haber ensayado un tipo de análisis que no exige de la historia la promesa de una utopía, que no anuncia el retorno de ningura aurora (13), pero que ha pretendido filosofar a martillazos, despojando a los sentidos de sus máscaras y haciendo inteligible esa zona de sombra, ese lugar del orden que nos define; "el mundo será colocado bajo el signo de la finitud, en este hueco sin condición en el que reina la Ley, la dura ley del límite" (14). Al margen de los resultados concretos y de las dificultades de un análisis que le obligaron a proveerse de una cierta retórica y a acudir a los domi-

---

(11). "Se puede decir muy bien, en líneas generales, que la economía política (...) desempeña un papel en la sociedad capitalista, que sirve a los intereses de la clase burguesa, que ha sido hecha por ella y para ella, que lleva, en fin, el estigma de sus orígenes hasta en su arquitectura lógica; pero toda descripción más precisa de las relaciones entre la estructura epistemológica de la economía y su ideología deberá pasar por el análisis de la formación discursiva que ha dado lugar" *(La arqueología del saber*, cit. p. 312). Además de este ejemplo, ver el excelente estudio de Filles Deleuze, *Un nouvel archiviste*, París, Fata Morgana, 1972.

(12). *Las palabras y las cosas*, cit. p. 300.

(13). Ver *La arqueología del saber*, cit. pp. 340-341 y Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire suivi de Foucault rêvolutionne l'histoire*, París, Seuil, 1978, pp. 230 y ss.

(14). *El nacimiento de la clínica*, México, Siglo XXI, 1978, p. 242.

nios del saber más "contaminados" políticamente –como la psicopatología, la medicina clínica o el psicoanálisis (15)– la obra de Foucault ofrece, pues, el encanto y el atrevimiento de su propia "perversidad". Como ha escrito alguien recientemente, *"Foucault perfois savait, sans qu'on sut comment il savait, pas même lui peu-être"* (16).

2.– Descendiendo desde los planteamientos al terreno concreto de los dominios del saber que fueron estudiados por Foucault –la problematización de la locura, de la enfermedad y del lenguaje, en función de determinadas prácticas históricas que describen un perfil de *normalización* de los individuos (17)–, los diversos estudios parciales que se contienen en *Historia de la locura* (1961), *El nacimiento de la clínica* (1963) *y Las palabras y las cosas* (1966) ofrecen hoy, todavía, materiales de primera mano para la búsqueda de mayores espacios de libertad. Sin pretender reducir su obra a la simplicidad descafeinada de un manual, resulta de interés resaltar el principal trabajo crítico llevado por Foucault en este terreno:

a) *La problematización de la locura.*– En la primera de sus grandes obras, *Historia de la locura*, se posaba ya la vista en los límites del marco general de la cultura occidental, en esa brecha abierta que de un modo distinto en cada período histórico va neutralizando y excluyendo a la locura. Sin pretender en ningún momento decir aquello que la locura *es*, Foucault se proponía recorrer históricamente el *cómo*: a través de qué caminos, mediante

(15). Así lo reconoce en su última entrevista *Le retour de la moral* en *Les nouvelles*, 28-6-1984.

(16). Philippe Boucher *Le penseur citoyen* en *Le Monde*, 27-6-1984.

(17). Ver *Respuesta al círculo de epistemología*, en *Análisis de Michel Foucault*, Buenos Aires, Tiempo contemporáneo, 1970, p. 238 y más recientemente –compárense las perspectivas–, *L'usage des plaisirs*, cit. pp. 17-18.

qué procedimientos se había definido y señalado a la sinrazón (18). Porque, desde las ciudades malditas de los leprosos medievales, la sociedad occidental habría necesitado realizar esta operación intelectual y práctica de exclusión, para mantener su identidad y, al mismo tiempo, establecer la diferencia: "desaparecida la lepra... los juegos de exclusión se repetirán, en forma extrañamente parecida, dos o tres siglos más tarde. Los pobres, los vagabundos, los muchachos de correccional y los cabezas alienadas tomarán nuevamente el papel abandonado por el leproso" (19). Toda la *Historia de la locura* daría cuenta de esta operación realizada con el personaje del loco, desde el humanismo renacentista hasta nuestros días: excomulgado de la sociedad, es constreñido al silencio de las casas de encierro (parte I); tachado de inmoral por el *cogito* cartesiano, emparejado su extravío con la animalidad, el internamiento le restituye a su condición de *nada* (parte II); liberado de sus cadenas por la filantropía burguesa, es maniatado por otro lado a su situación de "alienado" y enfermo mental, bajo la mirada vigilante de la percepción médica (parte III).

Muy sintéticamente, todo este recorrido servía para obtener una consecuencia fundamental: sólo es posible hablar de la locura desde el lado de los cuerdos. Al haber reducido a los locos al silencio, dejándoles atrapados en nuestro propio discurso; al exorcizar los poderes de la

(18). No se procede así en su primera obra, *Maladie mentale et psycologie* (París, P.U.F., 1954), en donde, en lugar de situarse en ese límite, se atreve a dar una definición –aunque fuera en clave ideológica– de aquello que *no* es la locura: "las relaciones sociales que determinan la economía actual bajo las formas de la competencia de la explotación, de guerras imperialistas y de luchas de clases ofrecen al hombre una experiencia de su medio acosada sin cesar por la contradicción" *(Enfermedad mental y personalidad,* Buenos Aires, Paidós, 1979, pp. 98 y ss.).

(19). *Historia de la locura en la época clásica*, T.I., Madrid, Fondo de cultura económica, 1967, p. 18.

sinrazón mediante su conversión en objeto de conocimiento para que "el sueño de la razón" ya no produzca más monstruos, había que deducir que el saber ya no consiste en un proceder cognoscitivo, pacífico, tranquilo y en sí verdadero. Como dijo Roland Barthes en su comentario a *Historia de la locura*, "cada vez que los hombres hablan del mundo entran en el corazón de la relación de exclusión, incluso cuando hablan para denunciarla: el meta-lenguaje es siempre terrorista" (20). Y por tanto, inversamente, el discurso de aquellos que han sido capaces de hablar desde la locura se convierte en verdaderamente *transgresor* : "en Sade, como en Goya, la sinrazón continúa velando en su noche; pero, en esta vigilia, se une con jóvenes poderes... El no-ser que era se convierte en poder de anonadar. A través de Goya y de Sade, el mundo occidental ha adquirido la posibilidad de ir más allá de la razón con la violencia" (21).

b) *La problematización de la enfermedad*.- Dos años después, en 1963, *El nacimiento de la clínica* completa esta crítica de la psicopatología y el psicoanálisis mediante un estudio histórico de las condiciones de aparición del saber médico, que definen el dominio de la experiencia clínica y la estructura de su racionalidad. En base al tratamiento de temas tan diversos como la política de asistencia pública del Estado liberal, las técnicas administrativas de control de la población, la creación de un estatuto jurídico del médico o la lectura política que de la enfermedad hizo la revolución francesa, Foucault vendría a politizar este terreno, al encontrar que: a) por un lado, la medicina asume en el Estado moderno la tarea de instaurar en la vida de los hombres la salud,

---

(20). Roland Barthes, *Por ambas partes*, en *Ensayos críticos*, Barcelona, Seix Barral, 1977, p. 209.

(21). *Historia de la locura*, cit. II, p. 299.

la virtud y la felicidad, situándose en esa "zona marginal, pero, para el hombre moderno soberana, en la cual una felicidad orgánica, lisa, sin pasión y musculosa, comunica en pleno derecho con el orden de una nación, el vigor de sus ejércitos, la fecundidad de sus pueblos y la marcha paciente de su trabajo" (22); b) por otro, la medicina, al tiempo que desarrolla una experiencia del hombre "enfermo", elabora también una ciencia del hombre "saludable", e incluso una definición del hombre "modelo", lo que conduce a la instauración de la división entre lo normal y lo patológico. Surge así el concepto de *normalidad*, que se trasplantará pronto al terreno de las ciencias humanas y que tendrá una importancia capital en la formulación de las técnicas disciplinarias (23). Finalmente, gracias a las nuevas experiencias de la anatomía patológica, se logrará un discurso científico sobre el individuo. Pero con una condición: la percepción de la *muerte* vendría a incardinarse en nuestros cuerpos. Si hasta el Renacimiento ésta no era más que ese gesto universal que acaba borrando las diferencias de fortuna, condición o linaje, ahora pasaría a formar parte de nuestra propia condición humana, a través de mil muertes parciales, y con su acercamiento lento pero inflexible (24). De la muerte trágica del leproso en la Edad Media –trágica, porque, a fin de cuentas, se debía a un castigo colectivo– se pasará a la muerte lírica e individual del tísico en el siglo XIX, y así Foucault indica que el hombre decimonónico se ha vuelto "pulmonar": a partir de entonces nace la experiencia de la individualidad, tan querida a la cultura burguesa, pero nace ya conjurada, desarmada, definida por el estatuto antropológico que le ha con-

---

(22). *El nacimiento de la clínica*, cit. p. 34.

(23). Ibidem, pp. 62-63.

(24). Ibidem, pp. 242 y ss. y 274-280.

ferido la medicina. "La medicina ofrece al hombre moderno el rostro obstinado y tranquilizador de su fin; en él la muerte es reafirmada, pero al mismo tiempo conjurada; y si ella anuncia, sin tregua, al hombre el límite que lleva en sí mismo, le habla también de ese mundo técnico que es la forma armada, positiva y plena de su fin" (25).

c) *La problematización del lenguaje*.– Esta última constatación se constituye en el punto de partida de *Las palabras y las cosas*, obra que levantó, en plena eclosión del estructuralismo, una polvareda que hoy ya no tiene mucho sentido evocar (26). En ella se estudian otros dominios del saber –los referentes al lenguaje, a la vida y al trabajo– pero esta vez sin relacionarlos directamente con las prácticas sociales y las luchas históricas, sino en conexión con un plano de la realidad más sutil, también discursivo: la *episteme*. Brevemente, se podría decir que para Foucault se trataría de ese zócalo o código ordenador de los discursos, anterior a las palabras y las teorías científicas, que acaba por convertirse en la *grille* o reja insalvable que en cada época establece el cómo y el contenido de lo que podemos hablar. Al determinar las condiciones de aparición del saber, constituiría, por utilizar la expresión de George Canguilhem, "un humus sobre el cual no pueden brotar sino ciertas formas de organización del discurso" (27). Sin avanzar más por este camino, en esta lectura "estratégica" –y por tanto interesada– que estamos haciendo de Foucault como *historiador de la verdad* conviene acudir directa-

(25). Ibidem, p. 278.

(26). Ver, a título ejemplar solamente, una crítica tradicional contenida en H. Lenfebvre, *Claude Lévi-Strauss y el nuevo eleatismo*, en *Estructuralismo y filosofía*, Buenos Aires, Nueva visión, 1969, pp. 258 y ss.

(27). Georges Canguilhem, *¿Muerte del hombre o agotamiento del Cogito?* en *Análisis de Michel Foucault*, cit. pp. 122-148.

mente a la explosiva conclusión del libro: la consideración del Hombre como una invención reciente.

En efecto, erigido en sujeto y objeto de conocimiento por las ciencias humanas del siglo XIX –dentro de la misma episteme que hace nacer a la filología, la biología y la economía política– surgiría así, por primera vez, una conciencia epistemológica del hombre en cuanto tal, pero dentro de un molde reducido y limitado. Anclado al ambiguo estatuto de ser al mismo tiempo sujeto del saber y aquello que se conoce, quedaría irremediablemente encerrado en ese círculo infernal de la Finitud, prisionero sin liberación posible de los contenidos empíricos del lenguaje, del trabajo y de la vida. Frente a la concepción humanista que nos ha hecho creer en un individuo soberano e intangible, éste no sería, en realidad, más que el producto artificial y limitado de una antropología interesada, y estaría paralelamente tutelado y gestionado por todo un conjunto de prescripciones "sabias" sobre su cuerpo y su conducta (28).

Ante esta constatación profundamente antihumanista, Foucault proponía al final de *Las palabras y las cosas* una solución trágica: la salvación por la sinrazón, la superación de tal esclavitud instaurándose en esa "región en que ronda la muerte, en la que el pensamiento se extingue, en la que la promesa del origen retrocede indefinidamente" (29). La única liberación posible vendría, pues, de la mano de una locura transgresora, que pudiera estar armada con la palabra, en un lenguaje libre que paradójicamente sería más luminoso cuanto más se hundiera en las sombras disipadas por la razón. Para pensar en colocarse al otro lado de la "reja", Foucault tenía entonces que apelar a los nombres "ilustres" de Sade, Goya,

(28). *Las palabras y las cosas*, cit. pp. 295-303.

(29). Ibidem, p. 372.

Nietzsche, Dölderlin o Artaud, que habían logrado desobedecer el silencio impuesto a la locura, que habrían tenido una experiencia trágica de la muerte, que habrían asesinado a Dios y también a su propio asesino, el hombre. La solución que proponía era, pues, trágica, es decir, imposible, sin alternativas (30).

3.– Sin embargo, en la base de esta apuesta momentánea por el vértigo, en este situarse al lado de los heréticos, lo que se encontraba antes que nada es la convicción de que el ejercicio de la transgresión exige desmontar la aparente neutralidad de los discursos. A lo largo de estas obras, Foucault había tenido el mérito de señalar que toda crítica social de la razón pasa por una crítica social del lenguaje –ese lugar donde de la forma más neta se *limita* el pensamiento humano (31)– y que, por tanto, saber y poder son dos verbos que se encuentran indisolublemente unidos: el poder está en el saber, pero también el conocimiento tiene efectos de poder. Si, desde Platon, la filosofía se ha esforzado por separar tajantemente el *saber* del *poder* –alojando el primero en la región incontaminada de la verdad y relegando al segundo al terreno embarrado de las luchas históricas–, Foucault ensayaba un método para demostrar la falacia de tal separación (32). Como señaló pocos años después en un texto hermoso y fundamental, *El orden del discurso*

---

(30). La única esperanza vendría entonces del lado de ese "lenguaje que sólo se dice a sí mismo, absolutamente simple en su ser redoblado, lenguaje del lenguaje, que encierra su propio sol en su flaqueza soberana y central" *Raymond Roussell*, cit. p. 188). Ver también la crítica de Eugenio Trias, *Nietzsche, Freud, Marx ¿Revolución o reforma?*, introducción a Michel Foucault, *Nietzsche, Freud, Marx*, cit. pp. 7-21.

(31). Ver Pierre Bourdieu, *Leçon inaugural*, París, Collège de France, 1982.

(32). "En la voluntad de verdad, en la voluntad de decir ese discurso verdadero, qué es por tanto lo que está en juego sino el deseo y el poder?" *El orden del ciscurso*, Barcelona, Tusquets, 1973, p. 20.

(1971), la sociedad occidental se caracterizaría por su espectacular logofilia –se confiesan los sentimientos, se teoriza sobre el hombre, se crea una ciencia de los cuerpos, de las conductas, del sexo– pero al mismo tiempo se somete todo el caudal de las cosas dichas a unos procedimientos de control, selección y circulación, que vendrían a actuar como una suerte de *policía del discurso* que intenta conjurar su "pesada y terrible materialidad" (33). Existiría un temor no confesado ante los peligros que encierra ese "murmullo incesante" –la palabra del loco o del prisionero–, y todo lo que en él puede haber de violento, de discontinuo, de batallador y peligroso (34). El discurso se convierte así en el *enjeu décisif du pouvoir*, no sólo porque traduce las luchas y las formas de dominación, sino, sobre todo, por tratarse de aquello a través de lo cual se lucha. Todo lo que se dice sobre el mundo estaría así investido de deseo y de poder.

Esta constatación explica la actividad política de Foucault en la primera mitad de la década de los setenta, unos tiempos de resaca, cuando el mensaje de Mayo del 68 *–la destruction des interdits!* (35)– empieza a tomar carta de naturaleza en la República de Pompidou a través de luchas parciales, ya fuera contra la violencia policial, por el transporte colectivo o la libertad de expresión. Foucault, que había reconocido haber oído la voz apagada de los locos al otro lado del muro (36), funda con unos pocos, entre los que se encontraba la viuda de Paul Eluard, el G.I.P., un grupo de información sobre las pri-

---

(33). Ibidem, pp. 11 y ss.

(34). Ibidem, p. 42.

(35). Sobre la influencia de Mayo del 68, ver *Microfísica del poder*, cit. pp. 176 y ss.

(36). Radioscopie (enreg. sonore) de Jacques Chancel avec Michel Foucault. Cassette parlé. Enreg. realisé le 10-3-1975. Centre National Georges Pompidou.

siones que no pretendía ponerse a hablar en nombre o en lugar de los prisioneros, aunque fuera para denunciar las condiciones carcelarias –porque esto hubiera sido caer otra vez en la trampa del meta-lenguaje, sino, precisamente, luchar por la posibilidad de que pudieran hablar por sí mismos (37). Además, la *douce* República pompidouriana había llegado a otorgar la palabra a determinados presos, que en algunos casos incluso podían ver publicado el relato de sus acciones, sus condenas y sus fugas, y se trataba de denunciar también esta permisividad aparente. En efecto, se permitía a veces que el delincuente contase su vida, pero nunca que expusiera sus ideas; tenía que presentar su carrera delictiva como el resultado de una serie de aventuras azarosas, de circunstancias extraordinarias, porque el dispositivo actual quiere hacer creer al ciudadano que su relación con la justicia está regulada por el azar (38); su discurso, además, debía presentar el relato de un hombre aislado, que no actúa solidariamente, sino en interesada compañía de algún cómplice. Por tanto, denunciaría Foucault, el delincuente sólo puede hablar en cuanto protagonista de un azaroso destino personal, pero nunca puede hacerlo en plural, porque la palabra "delincuencia" está reservada a los jueces, a los sociólogos, a los juristas, a los políticos. Para el infractor de la ley –como para el individuo en general, ese *posible* delincuente– su verdad vendría dada desde la altura de un discurso científico.

Detenido y golpeado en comisaría, la militancia de Foucault, además de darnos un ejemplo de congruencia

(37). Ver M. Kravetz, *Qu'est-ce que c'est le G.I.P. en Magazine Littéraire*, 101 (1975).

(38). *"Il est essentiel pour nous de croir que la machine pénale ne fonctionne que de loin en loin, déclanchée chaque fois par un incroyable concours de circonstances"* (Prólogo a Serge Livrozet, *De la prison à la revolte*, París, Mercure de France, 1973, pp. 7-14.

personal, esta actitud combatiente le sirvió para madurar una reflexión sobre el poder que interesa señalar:

a) En primer lugar, Foucault constata que el poder no es siempre esencialmente represivo, que no actúa de forma sistemática mediante el ademán que impone el silencio. El *affaire* Mirval especialmente (39), había mostrado cómo el Estado es capaz de crear un discurso oficial de verdad que escamoteaba la realidad de un crimen. Lo real había quedado disuelto dentro de lo documental, en ese *brouillage* tupido que las autoridades instalan con efectos de verdad. A partir de estos años. Foucault refinará su análisis, empezando a estudiar la fisiología general del poder siempre en la misma dirección: "hay que cesar de describir siempre los efectos de poder en términos negativos: 'excluye', 'reprime', 'rechaza', 'censura', 'abstrae', 'disimula', 'oculta'. De hecho, el poder produce; produce realidad; produce ámbitos de objetos y rituales de verdad" (40).

b) Paralelamente, la administración de justicia y las prisiones se revelaban como el lugar más apropiado para desentrañar, a partir de ellas, el funcionamiento de las relaciones de poder en las sociedades modernas. No sólo por su convicción de que el sistema penal y su red de instituciones no son generalmente aceptados, sino, sobre todo, porque la prisión se mostraba como una institución ostentosa, sospechosamente persistente a lo largo de la

---

(39). Patrick Mirval era un preso argelino que fue asesinado por unos funcionarios de prisiones en 1974. Oficialmente se dio a entender que se trataba de un suicidio, montándose todo un dispositivo documental (reconstrucción de los hechos, certificados médicos...). Ver B. Cuau, *L'affaire Mirval ou comment le récit abolit le crime*, París, Presses d'Aujourd'hui, 1976. Contiene un prólogo del propio Foucault en el que indica que el sistema penal no funciona en abstracto, sino a través de unos jueces "qui inscrivent *leur petite médiocrité bien personnelle dans le corps, dans le temps, dans la liberté, la vie et la mort des autres*" (p. IX).

(40). *La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 1976, p. 75.

historia a pesar de su evidente fracaso como lugar de rehabilitación, y en la que, además, el poder se manifiesta visible y en todo su esplendor: "la prisión es el único lugar en el que el poder se puede manifestar de forma desnuda, en sus dimensiones más excesivas, y justificarse como un poder moral...: su tiranía salvaje aparece entonces como dominación serena del Bien sobre el Mal, del orden sobre el desorden" (41).

4.– Foucault abandonó el G.I.P. antes del verano caliente de 1974, pero su actividad política continuó de otra manera, pues en 1975 aparece *Vigilar y castigar* (42). En esta obra se lleva a cabo, por primera vez, un estudio del poder que no atiende al esquema vertical que coloca al Estado o a una clase social hegemónica como represores del conjunto de los dominados, sino que lo analiza en términos de tecnología, de táctica, de estrategia: "en lugar de dirigir la investigación sobre el poder al edificio jurídico de la soberanía, a los aparatos de Estado y a las ideologías que conllevan, se la debe orientar hacia la dominación, hacia los operadores materiales, las formas de sometimiento, hacia los dispositivos de estrategia. Hay que estudiar el poder desde fuera del modelo Leviatán, desde fuera del campo delimitado por la soberanía jurídica y por las instituciones estatales" (43). Esta perspectiva inédita suponía, ante todo, que no había que responder tanto a la pregunta de *quién* detenta el poder sino de *cómo* funciona, en su aspecto de dispositivo o técnica de *contrainte*. Se conseguía así desnudarlo –y por tanto

(41). *Microfísica del poder*, cit. p. 81. Ver también *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 136.

(42). Ver *Microfísica del poder*, cit. pp. 54 y ss.

(43). Ibidem, p. 147.

denunciarlo— en su proyección fisiológica, funcional, microfísica.

Sin pretender sacar todo su jugo a una obra bien conocida, en *Vigilar y castigar* se descendía en el espesor histórico hasta descubrir ese plano capital de la realidad que forman los modos de vigilancia y adiestramiento y los procesos de individualización —plasmados en la figura del delincuente— de los elementos del cuerpo social. Se diseñaba así un perfil disciplinario que funcionaría a lo largo de todo un continuo carcelario formado por instituciones públicas y privadas: prisiones, escuelas, manicomios, talleres. De una forma más precisa, la disciplina se denuncia como el nuevo instrumento técnico que el reformismo liberal pretende aplicar para controlar el comportamiento y el cuerpo humano. Se trataría de una técnica refinada, exquisita dentro de su sencillez, maleable y empírica, donde se reunen de una forma efectiva el saber y el poder. Constituida por todos aquellos métodos que "permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad", tendría vocación de convertirse, a partir del siglo XVIII, en una estructura general de dominación, que sin duda habría ayudado a producir, con su tecnología meticulosa, aquello que el discurso de la razón ha presentado siempre como lo primigenio, lo más libre e intangible: el hombre mismo ("de estas fruslerías ha nacido, sin duda, el hombre del humanismo moderno") (44). Su funcionamiento, además, sería completamente distinto al de la ley penal:

---

(44). *Vigilar y castigar,* cit. p. 145. Ver también P. Bove, "The End of Humanism. Michel Foucault and the power of disciplines", *Humanities in Society* (1981). Ver, en general, Miguel Morey, *Lectura de Foucault*, Madrid Taurus, 1983.

a) Frente a la *abstracción* de la ley, las disciplinas se sitúan siempre en un nivel empírico y se vinculan necesariamente a un espacio determinado, sin el cual no pueden ejercerse: "Se trata de establecer las presencias y las ausencias, de saber dónde y cómo encontrar a los individuos... poder a cada instante vigilar la conducta de cada cual, apreciarla, sancionarla, medir las cualidades y los méritos. Procedimiento, pues, para conocer, para dominar y para utilizar. La disciplina organiza un espacio analítico" (45).

b) Frente a su *generalidad*, los mecanismos disciplinarios actúan mediante la clasificación y la distribución, porque su estrategia normalizadora pasa precisamente por la *individualización* de los distintos grupos sociales: "el niño está más individualizado que el adulto, el enfermo más que el sano, el loco y el delincuente más que el normal y el no-delincuente" (46). Se vincula, pues, a una economía de las conductas.

c) Frente a su *publicidad*, las disciplinas son silenciosas, anónimas, vigilantes y persistentes, y utilizan el poder incorpóreo de la *mirada*: "un arte oscuro de la luz y de lo visible ha preparado en sordina un saber nuevo sobre el hombre, a través de las técnicas para sojuzgarlo y los procedimientos para utilizarlo" (47).

d) Frente a su carácter *represivo*, las disciplinas se sitúan en un plano inferior, calificando todo un conjunto de conductas que escapan a la atención del legislador y de la administración de justicia. Sin embargo, su función principal no es la de constituirse en una penalidad de segundo orden, que vendría a completar a la justicia allí

---

(45). Ver *Vigilar y castigar*, cit. pp. 206 y ss. y *El ojo del poder*, en Jeremy Bentham, *El panóptico*, Madrid, La piqueta, 1980.

(46). *Vigilar y castigar*, cit. p. 182.

(47). Ibidem, p. 32.

donde ésta no puede llegar. La diferencia entre sanción penal y medida disciplinaria es cualitativa, porque ésta trabaja dentro del mismo proceso de adiestramiento y sujeción de los individuos. No reprime, *normaliza* "la penalidad perfecta que atraviesa todos los puntos y controla todos los instantes de las instituciones disciplinarias, compara, diferencia, jerarquiza, homogeneiza, excluye" (48).

La voluntad de los pensadores liberales por teorizar el régimen general de estas técnicas para englobarlas dentro de una estrategia, se plasmaría en el conocido proyecto de Panóptico, ese maravilloso espacio arquitectónico ideado por Bentham que, bajo el principio de la vigilancia absoluta, posibilitaría el ejercicio más sutil y eficaz del poder. Limpio –sin muros y sin cadenas, porque a la postre "el que está sometido a un campo de visibilidad, y lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder" (49)–, automático –su ejercicio no se incardina en ninguna persona determinada, porque cualquiera puede situarse en la torre del vigilante–, polivalente –se puede aplicar a cualquier tipo de institución y servir a cualquier estrategia (producción, terapéutica, educación, castigo)–, "democrático" –es un edificio transparente, susceptible de ser inspeccionado y visitado– y rentable –es al mismo tiempo un laboratorio de conductas y un lugar de observación y análisis–: este tipo de tecnología respondería al sueño de una nueva clase dominante que necesitaba, a la vez, defenderse de sus enemigos mediante una dominación intensa, eficaz y disimulada, y fabricar individuos perfectamente adiestrados por las mismas exigencias de la acumulación del capital. Foucault ha desvelado así, al menos, su deseo y su voluntad, sin cesar mani-

---

(48). Ibidem, p. 188.

(49). Ibidem, p. 206.

festada, de organizar semejantes dispositivos, lo que está muy lejos de significar que ya en el siglo XIX se instaura un poder mecánico y automático, inasible e intocable, que haría banal cualquier resistencia y que devendría casi una instancia metafísica en virtud de su propia vulnerabilidad (51). Más bien, "estas tácticas han sido inventadas, organizadas, a partir de condiciones locales y de urgencias concretas. Se han perfilado palmo a palmo antes de que una estrategia de clase las solidificase en amplios conjuntos coherentes" (52).

Además de mostrar esta manera diferente de ver las relaciones de poder y de explicar la supervivencia histórica de la prisión, a pesar de su fracaso como lugar de corrección –precisamente porque "produce" delincuencia, y ésta serviría, al mismo tiempo, como pretexto para legitimar la existencia de la policía, como instrumento para que los grupos dominantes realicen determinadas acciones ilegales y como factor para introducir la contradicción en el seno del proletariado (53)–, todo este análisis ha servido, también, para plantear una nueva forma de lucha política en los años setenta. Como diría más explícitamente en el primer volumen de su estudio sobre la sexualidad, *La voluntad de saber* (1976) (54), había

---

(51). Foucault ha hecho esta matización en *La poussière et le nuage*, en *L'impossible prison*, París, Seuil, 1980, p. 37, para evitar interpretaciones, tanto interesadas como trágicas, que teminarían en una resignación fatalista. Como ejemplo de las primeras, ver Bernard H. Lévi, *Le système Foucault*, en *Politiques de la philosophie*, cit. pp. 186 y ss.; como ejemplo de las segundas, ver Lucio D'Alessandro, *Utilitarismo morale e scienza della legislazione. Studio su Jeremy Bentham*, Napoli, Guida, 1981, pp. 126 y ss.

(52). *El ojo del poder*, cit. p. 21.

(53). "La delincuencia era demasiado útil para que se pudiera soñar en una cosa tan tonta y tan peligrosa finalmente como una sociedad sin delincuencia. Sin delincuencia, ¡no hay policía! (*Les jeux du pouvoir*, cit. p. 167). Ver también *Vigilar y castigar*, cit. pp. 280 y ss. y *Microfísica del poder*, cit. pp. 56.

(54). Ver *La voluntad de saber*, cit. pp. 112-126.

que plantear la batalla en los aspectos funcionales, "para coger al poder en sus extremidades, en sus confines últimos, allí donde se vuelve capilar, de asirlo en sus formas e instituciones más regionales, más locales" (55). Hoy, con una perspectiva de casi diez años, por encima de la perplejidad que producía su afirmación de que el poder ni se posee ni se adquiere, sino que se ejerce a partir de innumerables puntos y en el juego de relaciones múltiples (56), nos queda, seguramente, la constatación de la eficacia de un análisis que, siendo extremadamente riguroso con cualquier veleidad idealista –en una revolución se enfrentan una clase que quiere el poder y otra que no quiere dejarlo: cuestión de poder y no de justicia (57)–, supo disipar la vieja alternativa entre resistencia y revolución, pues sólo sabría resistir de una forma múltiple y abierta, sin plan general, golpeando obstinadamente en todos los lugares de esa red de dispositivos de saber y de poder, con ambición de des-disciplinarse y de salir fuera de los juegos de la verdad (58).

5.– En 1984, tras ocho años de silencio –un silencio

---

(55). *Microfísica del poder*, cit. p. 142.

(56). Ver *Vigilar y castigar*, cit. p. 114 y la conocida crítica que de esta noción hizo Jean Baudrillard, *Olvidar a Foucault*, Valencia, Pre-Textos, 1978.

(57). Ver el inestimable debate que sobre esta cuestión sostuvieron Noam Chomsky y Michel Foucault en *La naturaleza humana: justicia contra poder*, cit. pp. 192 y ss.

(58). "Qué nos queda hoy? Recuerdo haberle planteado esta pregunta a Michel Foucault en el transcurso de la última visita que la hice el 17 de diciembre de 1983. Me respondió que estimaba que, en definitiva, desde 1960 habíamos hecho un buen trabajo en Francia, incluso si habíamos *beacoup déconné*. El reía al evocar el FHAR (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria) o ciertos grupos ultrafeministas... *Les jeunes vivent ce pour quoi nous sommes battus*, añadió, señalando a continuación que la ausencia de combate segrega nuevos conformistas. Porque combatir y pensar están unidos" (Roland Jaccard, "La hantise du grand renfermement", *Le Monde*, 27-6-84).

intencionado, como la mejor de las respuestas posibles a los reproches de esa *petit gauche* en el poder que ha exigido del intelectual su apoyo legitimador (59)– Foucault reaparece, justo antes de morir, en un lugar y con un estilo distintos a los habituales. En ese trabajo crítico por ir más allá de lo que ya se sabe, por intentar conocer si es posible pensar de otra manera, Foucault vuelve a apresar la cuestión de la formación del sujeto, esta vez desde la perspectiva del deseo y la sexualidad. Rechazando esa explicación idealista que habla de una líbido natural, libre, emancipadora, que habría sido objeto de diversas concepciones a lo largo de la historia y que se habría visto eternamente reprimida por todo tipo de prescripciones morales, religiosas y penales, Foucault ha conseguido esta vez afinar de una forma más precisa su preocupación de siempre: ¿Cómo ha empezado el individuo a prestar atención hacia sí mismo, a descifrarse, a pensarse, a cuidarse, a verse como sujeto moral y de deseo, a creer que la verdad de nosotros mismos se encuentra en ese lugar concreto del sexo, en ese "fragmento de noche" que cada uno lleva dentro de sí? (60).

Para responder a estas últimas preguntas Foucault se ha ido hasta la antigüedad griega y los primeros tiempos del cristianismo, para estudiar todo un conjunto de prácticas –las reglas íntimas de conducta, las directrices estéticas, las técnicas de estilo, las artes de la existencia– que no son ni las que en su día le sirvieron para analizar

---

(59). Foucault contestó recientemente a estas acusaciones del partido socialista francés de la siguiente manera: "Cuando nosotros os presionamos para que cambiéis de discurso, vosotros nos habéis condenado en nombre de vuestros slogans más gastados. Y ahora que cambiáis de frente bajo la presión de un real que no habéis sido capaces de percibir, nos pedís que os proporcionemos, no el pensamiento que os permitiría afrontarlo, sino el discurso que enmascararía vuestro cambio" (Entrevista en *La Magazine Littéraire*, 207 (mayo 1984).

(60). Ver *L'Usage des plaisirs*, cit. pp. 10 y ss.

la formación de los saberes sin acudir a la ideología ni tampoco esas prácticas de poder que nos hablan más de estrategias que de dominación o simulacro. Por encima de su contenido, este tercer "desplazamiento" de su obra filosófica nos enseña que la resistencia ante unos saberes y unos poderes que están dentro y fuera de nosotros (61) pasa también por el ejercicio de desmontarnos como sujetos y como conciencia, de desactivar nuestra "verdad", de desprendernos, en fin, de nosotros mismos.

---

(61). Ver el artículo de Toni Negri, escrito en ocasión de la muerte de Foucault, "Aucune des tentations de la philosophie de l'action", *Le Matin,* 27-6-84.

Índice